

REVISTA CONTEMPORÁNEA

Madrid, 1876.—Imprenta de M. G. Hernandez,
San Miguel, 23, bajo.

REVISTA CONTEMPORÁNEA



431

TOMO VI

OCTUBRE — NOVIEMBRE



OFICINAS

MADRID: SAN MATEO, 11, BAJO

PARIS: 49, RUE RICHER

1876



CÓMO AMAN LOS HOMBRES.

ESTUDIO PSICOLÓGICO.

(*Conclusion.*)

IV.

De intento, he omitido referirte las mil peripecias que alargaron nuestro viaje algunos días más de los que se emplean en hacerlo directamente y sin tropiezos.

Tan solo me he propuesto relatarte, con la desnudez propia de la verdad más ingénua, la historia de nuestros amores, desde su aurora hasta su ocaso.

Como has visto hasta aquí las primeras, verás las últimas consecuencias del choque habido entre los sentimientos de la princesa y los míos. Aquellos como éstos, reflejan y condensan los de nuestros países y educación respectivos.

En vez de describirte las maravillas de la naturaleza que á nuestros ojos se ofrecieron, las tormentas del mar y las serenidades del espacio que admiramos, he preferido explicarte todas las grandezas que nuestras almas contemplaron en el mundo de nuestro amor, lleno también de tempestades horribles y de bellísimas calmas.

Nos acercábamos á París, término temido de nuestro viaje, y que sin embargo, la princesa, con su mágico talento, encontró medio de hacerme desear.

Habiame propuesto, y yo aceptado con loca alegría, que antes de separarnos pasáramos un día los dos solos con nuestro amor en uno de los lindísimos y pintorescos pueblecitos

que como palomas que beben ó canastillos de flores que hace brotar su paso, se ven festoneando las márgenes del Sena.

Aquella mujer encantadora se conducía siempre así. No bien se formaba una nube de dolor ante mis ojos, al punto su bienhechora influencia la disipaba; así conforme iba acercándose el temido instante de separarnos, más se esforzaba ella con halagadora solicitud en embellecer las últimas horas, cambiando mis angustias, si no en contento, en dulce melancolía; como el sol al espirar la tarde parece reunir sus haces más ricos de luz para trocar las sombrías nubes que manchan el diáfano azul celeste en celajes de vivísimos cambiantes.

Ya divisábamos la aureola que por la noche circunda á París y que de muy léjos se percibe. A cada momento veía con cierta tristeza perder aquellos reflejos su vaguedad suave y bella, como al acercarse la realidad, se vé con pena deshojarse y perderse la poesía de la ilusión.

Llegamos por fin á París.

En la estación aguardaba á la princesa el embajador austriaco y algunos otros personajes desconocidos para mí. No quise saber, ni pensar, si alguno de ellos sería representante del duque de H... ó tal vez él mismo.

Lo más pronto posible procuré alejarme con mi padre. Al llegar al hotel, recibimos varios telegramas que ya esperábamos del nuevo gobierno de España, y en virtud de ellos resolvió mi padre salir para Madrid al siguiente día.

Yo por entónces me callé; pero algunas horas antes de la marcha, le manifesté mi deseo de quedarme, para ser yo mismo portador de un regalo que destinaba á mi madre y que el joyero me había ofrecido tener listo en el espacio de veinticuatro horas.

Después de una ligera discusión, convencí á mi bondadoso padre, que accedió á mis deseos, prometiéndole, sin embargo, que tan pronto como recogiese aquel objeto iría á Madrid, en donde realmente le hacía á mi padre suma falta.

El motivo que alegué para quedarme en París era cierto; por más que, á no existir, hubiera buscado otro cualquiera: pues lo que yo deseaba, como tú presumirás, es quedarme

otro día, para realizar el encantador proyecto que la princesa y yo formáramos.

V.

Como habíamos convenido, á la mañana siguiente, muy temprano, me dirigí á la estacion de San Lázaro á esperar á Irma.

A poco llegó ésta en su berlina. Acercóse á abrir la portezuela un hombre de grandes patillas blancas, que podia pasar por un *gentleman* si sus humildes y serviles modales al acercarse á la princesa no hubieran revelado en él la condicion de un servidor suyo. Pocos momentos antes le habia visto llegar y tomar un billete para Versalles. Traté, á cubierto de sus miradas, de ver lo que hacia, temiendo que la acompaña se y destruyera así nuestro plan.

No se realizó mi temor. Entregó á la princesa el billete que antes tomára, y despues de una orden que ésta le dió, y de saludarla con profundo respeto, alejóse de aquel sitio.

En cuanto á ella, atravesó la sala, pasó al andén rozándome con su vestido y subió á un departamento reservado del tren dispuesto para salir; todo ello, conforme habíamos acordado, sin saludarme ni áun mirarme.

No pude notar en ella más señal de nuestro encuentro, que un ligero temblor en sus ojos y una leve palidez intensa, que como una brisa por la superficie de un lago, pasó por su semblante.

Cualquiera que la hubiese visto á aquellas horas, sola y sencillísimamente vestida, aunque no hubiera sospechado lo ilustre y soberano de su linaje, habria de seguro conocido á la dama distinguida y principal.

Aquella elegancia exquisita y peculiar suya; aquel aire reposado y sereno, pero un tanto altivo; su hermosa cabeza gallardeándose sobre su cuello un poco largo, pero redondo y lleno, comenzando en su arranque la turgencia de su seno; su esbelto cuerpo algo inclinado, pero graciosamente hácia adelante, y sus maneras respirando dignidad y distincion, así como el gusto de su tocado, rico al par que severo y sencillo,

hubieran atraído las miradas y provocado un murmullo de elogio y de admiración.

Afortunadamente, pocas eran las personas que á hora tan temprana podían verla, y yo no sé decirte si por ello sentía contento ó despecho.

¡La amaba y la admiraba tanto! Hubiera querido verla siempre como en mis sueños la veía.

Ciñendo una corona hecha de las estrellas del cielo; sentada sobre un trono de albas nubes; prosternándose á lo léjos la humanidad entera; y yo sentado junto á ella, á sus piés, y bebiendo todo el amor que su alma por sus ojos me enviára...

Llegados al lindísimo pueblo de Aniéres, descendimos yo delante y detrás ella, alejándonos acto continuo de la estación, en la cual ningun otro viajero se apeó.

El pretexto que habia dado á su salida de París, era el deseo, que habia de cumplir al separarnos, de visitar en su castillo de Versalles, á una anciana parienta, cuyo nombre ilustre figura en la historia de Francia.

¡Qué emoción y dulce encanto sentía yendo con Irma paseando poco despues por aquellos campos, aspirando los gratos y penetrantes aromas de las flores silvestres, que ella iba en haz desordenado reuniendo para hacer más tarde un ramillete con que adornar nuestra mesa!

¡Qué infantil y purísima alegría me enagenaba!

Parecía que no habia hasta entónces vivido ni sentido. ¡Oh! déjame recordar. Estábamos en un bosquecillo: yo corría y cantaba como un loco. Me escondía y volvía á aparecer, y ella ¡si tú la hubieras visto! me miraba tan cariñosa, me sonreía tan dulce, reverberaba toda su faz una emoción tan placentera, que aún más que sus amorosas frases me demostraban la dicha inefable que sentía.

Luego, en cuanto veía que yo recobraba mi seriedad, me animaba á comenzar de nuevo mis juegos y mis locuras, como una madre á un niño mimado, cuyo contento le encanta y alegra el corazón.

¡Qué dócil y bondadosamente se prestaba á todos mis caprichos!

—¿Verdad, le decia yo, que tú conoces lo venturoso que tu cariño me hace? ¿Verdad que no ha de faltarme nunca esta ventura?

Así pasamos aquel hermoso dia, cuyo relato detallado seria la copia y repetición de lo que acabo de referirte.

El amor con todas sus inocencias encantadoras, y con todas sus secretas promesas halagüeñas; con todo su cielo hermoso, y su horizonte mil veces más hermoso todavía, fué nuestro compañero inseparable.

Bien es verdad que en algunos momentos asomaban á sus ojos lágrimas, como tambien asomaban á los míos; pero el deseo de no entristecernos uno á otro nos las hacia enjugar furtiva y rápidamente.

Sin embargo, conforme el cruel instante de la separación llegaba, yo sentia oprimírseme el corazón, y no podia ménos de suplicarla afanoso, como si quisiera así desvanecer un funesto presentimiento, que me escribiese muchísimo; que hiciera un diario de todas las horas de su vida, y en cada correo me le enviára; y sobre todo y más que todo, que fuese pronto á Madrid: que pensára en la angustia con que yo viviria mientras no llegase.

Todo cuanto le suplicaba me lo prometia, diciéndome algunas veces acariciando mi mano con las suyas:

—Cualquiera imaginára que eres tú solo quien ama y desea, y sin embargo, á ser posible mostrar nuestros dos corazones, quizás se veria que quien ama y desea más de los dos, no eres tú. Yo confieso que no soy tan expansiva: que no sé expresar de esa seductora manera que tú lo haces, el cariño; pero no lo dudes, Eduardo: yo te amo hasta el delirio y la locura, exclamaba apretando entre sus dos manos la mia contra su blando seno, y alzando los húmedos ojos, como para invocar el testimonio de Dios.

Luego asomaban á sus ojos dos cristalinas lágrimas que se veian vacilar un momento entre sus largas pestañas rubias, y deslizarse despues por sus pálidas mejillas, que con su calor las fundian y evaporaban ántes de caer.

¡Cuántas veces nos hicimos las mismas preguntas, y cuántas nos repetimos iguales contestaciones!

—Tanto te amo, recuerdo que le respondí la última vez que me lo preguntó, que me espanta más la idea de perderte á tí, la idea tan sólo de perderte ántes de ser el uno del otro, que la de perder á mi propia madre.

Y mira, mira mi rostro encendido por la vergüenza, prosiguió mi amigo interrumpiendo un momento su relacion; con verle conocerás que áun ahora, áun pasadas aquellas horas y trascurrido tanto tiempo, podria decir lo mismo con entera verdad. ¡Y tú sabes cuantísimo quiero á mi madre!

Quedóse, despues de pronunciadas con vehemencia estas frases, con el rostro entre sus manos, y luego, suspirando y haciendo un violento movimiento, como para echar hácia atrás un rizo de su cabello que se le venia sobre la frente, prosiguió:

—Con desesperadora inflexibilidad, como todas las leyes superiores al hombre se cumplen, continuó su marcha el tiempo; y, con inquietud del corazon, entrelazadas nuestras manos primero, uniendo nuestras lágrimas despues, y fundiendo, por fin, á lo léjos nuestras miradas, llenas de amor y de promesas, vimos llegar la hora de separarnos y alejarnos en opuestas direcciones; ella hácia Versalles y yo hácia París.

—Te juro, me dijo al darle mi último beso, el primero que en su boca imprimí, que al volvernos á juntar, hallarán tus lábios en los míos este beso que me das.

Al ver la resignacion aparente con que se alejaba, léjos de sentir consuelo, parecíame sentir enojo y hasta desconfianza.

A esto atribuia la impresion de angustia que me dominaba, y los tristes y negrísimos presentimientos que atenaceaban mi corazon.

—¡No volveré á verla más! murmuraba, sintiendo frenéticos y salvajes impulsos de arrojarme del tren y marcharme trás de ella.

Lleno de esta pena que se mezclaba como un acíbar al dulce recuerdo de las horas felices pasadas aquel dia, llegué á París de noche completamente.

VI.

Tomé un coche y me hice conducir al hotel. No quería ver nada que pudiese distraerme. Deseaba estar sólo, para dibujar con mis recuerdos la imagen de Irma. Como, apagado el fuego, se goza en dibujar entre las cenizas, calientes todavía, las iniciales de la mujer adorada que ocupa el corazón.

A la puerta del hotel encontréme con un amigo que tú conoces, y del que te he referido algunos curiosos episodios, Alberto Ll.

Echóme los brazos al cuello con la expansión propia de su carácter, y luego me manifestó que era la segunda vez que venía á verme en aquel día; pues le habian dicho que pensaba marcharme, y quería ántes pedirme que pasáramos juntos unas horas, para lo cual me invitaba á comer con él al siguiente día.

Vé ahora fijándote bien en todo cuanto fué pasándome, para que consideres hasta qué punto la fatalidad jugó y se ensañó conmigo, concluyó diciendo con infinita amargura mi amigo Eduardo.

Yo le manifesté á Alberto mi agradecimiento, pero le dije que me era punto ménos que imposible satisfacer sus deseos; pues me iba á la noche siguiente, y durante el día tenía muy importantes asuntos de mi padre que evacuar. Y en efecto era así.

Rogóme é insistió con la terquedad de su carácter y con verdadero interés amistoso, conviniendo los dos al fin en que si el joyero me enviaba durante todo el día, como me lo habia ofrecido, el obsequio que para mi madre le tenía encargado, remitiríamos el convite para otra ocasion. Y que en el caso de que el joyero no me cumpliese su palabra, cenariamos juntos Alberto y yo.

Sólo así pude desprenderme de él, pues estaba empeñado en no salir sin mi palabra formal de acceder á su deseo.

Al otro día, á las diez de la mañana, estando yo aún en cama, entraba Alberto en mi cuarto para saber si el joyero habia enviado el encargo.

Llamé, pregunté al camarero, y cuando me dijo que nadie había venido, sentí una contrariedad tan grande, que á no ser por la palabra que la víspera le había dado á Alberto, de seguro y aún á riesgo de que se perdiese, hubiera encargado que me enviasen á Madrid el regalo de mi madre, y habría salido por la noche.

¡Ojalá lo hubiera hecho!

Pero el temor de disgustar á Alberto, sobre todo, me contuvo.

Sin embargo, me vestí y juntos fuimos al joyero, quien se escusó lo mejor que pudo de su inexactitud, y al ver mi disgusto, me ofreció solemnemente que, á costa de todo, lo tendría antes de las doce de la noche en mi hotel.

¿Qué más podía hacer sino esperar? Y ya obligado á ello, quise ocultar á Alberto mi mal humor por el retraso de mi partida; mucho más, cuando él mostraba tanto deseo de obsequiarme.

Nos despedimos hasta la noche, dándome una tarjeta suya con la dirección de su casa.

Procuré sofocar mi despecho y aún olvidarlo, y dediquéme á hacer todas las cosas que tenía pendientes, sin dejar de ir al hotel con la esperanza de que hallaría lo que aguardaba y de que podría marcharme por la noche; pero fué en vano.

Resignéme, pues, y á la hora convenida me encaminé á la casa de mi amigo Alberto.

Al llegar á ella, y especialmente al ver la elegancia de la antesala y la del criado que me tomó el abrigo, no pude ménos de sonreirme comprendiendo que en el empeño de Alberto en que visitara su casa, tenía más parte la vanidad que el afecto.

Salió al momento mi amigo y me hizo pasar al comedor, adornado de flores naturales con artístico gusto.

La mesa también presentaba un golpe de vista seductor.

Por todo ello le dirigía frases justas de elogio, cuando la observación de que eran cuatro los cubiertos que en la mesa había, me hizo interrumpir para preguntarle quiénes eran los otros convidados.

Pero antes de que llegara á la mitad de mi pregunta, un

ligero ruido inequívoco me hizo volver vivamente la cabeza.

Acababan de entrar, levantando el ancho paño que pendiente de una puerta del comedor habia, dos elegantísimas jóvenes que mi amigo Alberto me presentó algo cómicamente, diciéndome al señalar á una de ellas:

—Mi mujer.

Luego, tomando de la mano á la otra, que risueña se cogió incontinenti de mi brazo, continuó:

—La tuya.

Sin duda mi rostro expresaria un asombro y una estupefaccion risibles; pues mi amigo no cesaba de mirarme y de reirse, diciendo al propio tiempo:

—¿Crees acaso que yo no sé corresponder á los obsequios amistosos en la misma moneda que me los hacen? Ahí tienes la prueba.

Esta cena es la revancha de la que en Lóndres nos diste el año pasado á Federico y á mí. Esta sorpresa y esa mujer, equivalentes á las que tú entónces nos ofreciste.

Por lo ménos, creo que Clara, que es la que á tu lado tienes, no es inferior á la Fany que allí me destinaste.

Yo procuré, con dos ó tres palabras galantes, y un saludo cortés dirigidos á mi compañera, disfrazar la contrariedad que sentia; y acto continuo nos sentamos á la mesa.

Te confieso con toda la sinceridad de mi alma, que experimenté fuertes impulsos de salir de allí; de huir escapado, sin disculparme siquiera. El temor al ridículo me contuvo principalmente. Además, yo calculé que era mejor y más natural afectar poco despues una repentina indisposicion, para sustraerme del peligro que casi instintivamente comprendí que me cercaba.

Por último, tranquilizóme por completo el pensamiento de que al fin y á la postre, todo ello no tendria más consecuencia que la de haber cenado alegremente; y eso, aunque dentro de mi conciencia y de mi corazon no aparecia desnudo de todo remordimiento, dada la tristeza de mi espíritu y las promesas hechas á Irma, era tan sólo una falta venial.

¡Cara he pagado la ligereza de mi proceder; la poca fuerza de mi voluntad! dijo Eduardo con tristísimo acento.

La imagen seria, melancólica y un tanto altiva de la princesa, que como una muda reconvención se me presentaba de vez en cuando, hacia más vivo, por el contraste, el tipo de mi compañera. No puedes imaginar, ni de seguro habrás visto, una mujer más risueña, de alegría más chispeante y gracia más seductora que la de Clara.

Su rostro se asemejaba al que Murillo pinta en San Juan, y estaba coronado de una cabellera rubia, espesa y corta, muy rizada; su fisonomía era picaresca é irónica como sus palabras; y sus ojos, vivos y movibles como su rostro, pasaban, aunque siempre burlescamente, de una á otra expresión con extrema facilidad.

Su estatura era pequeña, su cuerpo bien modelado y mórvido; no representaba más de diez y seis ó diez y siete años.

Lo más característico y determinante en ella, era la alegría que de sus ojos, de su boca, de todo su sér, se escapaba á raudales. Tenía la locura de la alegría.

Las dos amigas iban vestidas con una elegancia lujosa y de gusto.

No sé si has tenido ocasión de ver á Alberto en semejantes casos; difícilmente se hallará otro más á propósito para amenizar y animar una comida. Su compañera no le iba en zaga. Hallándome, pues, rodeado de tales elementos, no es de extrañar que más aún que por el champagne, yo también me contagiase de la alegría y animación, hasta perder el recuerdo de mis propósitos de marcharme.

Sin embargo, no se apagó en mí el deseo formado de eludir todo ulterior compromiso. Deseo que, al finalizar la cena, renació con fuerza en mí, á pesar de la turbación y de la vertiginosa alegría que me dominaba.

Con el ánimo, pues, dispuesto como te he dicho, levantéme y pedí mi abrigo al criado. Alberto y su amiga se levantaron como para despedirme y hacerme los honores de la casa, cruzándose entre nosotros las últimas bromas y chistes como, terminado el combate, véñese todavía acá y allá los últimos fuegos y se oyen sonar los últimos disparos.

Puesto ya el abrigo y cambiados los apretones de manos y saludos consiguientes, busqué con la vista á Clara para des-

pedirme de ella, cuando hé ahí que como una cabrita la ví entrar, triscando, más bien que andando; arrebuja en un lindo abrigo azul, cuya capucha, como un adorno, estaba prendida graciosamente á su rubia cabeza. Vino luego á cogerse de mi brazo y comenzó con encantadora coquetería á despedirse de su amiga y de Alberto, llamándome su marido.

Acompañáronnos hasta la puerta, y á poco nos vimos en la calle.

Eran las tres y media de la mañana. Comenzaba á nevar.

No habia un coche, ni apenas un transeunte. Tan sólo encontramos las parejas de guardias á que en esas horas está confiada la tranquilidad y vigilancia de París.

Clara iba cantando con su excelente voz una de las arias de Les Cents vierges, entónces muy en boga.

¡Oh París! gai séjour
De plaisir et d'ivresse,
¡Oh! ville enchenteresse
A toi ¡mon seul amour!

Dando la misma expresion á su canto que pudiera darle en escena la más afamada artista.

Despues de andar á la ventura algunas calles, y en un instante que me dejó libre la risa y su animada charla, preguntele:

—¿Dónde vives?

Al oir mi pregunta paróse de repente, mirándome á la cara entre seria y risueña, y al cabo, haciendo un gracioso mohin de burla, me contestó:

—En el hotel del Louvre.

Yo me estremecí involuntariamente al penetrar toda la intencion que envolvía su respuesta, y con interior cortedad, pero fingida torpeza, repuse:

—¿Pues no has dicho en casa de Alberto que vivias hácia el boulevard Saint-Michel?

Al oirme volvió de nuevo con la expresion de ántes á mirarme, y con algo trémula voz, murmuró:

—Sí: vivo cerca del teatro Cluny, en la calle de Latran.

Y despues de andados unos pasos, añadió tratando de dominar la inseguridad de su voz:

—¿Vas á dejarme en casa?

—Claro es, contesté resistiéndome á darme por entendido de lo que su duda significaba.

El recuerdo de la princesa me infundia un valor heróico.

Clara no contestó ni habló más palabras en muchísimo rato. Yo, por el contrario, trataba de hacer el gasto de la conversacion y de provocar su risa. Algunas veces lo conseguí, pero al instante volvía de nuevo á su tristeza, que en ella, por lo insólita, me producía una impresion penosa.

Al fin me cansé de mi forzado papel, y me callé tambien, apretando el paso con el fin de acortar la distancia que nos faltaba para llegar á su casa.

Cuando ya entramos en la calle, miré á Clara para preguntarla el número, y ví que estaba llorando.

Fingí de nuevo no observarlo, y sin mirarla, la hice mi pregunta, á la cual en voz breve me contestó. Nos acercamos y tiré del llamador.

Entretanto, ella me soltó y fué á sentarse sobre un sillar que habia á pocos pasos para una casa que estaban construyendo.

Seguia nevando con fuerza.

El portero no abrió. Volví de nuevo á llamar dos ó tres veces. Oíase sonar la campanilla, pero sin que otro rumor le siguiera. No sabia ya qué hacer.

Perplejo y embarazado, me acerqué á Clara, que á través de las lágrimas que empañaban sus ojos, pareció dirigirme una mirada entre burlona y triste.

—¿Cómo será, le pregunté, que no abre el portero?

—Nunca, pasada la una, abre á nadie, me contestó. Pero yo no se lo he dicho á Vd., porque no creyese que trataba de engañarle para sacrificarle.

Y acentuó esta última palabra, dándole una expresion irónica.

—Pues entónces, dije confuso y cruzado de brazos, y más como reflexion que como pregunta, ¿qué vamos á hacer?

—Una cosa muy sencilla: contestó con voz temblorosa y

cayendo de sus ojos nuevas lágrimas. Irse Vd. á su hotel y dejarme á mí aquí.

Francamente, esta contestacion me llegó al alma: en verdad, mi proceder era, además de inexplicable y ridículo, ofensivo y hasta cruel.

¿Qué concepto debia formar de mí aquella pobre criatura? ¿Qué dirian Alberto y su amiga cuando lo supiesen?

Por otra parte, mi amor, mis promesas, el recuerdo encantador y adorado de Irma, todo se agolpaba á mi imaginacion y producía en mi ánimo una congoja insoportable.

Fuera como fuera, aquella situacion debia terminar. Ya no era posible volver atrás, ni los hechos dejar de haber ocurrido. Lancé un suspiro y con él el último escrúpulo. Miré la realidad que tenia enfrente, y resolvíme, haciendo un violento esfuerzo, á dominar la situacion. Ya en este camino, no cabia término medio; apelé á los recuerdos de mi vida pasada; de la galantería y caballerosidad de que siempre me mostré adorador, y con aire decidido y la mayor desenvoltura, ceñí sonriente y alegre el talle de Clara; la levanté de su asiento, ofrecíla despues mi brazo, y entonando á duo la *Mandolinata*, nos dirigimos, como si nada hubiera pasado, á mi hotel; á esta misma habitacion.

No sé en aquel instante lo que sentí. Parecióme ver, como impalpable fantástica aparicion, la imágen de Irma dibujarse en el espacio é ir remontando hácia el cielo, dirigiéndome sus bellos ojos, saturados de ternura y amargo dolor, un adios eterno, una mirada dulce y triste, como debió ser la que Dios dirigió al ángel de las tinieblas al arrojarle del cielo.

Despues nada más.

Entramos en el hotel. Eran las cuatro y cuarto.

VII.

Estaba sumido en profundísimo sueño, cuando las récias sacudidas que de mi brazo daba Clara y mi nombre, que á la par repetía con fuerza, me hicieron despertar.

—Están hace rato llamando á la puerta, exclamó impaciente y presurosa.

—¡Adelante! grité con el aturdimiento del sueño aún no desvanecido.

—¡Pero Eduardo! exclamó Clara sorprendida y como avergonzada señalándome la cortina á la sazón corrida por entero hácia un lado; esa misma que ves, dijo mi amigo, mostrándome la que separaba la alcoba de la sala, y en frente de la cual estaba la puerta.

Apenas caía en la cuenta de mi ligereza y aturdimiento, cuando ví abrirse esa puerta, y penetrar en esta sala á una mujer.

Dióme un vuelco el corazón.

Era la princesa.

¡Era Irma!

Avanzó dos pasos.

Detúvose luego, mirando con estupor las prendas de vestir que Clara había dejado desparramadas por la habitación.

Miró luego hácia la alcoba; levantóse con un movimiento rápido y nervioso el velo de su sombrero, adelantó la cabeza y cerró despues los ojos, como se hace cuando los ofende la viveza de la luz, exclamando, tras unos momentos, con expresión incisiva y penetrante:

—¡Gracias, caballero! y desapareció como un fantasma.

No tuve voz para llamarla, fuerzas para pensar, ni serenidad para decidirme á cosa alguna.

Y, fenómeno atroz, que no sé cómo explicarme.

Siempre, todas las veces que trato de recordar su rostro, le veo transfigurado por el asombro, la pena, la ira y el desprecio como la última vez le ví.

Siempre que quiero recordar la dulce mirada de sus ojos, los veo cerrarse con espanto y abrirse con fiereza, como la última vez.

Siempre que trato de recordar su acento y su voz, resueñan en mi corazón, como en el del ajusticiado, las dos últimas de despedida, aquellas palabras: «¡Gracias, caballero!» con la misma expresión amarguísima y desgarradora que ella las pronunció.

Siempre, en fin, que dentro de mí evoco su recuerdo, la veo en esta misma estancia, levantado el velo, su pálido sem-

blante contraído, la mano izquierda sobre su corazón y la derecha estendida hacia adelante, mostrando su blanco antebrazo y pendiendo en su extremo el final desabotonado de su guante largo de Suecia.

Habia sido tan imprevista, tan repentina y tan breve su aparición, que en medio del estupor que me produjo, dudaba de si era sueño ó realidad. Luego más tarde, al comprender mi horrible, tremenda é irremediable desgracia, estuve á punto de enloquecer.

¡Cuánto he llorado y lloraré la ligereza de mi conducta en aquella funesta noche de mi vida, que no ha vuelto á tener aurora!

¡Dios mio! ¡Dios mio!... exclamó mi amigo con desgarradora espresion. Perder toda la ventura de mi alma por una inverosímil, pero fatal corriente de sucesos que con impulso irresistible me arrastraron contra mi voluntad.

Porque tú lo has visto y conocido al vernos esta tarde. Yo no soy el mismo. No he podido hallar en ninguna otra de las mujeres que me han concedido sus favores ó su amor, ninguna que haya hecho palidecer siquiera el recuerdo de Irma: ninguna que haya interesado mi corazón, que de altar que era, en donde adoraba á aquella mujer, se ha convertido en urna que guarda tan sólo las cenizas de su amor, alumbradas por la luz del remordimiento. Créeme, Arturo; como el niño que puede vivir tan sólo en el dulce regazo maternal, al perder á su madre languidece y se muere, así mi corazón, niño mimado de aquel amor que ya no ha de volver á gozar, irá languideciendo hasta morir de tristeza y hastío.

—¿Pero tú cómo te explicas la inopinada vuelta de la princesa? pregunté.

—Fácilmente. La parienta que fué á ver á Versalles, estaba en París. Lo averigüé despues. Volvió ella, y con el afán amoroso de verme y con esa esperanza, vino al hotel, le dijeron que yo aún estaba y que partia por la noche, y quiso sorprenderme.

—¿Pero tú no has intentado verla de nuevo, ó escribirla?

—No he tenido valor para ello. Ni ¿qué podia decirle? Además, seria todo inútil. Sé que aunque me perdone, aun-

que me ame, no ha de decírmelo nunca. Sufriría el más horrible y cruel de los tormentos ántes que confesármelo; pisotearía su corazón mil veces, ántes que seguir un impulso amoroso que por mí sintiera.

—¿Y no sabes qué ha sido de ella?

—Se casó y volvió á Austria, yendo despues á Rusia, en donde se instaló.

Mi infierno ha de ser, como el de los réprobos, eterno; sin fin.

Dejé á mi amigo bañado en amargura, y dirigíme á mi casa, pensando en escribir este relato, que hoy vé la luz pública en la REVISTA CONTEMPORÁNEA, con el fin y la esperanza de que tal vez llegue un dia á manos de la princesa y sepa, al ménos, que si Eduardo no está exento de culpa, es por lo ménos disculpable.

Y que pueda llegar esta fiel y verídica historia á su conocimiento, no es imposible, ni áun difícil, dada la circulacion y la fama que en el extranjero tiene esta publicacion.

Ojalá se cumplan mis deseos y propósitos, que debidamente autorizado llevo á la práctica y realizo en la parte que á mí toca; y sepa la princesa y cuantas como ella piensen, que ninguna mujer puede prometerse de ningun hombre más amor del que Eduardo por Irma sentia.

Aun así, muchísimos calificarán de romántico y áun de necio á Eduardo. De alguna manera han de disculparse á sus propios ojos los que no conocen el amor, ni son capaces de ese sentimiento inmenso y profundo.

Y de los que lo conozcan y lo sientan, tengo por cierto que sólo habrá uno que en el lugar de mi amigo hubiera obrado mejor de lo que Eduardo por la princesa lo hizo.

Porque la verdad es que... *así aman los hombres.*

ARTURO PERERA.



EL ESPÍRITU DE LA AGRICULTURA MODERNA

Un cambio grande y de raiz en un sistema social ó comercial va naturalmente acompañado de la introduccion de nuevas palabras y frases, hasta que por el continuo uso de éstas desaparece el aspecto primitivo de la cosa y brota un nuevo espíritu. La revolucion rural de hace veinte ó treinta años, marcada ha sido por el desuso gradual de los términos *labrador, labranza, colonia*, etc., que han sido reemplazados por las más pulidas expresiones *agricultor, agricultura, arrendamiento*. Prueba esto la creciente tendencia á acercarse al asunto desde un punto de vista más ilustrado, más *educado*, y manifiesta un deseo de un tratamiento más amplio. La verdad es que no sólo en las palabras está la agricultura invalidando rápidamente á la labranza; el antiguo método estrecho y encogido deja el puesto á un sistema extenso de cultivo. El espíritu viejo de labranza era el más restringido que pudo imaginarse; la política del labrador estaba ceñida por sus dobles cercados; mientras que ahora, como entra todo el mundo en la competencia agrícola, se hace cada vez más cosmopolita el espíritu de la agricultura. La única idea del labrador de otros tiempos era la economía, su verdadera labranza no era otra cosa que la economía, llevada hasta el más pequeño detalle, de tal modo que al sentarse al fuego de leños y palos viejos que crecieron dentro de sus propias cercas, tenia especial cuidado en sacar los torcidos y rojos clavos de la inflamada madera para conservarlos con cuidado; y no pasaba junto á perdida herradura en el camino sin bajarse á recogerla. Su labranza era un mundo en sí, su objeto hacer

que aquel mundo se costeara y se sirviera sin ayuda extraña, y sobre todo, sin tener que gastar un ochavo en moneda. El pan que comia era del trigo que creció en sus campos, del cual conservaba algunos sacos—de la peor clase—cuando mandaba el resto al mercado, para enviarlos al molino. Los puercos en la pocilga proveian de tocino; carne de vacas, alimentadas en la finca, era salada luego; la quesera daba los quesos, el huerto sidra, la cerveza se destilaba en la misma casa, y corta era, en verdad, la suma anualmente empleada en las tiendas de los mercaderes. Fuera de puertas, más allá del hogar, la misma idea era la primera. El ganado necesario se alimentaba en el sitio, se sembraba la semilla conservada de la cosecha última del año, y consistia el tenor de los arriendos en que todo cuanto se tomara del suelo era menester volverlo otra vez al suelo. Los labradores de tierras de pan llevar estaban obligados á un turno especificado de cosechas con este objeto; á los de pastos les estaba, y todavía les está prohibido vender el heno. Estas restricciones, excelentes en su tiempo, aunque en su mayor parte peores que inútiles, hoy prueban un espíritu contrario á la circulacion comercial, un deseo de hacer que la labranza lo fuera todo por sí misma.

El impulso entero de las circunstancias modernas, la presion de los acontecimientos del país y del extranjero, ha concluido con el sistema y lo ha sustituido con su verdadera antítesis. En lugar de bastarse á sí propia, la labranza es quizás ahora el negocio que más depende de la ayuda externa y de las demandas extrañas, el más complicado y el que emplea la mayor variedad de traficantes é industriales. Los que visiten el salon de agricultura (*Agricultural Hall*) durante la exposicion anual de ganado, no podrán ménos de quedar impresionados por la monstruosa coleccion de maquinaria allí exhibida. Apenas queda una sóla operacion de agricultura que no se verifique por medio del acero y del vapor.

El vapor ara los barbechos, trilla el grano, y recientemente, máquinas de arrastre han acarreado pesadas cargas de trigo ó de otro producto cualquiera hasta el mercado ó la estacion del ferro-carril. La semilla es sembrada por el arado-sembradera, las raices arrancadas á máquina, el heno ó la

paja llevada á lo más alto de la niara por el *elevador*, la hierba segada y el amarillo grano cosechado con el auxilio de rechinantes ruedas dentadas. Un simple catálogo de los aparatos sin número que hoy se emplean bastaria para formar un abultado volúmen (1). Aparte del gran cambio que este sólo hecho indica en el carácter de la labranza misma, hay tambien que considerar el efecto muy extenso producido en el comercio de hierro, el consumo del carbon y en la multiplicacion de fábricas que emplean miles de artesanos. Sin contar las grandes firmas, cuyos nombres son familiares en todas partes, escasamente hay una ciudad de regular tamaño en los distritos rurales que no contenga un establecimiento de este género, y la suma total de negocios hechos de esta manera debe ser algo enorme. Se ha alegado con frecuencia que la agricultura hace ménos que cualquiera otro giro en favor de la prosperidad material del reino. Hombres cuyo objeto ha sido excitar las simpatías de las clases puramente mecánicas, acusan á la agricultura de necesitar ménos trabajo, de poner en circulacion apenas algun dinero, y áun de despoblar en parte aquellas comarcas en que se ejerce. No puede haber acusacion más falsa, porque sucede exactamente lo contrario. Sólo el hierro usado en la construccion de máquinas para el cultivo de la tierra, representa el trabajo y por consiguiente el sustento de millares. El hierro no puede ser producido sin carbon, éste tambien emplea á mineros, y el uso del vapor para arar y triliar y descascar, etc., causa es tambien de un consumo directo de carbon en la agricultura.

La tendencia completa de la agricultura moderna, la práctica, está de completo acuerdo con los intereses y opiniones de las clases fabricantes. Las dos tienen ahora un interés mútuo, porque el agricultor no puede florecer sin el mecánico. El uso del guano necesita fletes y tiene un efecto directo sobre el comercio. Los abonos artificiales son fabrica-

(1) Constantemente salen nuevos inventos. En el departamento de agricultura de la Exposicion de Filadelfia está expuesto "el atador automático, "con el cual el labrador recorre sus campos, dejando detrás de él el grano, no "solamente cortado, sino ya colocado en gavillas y puesto en simétricas "hileras."

dos en una escala verdaderamente gigantesca, y las innumerables fábricas para producirlos emplean gran número de hombres, tanto en el trabajo real dentro de ellas, cuanto indirectamente. El tránsito de la maquinaria, carbon, guano, abonos—importaciones á la casa de campo—y del trigo, ganado y productos generales—exportacion de la misma—representa el gasto de grandes sumas, que hinchán las entradas de las compañías de caminos de hierro y que se van filtrando en los bolsillos de sus empleados. En este sentido la agricultura moderna entra en el más íntimo contacto con el comercio y la industria.

Descendiendo del término más general de industrial al de ménos pretensiones, pero factor más importante de la vida social de la época—la tienda y el tendero—¡cuántos giros están basados en su mayor parte en la agricultura, la cual á su vez depende de ellos para la distribución de sus productos! El carnicero, el panadero, el de la tienda de comestibles, el confitero, hasta el boticario (para los artículos que los niños consumen), todos van al agricultor, é indirectamente por medio de ellos, la labranza da empleo á cientos de centenares. Ya no bastándose á sí propia y al mismo tiempo, por decirlo así, egoísta en su propósito, hoy no puede marchar la labor sin la ayuda del industrial y del comerciante, en tanto que por otro lado les provee de un mercado para sus géneros y trabajo. Es un sistema de cambio, el verdadero sistema comercial. Ha desaparecido aquel labrador que vivía aislado en sus campos con un horizonte limitado á su doble vallado. El agricultor moderno toma y daca con el industrial y el comerciante.

Difícil es trazar una línea de division entre la generacion naciente de agricultores y el hombre de comercio. En asuntos de negocios coinciden enteramente sus carreras. La práctica de disponer del ganado por remate en vez de exponerlo á la venta en el mercado público, ha hecho mucho para familiarizar al labrador con los reconocidos recursos del genuino comerciante. Hoy se verifican en casi toda ciudad en que hay mercado, una ó dos veces á la semana, ventas en subasta de reses, carneros y caballos, y á veces de instru-

mentos. Estas ventas en muchos casos han hecho inútil el mercado antiguo, la feria que habitualmente se celebraba en las calles. En vez de tener las reses cebadas todo un largo día esperando comprador en la calle, son desde luego llevadas al local del remate, y allí les llega su turno, dadas al mejor postor. Simples como aparecen estos remates (son tan comunes hoy que nadie les dedica ni un momento su pensamiento), su introducción, en realidad, ejerció una poderosa influencia en las costumbres del labrador. Se le hizo conocer el crédito con todas sus vías y secretos.

Ocupa frecuentemente el encargado de la subasta la posición de un banquero, y no provienen sus utilidades tanto de la parte alícuota que en las ventas tiene, como del descuento por las facilidades que da. El traficante ó el carnicero cuya oferta ha sido aceptada, paga sólo en efectivo ó con un talon una parte, y el resto de la cantidad, acaso la parte mayor de ella, queda representada por una letra de cambio que el del remate endosa, y del otro lado el vendedor acepta una letra del que hace la subasta. Este está pronto á adelantar al vendedor dinero en préstamo para cubrir sus grandes gastos, el capital empleado en mejoras, con la garantía de su ganado: así que cuando los animales llegan al remate, el labrador no puede insistir en recibir dinero por ellos. De esta suerte se hacen una porción de negocios en los varios bancos de los condados. ¿Cuántos labradores de la antigua usanza entendían lo que significaba una letra de cambio ni vislumbraban siquiera los secretos del descuento y de las facilidades? El agricultor moderno tiene extensas relaciones con el papel, y los manejos con él en nada se diferencian de los del hombre comercial. Algo del mismo sistema se extiende á la bolsa de granos, donde todos los días de mercado ve el agricultor al traficante. Las transacciones en trigo y cebada alcanzan á menudo cifras enormes, y el traficante no puede pagar en metálico los géneros. Da, por tanto, un documento pagadero en cierta fecha que el vendedor usualmente descuenta. Acaso el comprador puede asistir á dos y aún á tres mercados en el mismo día, ayudado por la ramificación de los caminos de hierro, y en cada mercado encuentra una pequeña

diferencia en el precio á que puede comprar, efecto de singularidades locales. Dependen sus utilidades de una diestra manipulacion de aquellas y del alza y baja del mercado general, y con objeto de aprovecharse de su alza, tiene que quedarle algun tiempo, el cual se lo proporciona la letra. La práctica de la Bolsa es, pues, imitada muy de cerca en el mercado de granos, y realmente, aunque así no se diga, frecuentemente compra el traficante «*á fin de mes.*»

Esto tiene su reaccion en el agricultor, que por grados se va imponiendo en las fluctuaciones del mercado y que se convierte tambien en especulador hasta cierto punto, observando cuidadosamente los precios en los diarios, y preguntando ansiosamente por lo que se ha hecho en las bolsas de granos de las ciudades vecinas y algunas veces un tanto inquieto por el *documento* que ha aceptado. Ni se limitan sus cálculos á veces á su país natal; lee con interés intenso las noticias de Francia, Austria y América, tratando de prever si la cosecha en esas tierras distantes será mayor ó menor de lo regular; porque segun crezcan ó decrezcan las importaciones, deberá él vender ó conservar sus productos. Escudriña el artículo financiero de los diarios buscando la primera insinuacion de tirantez en el mercado de dinero, para saber cuándo descontar con mayor ventaja las letras que tenga. ¿En qué se diferencian estos detalles de los del hombre de negocios?

Yendo más léjos, probablemente nunca se empleó tanto dinero tomado á rédito en la agricultura. No estaba fuera de uso en otros tiempos, cuando un labrador se encontraba en apuros al acercarse el dia de pagar el arriendo, *tomar al fiado*, que así se decia, un par de cientos de un colega agricultor. Los bancos de los condados, si quisieran, podrian decir cosas extraordinarias respecto á las sumas que prestan á los agricultores del dia. Y no podia suceder otra cosa. En primer lugar, circula hoy más libremente el dinero en los distritos rurales que ántes; pasa por todas las manos más rápidamente; el crédito es más corto. El desembolso para maquinaria es grande, más alto el jornal, más dispendioso el sistema de cultivo. La antigua preocupacion contra el capital prestado casi ha desaparecido por completo. Ninguno se

siente rebajado á sus propios ojos porque su arado de vapor esté movido con la ayuda del dinero del banquero. La agricultura del pasado estribaba en la economía. La de hoy en los gastos, pero gastos que produzcan mayores cosechas y animales más hermosos. El labrador antiguo miraba al dinero como algo sagrado, algo que había que atesorar en el arca de roble y ocultar en profundas faltriqueras, que tratar casi con reverencia, y de lo cual separarse por pura necesidad y á regaña dientes, como artículo, en fin, distinto de cualquier otro género. La idea del dinero, tal cual hoy se entiende en el mercado, como una especie de género, como lana ó hierro, jamás entró en su cabeza. El agricultor moderno se eleva casi á la concepcion que de la moneda tiene el mercado financiero, y sin asomo de duda lo emplea para extender sus operaciones. ¿Cuál es la distincion práctica entre el dinero adelantado con la garantía del ganado ó de las cosechas, y el dinero ó géneros adelantados al traficante sobre un contrato de venta? El espíritu comercial se introduce por todos sus poros en la agricultura.

Tratándose de los productos, la agricultura se aproxima cada dia más á la industria. No podria ocurrirse herejía mayor á la mente del labrador viejo que enviar afuera y léjos de su casa la leche de sus vacas. La idea hubiera sido contraria á las convicciones más queridas. Ahora centenares de labradores despachan toda la leche dos veces al dia á Lóndres, donde se vende al menudeo de calle en calle. La mantequera está arrinconada, la quesera puesta á un lado, la mujer que hacia los quesos despedida, y apenas si queda bastante leche en la casa para la familia. Un extranjero que atravesara un rico país de leche, acaso en vano pidiera en una docena de casas de campo, una detrás de otra, un vaso de leche pura y fresca, y por ningun precio conseguiria manteca en muchos sitios. Esta costumbre pone tambien á la agricultura en connexion con los ferro-carriles, la mayor parte de los cuales tienen sus *trenes de la leche*, que van diariamente á la metrópoli. El labrador antiguo, con sus calzones y polainas, su baston de fresno y juguetones sellos, se hubiera quedado con la boca abierta á la idea de que la leche pura de sus amadas

vacas fuese trasladada á razon de cuarenta millas por hora para ser pregonada en las súcias y ahumadas calles de Londres.

Una artesa de quesos que no se usa, una mantequera desdenada, filas de queseras vacías, le hubieran parecido un mundo vuelto al revés. Todo el cuidado que se tomó en construir la oficina de la leche, fresca, medio subterránea, enlosada de piedra y con una ventana al Norte, todo perdido y desperdiciado y tirado. Los arbustos más viejos, plantados aquí y allá para conseguir una atmósfera clara y pura para guardar del polvo y del humo las deliciosas pastillas del dorado queso, inútiles, sin más servicio que para leña. La finca así se aproxima á la idea de una fábrica en pronta y constante comunicacion con los consumidores de la ciudad.

Aún más: á cada momento se crean verdaderas fábricas para la conversion de los productos agrícolas. Las de leche condensada crecen en número, absorbiendo el rendimiento de las lecherías vecinas. Algunas de ellas han sido muy afortunadas, y están pagando crecidos dividendos á los accionistas, ¡accionistas agrícolas! Las que sirven para hacer queso se están extendiendo rápidamente, y aquí otra vez el principio de la reunion de capitales, el verdadero espíritu comercial aparece en todo su vigor. Generalmente están situadas cerca de un camino de hierro, en el centro de un distrito en que abunda la leche, y los hacendados envian este líquido á la fábrica y reciben en cambio una parte proporcional de los productos. Es lo mismo que si cincuenta lecherías pusieran en la misma quesera toda su leche. Ahora bien; nada podia estar en mayor oposicion con los sentimientos del antiguo hacendado que una conducta semejante. Él siempre tenia la más perfecta confianza, la más implícita creencia en la leche, la manteca y el queso hechos de aquella leche en su propia casa. Ningun vecino podia hacer un queso semejante; por muy bueno que fuera, siempre tenia un saborcillo, habia algo ardiente ó desagradable en él. Era intensa la rivalidad para conseguir el precio más alto en el mercado de quesos. El hecho de que unas cuantas docenas de labradores lleguen á persuadirse á contribuir con la leche de sus rebaños á una

quesera comun para que allí se mezcle y se confunda, es en verdad para los que conocen la clase una prueba suficientemente fuerte del poderoso cambio que ha invadido el espíritu de la agricultura.

¿Dónde están hoy las zahurdas, dónde los puercos y marrañas y lechones que gruñían al acercarse la hora de alimentarse, buscando bellotas en las zanjas á la llegada del otoño? La pocilga de los cochinos se proveía principalmente de los desperdicios de la lechería; en consecuencia, cuando se ha cerrado la lechería, se han quedado vacías las zahurdas. Pocos arrendatarios se cuidan hoy de criar puercos, y el resultado es un alza en el precio del tocino, hasta que el bueno curado al humo está actualmente tan caro como el buey ó el carnero. Cada labrador hacia ántes su matanza y la curaba; ahora los cerdos que se crían van, como la leche, á las fábricas para ser convertidos en comestibles. Vastas salazones de tocino pueden encontrarse, haciendo un inmenso tráfico todo el año de Enero á Enero, matando millares y millares de puercos y empleando todo auxilio artificial para curarlos, desde carretadas de aserrín para dar el sabor ahumado, hasta cargamentos de hielo de Noruega ó de la América del Norte para asegurar el enfriamiento conveniente para la res muerta. Una de las razones para despachar la leche á Lóndres ó para depositarla en las fábricas, es que cada vez se aprecia más entre los agricultores la ventaja de menores utilidades, pero más inmediatas, verdadera teoría del traficante. El queso hecho en casa deja un gran provecho, pero el pago es lento: necesita mucho tiempo para madurarse. El agricultor que labra manifiesta la misma tendencia, á la que le fuerzan las circunstancias de los tiempos. La cebada se está haciendo mucho más importante que el trigo, especialmente las clases superiores, y la cebada va al fabricante de cerveza.

El agricultor se inclina cada vez más todos los días á la dirección de las fábricas. Recientemente se han hecho experimentos en gran escala en ciertas fincas en cuanto á la practicabilidad de producir azúcar y espíritus de granos mezclados. El experimento no dió resultados al principio por falta de conocimientos técnicos solamente, y poca duda puede caber de

que llegarán á levantar los alambiques de refinar sus altas chimeneas sobre la finca. ¡Figúrese una chimenea de fábrica en medio del amarillo trigo y de las amapolas de escarlata!

Con esta tendencia ha nacido una inclinacion marcada por nuevas formas de emplear el dinero. El labrador antiguo era conservador en todo y particularmente en sus negocios: el agricultor moderno, cualesquiera que sean sus opiniones políticas, está pronto á adoptar planes nuevos y á invertir su capital en todo lo que prometa ser popular. Si se descubriera una nueva raíz ó un nuevo cereal que prometiese ventajas, seria ansiosamente aceptado. En el pasado, la idea de cebar el ganado con cualquiera cosa que no fuera heno, hubiera sido mirada con horror; ahora se usa universalmente el bollo. Apenas queda práctica ó creencia de la antigua raza de labradores que no haya sido vuelta al revés. La agricultura gravita hácia la especializacion como todas las demás ocupaciones en esta edad de intensa competencia. La casa de labor primitiva producía un poco de todo, y rara vez estaba dedicada á ningun producto particular. Gran número de fincas para leche, como ya se ha indicado, no son hoy otra cosa que productores de leche para enviar á Lóndres ó á la fábrica. Veinte años hace ó ménos, la misma casa de campo hubiera hecho manteca y queso, engordado puercos, cebado unas cuantas bestias para Noche-Buena y criado una ó dos jacas de los potros. Hoy están realmente especializados como fincas de leche, y la idea principal del dueño ó arrendatario es conseguir la clase de vaca que da mayor cantidad de leche. Hay, pues, un número creciente de haciendas cuya especialidad es alguna casta particular de vacas ú ovejas y unas pocas donde se crían caballos de caza y de pura sangre. Dos ó tres casos, cuando ménos, hay en los que los agricultores han especializado sus tierras como fincas de trigo; no siembran nada más que trigo, un año despues de otro, desafiando las antiguas reglas de alternar las cosechas, con la ayuda de profundo cultivo al vapor y de abonos artificiales.

Todos estos son esfuerzos para ponerse de acuerdo con el espíritu de la época, que al mismo tiempo que cree en la division del trabajo, cree tambien en la division del producto.

Es muy probable que andando el tiempo crezca esta práctica, particularmente en las cercanías de las grandes ciudades, ó donde hay buenas facilidades de caminos de hierro. La influencia de esas grandes ciudades, con sus poblaciones hambrientas y al mismo tiempo su riqueza y demanda por lo supérfluo, ha sido casi incalculable para la agricultura. Han cerrado la lechería y absorbido la leche: han consumido tan vastas cantidades de licor, que la cebada toma más importancia que el trigo. Quieren y necesitan tener carne; el resultado inmediato es que todo se hace secundario ante la producción de ganados; y el indirecto, el establecimiento de casas de campo cuyo único objeto es conseguir criar un animal superior. Las clases medias de estas ciudades que no pueden surtirse de sus propios jardines y estufas, insisten, á pesar de eso, en ser provistas con el lujo de tempranos vegetales. Naturalmente, por tanto, en lugares donde el suelo ó el clima es especialmente á propósito, como en las islas Soltingas (*Scilly islands*) se fija la atención en este ramo, puesto que el ferro-carril ha abolido los inconvenientes de la distancia.

Tan completamente empapado está el espíritu agrícola de la necesidad de marchar con la época, y de obtener provechos por una juiciosa inversión en lo que las ciudades piden, que el gran *desideratum* en los distritos rurales es hoy comunicaciones más rápidas. El número de ferro-carriles ligeros y de tramvías que últimamente se han establecido en lugares puramente agrícolas, es una prueba evidente de esta disposición. Todos los años hay un número más de proposiciones para la incorporación de compañías de caminos de hierro, con objeto de construir líneas agrícolas, sostenidas por los propietarios de tierras y arrendatarios: muchas se han hecho y otras se están haciendo ahora enteramente con dinero de la agricultura, sin que éntre la *banca* para nada en ellas. Atraviesan esas líneas ricas tierras de siembra ó pasto, en las que no hay poblaciones de ningun tamaño, nada más que casas de campo y aldeas, y se unen á alguna de las grandes vías del ferro-carril. Aun las abiertas y escasamente pobladas llanuras de arena están hoy ansiosas de unirse con ligeros tramvías con las ciudades. Estas compañías locales

reconocen francamente que no desean ni esperan grandes dividendos de la línea, que están satisfechas con tal de que cubra los gastos del movimiento: el dividendo verdadero se obtiene de una manera indirecta, por los dueños de tierras, merced al aumento de valor en la propiedad, y los arrendadores se aprovechan del más fácil y más barato acceso á los mercados. Estos ferro-carriles locales, estas líneas de aldea, son extraordinarios ejemplos del cambio que ha ocurrido en el espíritu de la agricultura.

El labrador antiguo se enorgullecía sobre todo de ser un hombre práctico, un hombre de experiencia, instruido solamente con el conocimiento adquirido por generaciones enteras de labradores. El agricultor moderno es un teórico, un hombre de estudios hechos en libros. Siempre está dispuesto á hacer experimentos. Envía á su hijo á un colegio agrícola, lee y examina los descubrimientos de los profesores agrícolas, presta pedazos de tierra con el objeto de comparar las ventajas de varios métodos de cultivo. Le es bien conocido el significado de las palabras geología, botánica y hasta entomología. Analiza el suelo, el agua, las cosechas, y está familiarizado con la fraseología del laboratorio químico. Apenas hay ciencia que no se ponga al servicio de la agricultura. Geología, botánica, entomología, meteorología, química, historia natural y biología; podría extenderse la lista indefinidamente, y esto sin nombrar la mecánica y la ingeniería. El ingeniero es en verdad indispensable para el agricultor moderno, para desecar sus campos, para regar otros, para construir estanques, caminos, y por último, tramvías. El mecánico encuentra constante empleo en reparar el arado y aparato de vapor, la máquina de trillar, los innumerables útiles que se emplean.

¿Tiene esto algo que ver con la labranza? ¿No es claro que la agricultura es una ocupación distinta, *un negocio*, pero negocio del presente y del porvenir, casi totalmente reñido con el pasado? Verdad es que solamente los agricultores principales pueden todavía llegar á este punto; pero este espíritu se ha infiltrado en los ánimos de los más pequeños que marchan en la misma dirección todo lo que pueden. Los que

no pueden permitirse comprar el aparato de vapor para arar, lo alquilan á los maquinistas agrícolas, á quienes ahora se encuentra casi en todas partes, ó á las compañías formadas para dar en alquiler esas máquinas. Hasta los labradores pequeños recurren á desecar, y emplean tanto abono artificial como les es permitido comprar. El espíritu de empresa y especulación se ha apoderado también de ellos; pero estando limitada su esfera de operación, sus resultados no aparecen tan inmediatamente.

Se ha engendrado un sentimiento más amplio, más cosmopolita entre los agricultores por las grandes exposiciones de ganado y herramientas. A estas exposiciones acuden los hombres de todas partes del reino, comparando con ansiedad el ganado exhibido con el suyo propio, preguntando curiosamente cómo se consiguieron tales resultados, examinando la nueva maquinaria, cambiando ideas con otros. Estas reuniones han contribuido á borrar mucho del antiguo espíritu local; hombres que una vez se han desviado de su hogar á cincuenta ó cien millas, y han visto lo que sus hermanos agrícolas han llevado á cabo, no pueden ya tener fé en los usos tradicionales de los valles en que nacieron (1). Sus preocupaciones están quebrantadas, no pueden dejar de considerar los hechos que han visto, siendo los labradores gente muy fácil de dejarse llevar por resultados visibles y tangibles. Tal vez no en algunos años, pero más pronto ó más tarde, cuando la oportunidad se presente, intentarán realizar cosas semejantes.

Ni debe tampoco de pasarse por alto la caudalosa corriente de literatura agrícola que en los últimos años está manando. Sólo el número de diarios, periódicos y revistas dedicados á la labranza y á asuntos con la tierra enlazados que hoy se publican, es muy considerable. Algunos entre ellos están escritos con gran cuidado y poseen un Estado mayor de colaboradores muy entendidos, y que son capaces de arrojar la luz de la ciencia y de la investigación sobre las

(1) Hace cincuenta años que un escritor sobre materias agrícolas recomendaba á los labradores que pasearan á caballo veinte ó treinta millas, para tomar nota de los métodos seguidos en otras localidades. Hoy obedecen el espíritu de este consejo, valiéndose del camino de hierro.

cuestiones agrícolas del día. Tienen una gran circulación, pero su influjo traspasa los límites de ésta. Ningun distrito agrícola carece hoy de su periódico local, y estos reproducen los materiales de los diarios de primer orden, de suerte que publicado que sea en Londres un nuevo descubrimiento ó un método mejor de tratamiento, inmediatamente se disemina por los cuatro puntos cardinales del mundo agrícola. El efecto de esta literatura es muy potente: ha estado lentamente educando á la masa de los agricultores por espacio de años, y la generacion que hoy crece está impregnada de ideas sacadas en su origen de estos diarios.

La agricultura quizás tiene la fortuna de poseer más hombres expertos que ninguna otra profesion, hombres que han gastado fortunas en el intento de hacer avanzar el cultivo de la tierra, que en muchos casos se han arruinado ó poco ménos, pero cuya experiencia se utiliza ahora en beneficio de toda casa de labor de Inglaterra. Esos hombres, que van á la vanguardia en la introduccion de abonos artificiales, guano y superfosfatos, demostraron el valor de la desecacion, y con grandes gastos de tiempo y dinero, perfeccionaron el arado de vapor. Repartidos aquí y allí sobre el país, ha obrado cada uno como un foco en el cual se fijó la atencion de los agricultores vecinos, hasta que en más de un caso, una fama que se extiende por todo el orbe ha sido el resultado. Pero indudablemente la gran causa del progreso inmenso que se ha conseguido, fué la presion consiguiente á la abrogacion de las leyes de trigo. Desde aquel momento, el agricultor ha tenido que luchar con una hueste siempre creciente de competidores. El mundo entero se ha levantado para competir contra él. El trigo ha afluído del continente y de América, la lana de Australia, y últimamente, ha venido al mercado carne en conserva en cantidades suficientes para hacer sentir sus efectos. Poco á poco el labrador se ha apercebido para el estado de alteracion de los asuntos, y se ha puesto á la altura de las circunstancias, merced á esfuerzos vigorosos.

Si nada hubiera habido que compensara esta competencia, le hubiera sido imposible mantener su terreno. Pero al mismo tiempo crecia la poblacion, aumentaba su número, y multi-

plicaba sus demandas por las superfluidades de carnes ricas y succulentas. El aflujo de la riqueza permitía precios más altos, mejor dicho, era de ellos causa, y la circulación más rápida del dinero compensaba al labrador de la pérdida del antiguo sistema de utilidades. Todavía es cuestionable, aún ahora, cuando la presión de la competencia se ha hecho más fuerte por el alza en el valor del trabajo, si puede sacarse de la tierra una renta ó tanto por ciento suficiente con el capital limitado en ella invertido. Indiqué yo hace tres años que la dirección de los sucesos parece llevar irresistiblemente á la conclusión de que en un día no lejano tendrá que recurrirse á que labren las tierras sociedades de capital por acciones. Con la sola excepción de la novedad de la cosa, no hay prácticamente obstáculo alguno. De cualquier modo es salida más segura para el capital, que los empréstitos á los Estados extranjeros, que suelen no pagar el interés. No ha dejado ya de encontrarse alguna dificultad en alquilar tierras de pan llevar. Para trabajarlas con alguna esperanza de provecho, son necesarios gastos, y gastos en que son los ménos los que pueden incurrir por sí solos. Uniéndose algunos capitalistas, se salvaría la dificultad, y al mismo tiempo se haría que la tierra produjese el mayor rendimiento posible, porque una compañía ó sociedad podría emplear todos los medios que la ciencia aconseja.

Si cualquiera hubiera pasado revista á la posición de la agricultura en la generación pasada, la hubiera descrito como profesión en calma, tranquila, alejada del tumulto del tráfico y del estruendo de la fabricación, descansando de año en año entre floridas praderas y hermosas eras. Ahora se presenta el espectáculo de una masa de hombres sin descanso, educados, inteligentes, que luchan, que hierven podría decirse, que avanzan y adoptan los recursos del comercio y de la ciencia. El contraste es notable. El espíritu manifestado en la agricultura práctica moderna es el de empresa vigorosa, especulación, progreso. El cambio ha venido acompañado de extraordinarias modificaciones en la posición y hábitos de los que en la agricultura se ocupan.

Para comenzar en los fundamentos con los trabajadores,

el cambio que ha sobrevenido en esa clase es evidente é inequívoco. Debe, sin embargo, entenderse que el objeto de este artículo es trazar y definir el espíritu de la agricultura: no entra en su plan argüir por una ó por otra parte; sino sencillamente aproximarse lo más posible á un cálculo de los hechos reales existentes, ya se refieran al bracero, al arrendatario ó al propietario. Entre las causas que produjeron el movimiento del jornalero hay que contar la abrogacion de las leyes del grano y la afluencia de trigo extranjero, que en parte colocaba al mismo en una posicion independiente. Luego produjo su efecto la introduccion de un nuevo sistema de socorros al pobre, y no puede olvidarse el vasto ímpetu dado al trabajo por los caminos de hierro, su construccion y entretenimiento.

Es comun atribuir la agitacion entre los trabajadores agrícolas á los discursos violentos y defectuosa organizacion de unos pocos hombres de talento: é igualmente se suele afirmar que ahora que esos hombres han fracasado en sus inmediatas tentativas, el movimiento ha concluido. Ninguna de estas aseveraciones es exacta. Las causas indicadas y muchas otras han estado en accion muchos años antes de que brotaran las uniones; hoy obran otras causas cuyo efecto será casi el mismo y en igual sentido. La verdaderamente gigantesca emigracion que ya lleva muchos años, todavía sigue; las colonias, Australia, Nueva Zelanda, Canadá y los Estados-Unidos todavía están absorbiendo la flor y nata de la poblacion trabajadora. La historia se confunde y rehusa su asentimiento, en la duda, á lo que se cuenta, del enorme número de hombres que siguieron á Jerges á Grecia. ¿Pero, qué significan esos números, ante los que por siglos enteros se ha maravillado el mundo, comparados con la emigracion á América y á las colonias? Los Estados-Unidos celebran este año su centenario. La tierra fué descubierta ántes; pero puede decirse que el país no tiene más que cien años. El nuestro, sin contar más que desde la conquista, tiene ocho siglos: sin embargo, aquel tiene más poblacion y la gran mayoría de sus habitante shabla inglés.

Además del efecto directo de la emigracion, debe de recor-

darse la reaccion indirecta, incalculablemente grande, de las ideas americanas sobre las últimas clases de Inglaterra. De algun modo han sido diseminadas; innecesario es averiguar el cómo. Este efecto indirecto aumenta anualmente, conforme se van haciendo más educados los trabajadores y leen lo que les pasa á sus hermanos al otro lado del Atlántico. El cómo exacto es difícil de definir, pero lo cierto es que un sentimiento comun anima á los obreros de todos los países occidentales. Están *en relacion* unos con otros. Fuera de la literatura, ó aún de la organizacion, existe una comunicacion misteriosa; un movimiento lejano se propaga como una ola recorriendo todas las filas del trabajo. Es uno de los fenómenos más sorprendentes de la vida social moderna: un fenómeno que se hace más visible, tangible y poderoso todos los años. Sin duda alguna, la educacion obligatoria del porvenir hará más intensa esta tendencia; porque si hombres ignorantes y prevenidos pueden combinarse para un fin comun, absurdo es suponer que los mismos hombres una vez educados no estarán más dispuestos á obrar en concierto.

Con la educacion viene siempre cierto sentimiento de la propia importancia: los mejores de entre nosotros que hayan adquirido conocimientos superiores, no están libres de esta debilidad; ¡cuánto más no deberá esperarse de hombres cuyos antepasados en muchas edades han trabajado en la ignorancia más supina! Es un error mirar al movimiento entre los braceros del campo con otra luz que la que ha estado fermentando por años enteros en otra clase de obreros. La única diferencia es que ha venido el último, y que por lo tanto tiene todavía que pasar por fases que ya los otros han recorrido. Es una parte del gran movimiento del trabajo, movimiento que se agita en todo el mundo y que no puede separarse de él, ni contenerse por remedios caseros ni medidas de campanario. En verdad, es un movimiento que la mano del hombre no puede detener. Debió su origen á una variedad de causas fuera de su jurisdiccion, y estas causas y otras más siguen en actitud todavía.

(*New Quarterly Magazine.*)

RICHARD JEFFERIES.

Concluirá en el número próximo.



FRAGMENTOS DEL « FAUSTO » DE GOETHE.

PROLOGO EN EL CIELO.

EL SEÑOR, los EJÉRCITOS CELESTIALES.—Despues MEFISTÓFELES.

Los tres Arcángeles se adelantan.

RAFAEL.

Une su añejo ritmo á la armonía
De la celeste esfera el sol sereno,
Y al cierto fin de la prescrita vía
Con el ímpetu va del ronco trueno.

Al ángel vivifica su mirada
Aunque no puede penetrar en ella:
Como al salir, sonriendo, de la nada
Aun es la obra de Dios sublime y bella.

GABRIEL.

Y la tierra, radiante de hermosura,
Con rapidez inconcebible gira;
Y la luz del eden pronto en oscura
Noche trocada, apágase y espira.

Y en su lecho de rosas espumante
Revuelve el hondo mar las aguas locas,
Y en el eterno círculo incesante
Rodando van al par aguas y rocas.

MIGUEL.

Del mar la tempestad corre á la tierra
Y de la tierra al mar vuela rugiendo;

Y en su órbita fatal al mundo encierra
Con fiero afán y encadenado estruendo.

Luto y desolación aterradora
Nuncian el rayo en predicción sombría,
Y tu fiel mensajero ¡oh Dios! adora
La feliz marcha de tu augusto día.

LOS TRES.

Al ángel vivifica tu mirada
Aunque no pueda penetrar en ella:
Como al salir, sonriendo, de la nada,
Aun es tu obra, Señor, sublime y bella.

MEFISTÓFELES.

Señor, pues aún á nosotros
Te aproximas complaciente,
Y lo que en el mundo pasa
Con mil preguntas inquieres,
Aquí, en medio de tus siervos,
De nuevo á tus piés me tienes.

Perdona: á mis lábios faltan
Palabras grandilocuentes;
Pero, aunque el público silbe,
Como pueda explicarme.
Reír á las mismas piedras
Hiciéranles mis sandeces;
Mas tú, por nada del mundo
La gravedad, Señor, pierdes.

Comienzo, y nada te digo
De sol, astros, ni satélites:
En el orbe sólo veo
Al mortal y sus reveses.
Ese Dios en miniatura
Del pobre globo terrestre,
Guarda siempre el noble tipo
De su ridícula especie,
Y aún hoy, como el primer día,
Me maravilla y divierte.

No fuera tan desdichado,
 Si en su envanecida mente
 El reflejo no pusieras
 De tu resplandor celeste.
Razon le llamó, y le sirve
 Para ser el más imbécil
 De los que orgulloso nombra
 «Los irracionales séres.»

Con permiso de tu Alteza,
 A mí el hombre me parece
 La cigarra que en el campo
 Salta y canta eternamente,
 Siempre con los mismos brincos,
 Con la misma canción siempre.
 ¡Y ojalá sólo en la yerba
 Arrastrase el sucio vientre!
 Pero no, Señor; en todo
 La atrevida nariz mete.

EL SEÑOR.

¡Siempre es igual tu querella!
 ¿Nada más decirme quieres?
 ¿Nada bueno has encontrado
 En el mundo?

MEFISTÓFELES.

Francamente,
 Hallo hoy el mundo tan malo,
 Cual parecióme otras veces.
 Compasión me dan, no envidia,
 Los hombres y las mujeres;
 Y ya tentar me repugna,
 Señor, á esa pobre gente.

EL SEÑOR.

¿Conoces á Fausto?

MEFISTÓFELES.

¿A Fausto?

¿El Doctor?

EL SEÑOR.

¡Mi siervo!

MEFISTÓFELES.

¡Ese!

¡Pues me place la manera
 Como os sirve el tal sirviente!
 Manjares no hay en la tierra
 Que sus lábios no desdeñen,
 Y al espacio imaginario
 Le arrastra su extraña fiebre.
 De su insensata locura
 A medias conciencia tiene;
 Y al cielo le pide el astro
 Que más limpio resplandece,
 Y al mundo la más intensa
 Sensacion de sus placeres;
 Y ni el cielo ni la tierra,
 Juntando todos sus bienes,
 Llenar podrán el vacío
 De su corazon estéril.

EL SEÑOR.

Aun hoy, perdida la ruta,
 Me sirve. A sus ojos fieles
 Brillará la luz mañana.
 Bien el hortelano entiende,
 Cuando el boton rompe el árbol,
 Qué fruto ha de prometerse.

MEFISTÓFELES.

Gran Señor: ¿apuestas algo
 A que tu siervo te vende

Si me permites que tienda
En su camino mis redes?

EL SEÑOR.

Nadie, mientras él respire,
Te lo veda. Torcer puedes
El paso hasta el fin.

MEFISTÓFELES.

¡Mil gracias,
Señor, pues no me apetecen
Los muertos! Carnes rollizas
Y frescas son mi deleite.
Si se trata de un cadáver,
Cargue otro con ese huésped:
Soy cual los gatos, que sólo
A las ratas vivas muerden.

EL SEÑOR.

Pues bien: te entrego á mi siervo.
De la originaria fuente
Desvia el alma piadosa,
Y el cauce, si sabes, tuerce.
Quedarás abochornado
Al mirar que un hombre débil
El camino recto encuentra
Entre tantas lobregueces.

MEFISTÓFELES.

No ha de ser larga la prueba:
Confío en mi buena suerte,
Y si ella el triunfo me otorga,
Los lauros no me cercenes.
El doctor morderá el polvo,
Lo morderá relamiéndose,
Como aquella del manzano,
Mi buena tia la Sierpe.

EL SEÑOR.

Ancho campo te concedo;
 Nunca odié á los de tu especie;
 Entre todos los que niegan
 Génios á mi ley rebeldes,
 Pobre bufon malicioso,
 El ménos dañino tú eres.
 El hombre, á menudo, en brazos
 Del reposo desfallece,
 Y es bueno que á cada instante
 Le anime, aguije y despierte
 Un compañero de viaje,
 Aunque el mismo diablo fuere.

(A los Arcángeles.)

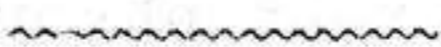
La que brilla inmortal viva hermosura,
 Gozad, hijos de Dios, en mi regazo;
 La sustancia, que vive eterna y pura,
 De amor os ligue con el tierno lazo,
 Y á la breve apariencia del momento
 Dé forma vuestro fijo pensamiento.

(El cielo se cierra y los Arcángeles se dispersan.)

MEFISTÓFELES, *solo.*

De vez en cuando olvido mis rencillas
 Y busco al Viejo, y pláticas entablo;
 Me encanta que un señor de campanillas
 Trate con atencion á un pobre diablo.

TEODORO LLORENTE.



ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS.

VICTOR CHERBULIEZ.

El descrédito, en parte merecido, que pesa hoy sobre la novela hace que sea difícil interesar á las personas graves en el estudio de este poderoso elemento artístico. La mayor parte de los autores que han privado durante largo tiempo han introducido una tenaz desconfianza en el ánimo del público inteligente y delicado. Trátase de demostrar que la pretendida futilidad de la novela es una preocupación y que hay entre los que la cultivan nombres que rivalizan y glorias que pueden parangonarse con las de Leonardo de Vinci ó Meyerbeer.

Si España ha sido la cuna de *Don Quijote de la Mancha*, hay que reconocer también que desde entónces acá pocas producciones novelescas han merecido grande estima, siendo los actuales momentos aquellos en que parece despertarse cierto afán por brillar en el arte de Cervantes. Valera, Perez Galdós y Alarcon han iniciado un plausible renacimiento que ha proporcionado ya á nuestra literatura joyas de subido precio.

Dejándonos de todo linaje de parcialidades, confesemos, empero, que el verdadero foco de la novela moderna está en Francia, y que desde Diderot hasta los contemporáneos este género literario ha ido cobrando mayor perfeccion hasta el punto de alcanzar hoy dia al verdadero ideal. No es necesario que se nos opongá cuán estraviadas teorías y cuán aborrecibles liviandades se han dado á luz en forma de novela; lo sabemos y deploramos. Efectivamente, para vergüenza de

Francia y del mundo civilizado, allí es donde se han escrito y publicado las más escandalosas é inmundas fábulas, sin novedad ni estilo, sin otra mira que la de servir de pasto á los instintos más pervertidos. Francia ha sido la proveedora de libros en que la inmoralidad se da la mano con la estupidez. Francia ha tenido cierto escritor de gran talla que no ha vacilado en envenenar y corromper á la juventud como un malvado criminal, no con teorías disolventes ni predicaciones subversivas, sino con el más corrosivo y acre de los venenos, servido en primorosa y dorada copa. Pero al lado de esas monstruosidades, por encima de los escritores mamarra-chos y corrompidos, ¡cuántos ilustres nombres no brillan radiantes de luz y gloria! ¿Qué rivales pueden oponerse hoy á Víctor Hugo, George Sand, Balzac, Próspero Merimée, Paul de Molenes, Octavio Feuillet y tantos otros? Sobre todo, ¿en qué literatura encontrar un artista igual á monsieur Víctor Cherbuliez?

I.

Ocupaba el trono de Francia Napoleon III cuando florecia en la capital del imperio una literatura que reflejaba perfectamente el estado social de aquella época. Cerrado á la inteligencia el terreno político, cohibida la libertad, alentada con ello la licencia, vigilada rigurosamente la prensa política por causas que la historia se encargará de juzgar, hubo el espíritu de buscar nuevas salidas á sus expansiones, brotando de la compresion política una bacanal literaria. Entónces fué cuando se suscitó con más vehemencia la teoría del *realismo* en el arte, cuando se abordaron las cuestiones más ardientes de la vida civil, cuando por emplear en algo las fuerzas de la mente se creó un teatro como sucursal de la Audiencia y se inventó una sociedad especial que se llamó el *demi-monde*. Habia que demoler algo, y no pudiendo volverse contra el trono, sucedió que la guerra se hizo á todo lo que se podia atacar impunemente. Período funestísimo en que se desarrolló esa perniciosa literatura de tercer orden, hija espúrea de Balzac y competidora de inmoralidad con Teófilo Gauthier,

cuyas obras maestras se reducen á *Fanny* y *Mlle. Giraud*. Otros más encopetados, pero de todo punto incompetentes, dieron en la flor de ocuparse en los hijos naturales, el divorcio, la rehabilitación de las prostitutas y otros asuntos igualmente interesantes—para algunos. Nadie negará á Alejandro Dumas un verdadero talento, chispeante y audaz; pero á pesar de tanto ponderar su realismo, lo que es hasta ahora no ha logrado presentar otros tipos *reales* que el de las mujeres venales y el de los egoístas. Si no avalorasen sus obras las cualidades externas que le recomiendan, tal vez hubieran sido silbadas. Por semejante camino y con facultades poco comunes se daba á conocer el célebre Gustavo Flaubert con *Mme. Bovary*, admirable fotografía de un asunto vulgar y gastado, verdadera obra maestra digna de muy distinta causa. En suma; por una parte, la desvergüenza creando escuela; por otra, el talento malgastándose en temas de dudoso interés para la gente y en pinturas que dejan contristado y frío.

En estos fatales tiempos fué cuando empezó Cherbuliez á adquirir la celebridad de que hoy goza. No hay para qué contarle ni entre los *realistas* ni entre los autores puramente de imaginación. Su abolengo arranca del movimiento literario de 1830, no directamente, pues el novelista ginebrino es muy jóven, sino por la influencia que ejerció sobre él. Así, George Sand y Heine han inspirado más de una página al autor del *Conde Kostia* y *Le roman d'une honnete femme*.

A diferencia de otros muchos, Cherbuliez no empezó á escribir hasta que todas sus facultades estuvieron en completa sazón; gracias á una educación admirable, dotada de vastísimo y profundo saber, lleno de delicadeza en sus gustos y aficiones, pensador y artista en igual proporción, lo mismo le hubiera sido dado desde un principio brillar al lado de Hegel que de Octavio Feuillet, sus peregrinas dotes le hacían igualmente apto para la cátedra que para el libro; pero afortunadamente, fueron sus preferencias dirigidas hácia la novela, y gracias á ello tenemos hoy día un George Sand, sin ninguna flaqueza y tan superior á ella como el autor de *Obermann* lo fué á Chateaubriand. Por una especie de *seleccion* reúne el temperamento literario de Cherbuliez el penetrante

análisis de *Werther* á la suprema distincion de la forma. Pocas veces se habrán visto confundidos en un mismo sér la inventiva delicada, la observacion analítica, el ingenio chispeante, el saber vecino de la erudicion, la sensibilidad esquisita y el buen sentido que constituyen la fisonomía característica de nuestro autor. Tales cualidades engendran en quien las posee cierta profunda ironía que tal vez podria descubrirse en grandes artistas de quienes no se sospecha.

Descendiente de una familia antigua de libreros ginebrinos, bien conocida por la importancia de las obras que ha publicado, trascurrió la juventud de Mr. Cherbuliez á la vez que nutriéndose de sólida y variada lectura, dominada por la constancia de los Alpes; la influencia que el espectáculo de la naturaleza ha ejercido en el desarrollo de las facultades del autor se deja notar en la animacion con que la retrata.

Pasó más tarde años felices en las universidades de Bonn y Berlin, estudiando á Hegel, meditando en Kant y Aristóteles, oyendo cada dia música clásica y siendo predilecto discípulo de Schelling. Esto no fué obstáculo para que el jóven ginebrino conociese hasta el fondo la conciencia alemana, como lo demostró más tarde en *Meta Holdenis*. Estuvo igualmente en París, y por Mr. Emile Montagut sabemos que allí estudió sanskrit con Eugenio Burnouff, que era apasionado visitador del Louvre, gran aficionado á la música y entusiasta por el teatro. Creemos que ningun otro novelista podrá hasta el presente haber allegado tan poderosos elementos.

Heredero de una fortuna considerable é impelido por su carácter independiente, y ávido de descubrimientos morales, viajó Mr. Cherbulier por largo tiempo recorriendo el Sur de Europa y la Turquía asiática; observó siempre con lucidez recogiendo materiales que más tarde transformó en esas novelas y estudios que darian envidia á un etnólogo y un diplomático. Así es como ha podido descubrir, desmenuzar y poner en claro las pasiones de la raza eslava, los caracteres de la gente sajona, las tortuosidades de la conciencia alemana, las leyes de la estética griega y los fenómenos de la España política, con ese acierto, esa serenidad y esa maestría, cuya impresion está reciente aún por lo que toca á nuestro país.

Como otros con descuido, es evidente que Mr. Cherbuliez escribe sus obras *con amore*, y guarda un escrupuloso cuidado en que reine en sus detalles el más delicado gusto. No es esto decir que sea el autor amigo de filigranas ni de nimiedades pueriles; por el contrario, lo primero que se nota en sus novelas, es una gallardía en el desarrollo, que se parece á la de Fortuny pintando sus cuadros. La unidad de acciones tan armoniosa, que el pensamiento le sigue embelesado sin un momento de interrupción; pero esto no quita que en su corriente no se encuentren á cada paso puntos de vista sorprendentes, una originalidad encantadora y tal sucesión de emociones inesperadas, que no parece sino que el lector está bajo el dominio de una hada. Como un brillante de mil facetas, cada obra lanza en todos sentidos reflejos irisados y deslumbradores.

Por otra parte, según hizo ya notar Mr. Marc Monnier, pocos hombres pueden jactarse de saber manejar como el novelista ginebrino la lengua de Mme. de Sevigné, no conteniendo secretos para él y sabiendo todo cuanto puede envanecerse de haber descubierto el más consumado hablante. A las pocas páginas de cualquiera de sus libros se echa de ver que son para él moneda corriente las riquezas más escondidas del idioma; los giros, vocablos y modismos que emplea es fácil que no hayan llegado á oídos de más de un académico. No es, pues, de extrañar que un hombre de tal manera armado, poseedor de toda clase de recursos, talento, instrucción, gracia, amor al trabajo, instinto estético y suprema organización para verlo todo como es, delicado á veces como un alma femenina y otras fuerte y enérgico como un hijo de la libre Helvecia, llegado á este alto punto de superioridad en que se domina todo y transforma en aticismo é ironía, lo que sería para otros caracteres de ménos temple asunto de candorosa formalidad ó fría declamación, dueño de todas las alturas del pensamiento, nuevo Próspero que engendra á su voluntad los dramas y los idilios, tan suave como bravo, tan varonil como exquisito, tan lleno de buen sentido como de audacia, igualmente apto para conmover con una palabra como con un detalle, lince que lo divisa todo, espíritu que

percibe de qué manera vibra cada pasion, no es de extrañar, decimos, que llegado á este grado de extraordinario desarrollo intelectual y de sensibilidad intensa, realice en sus novelas lo que sólo han logrado contados artistas, dar vida y materialidad á la accion que describe, hasta el punto de producir una completa ilusion y creer uno que es real, positivo y tangible lo que está encerrado en unás cuantas páginas de un libro, último extremo del poder del arte.

II.

Empezó Mr. Cherbuliez por cierta novela eslava, y nadie hubiese creido que no era un compatriota de Sacher-Masoch; antojósele resolver una cuestion de estética, y con una seguridad de criterio y una profundidad de conocimientos que harian honor á Mr. Littré, escribió *Le Cheval de Phidias*; quiso ocuparse en el problema de la perfectibilidad humana, y á la manera que lo hubiese hecho Hegel, pero con todos los atractivos de un diálogo de Platon, dió á luz la *Grande œuvre*; se le ocurrió trazar un cuadro del Renacimiento Adiano, y tomando por pretesto la locura del Tasso, enriqueció la historia del arte con el magnífico y acabado estudio titulado *Le Pruscé Vitale*. Ora dirigiéndose á la crítica, ora escudriñando las cualidades íntimas de la nacion polaca, tan pronto político profundo como filósofo admirable, publica indistintamente un modelo de crítica, como reconoció Mr. Monnier en *Lessing*, ó una obra maestra, como *Ladislao Bolski*, ya la *España política*, ó bien sus acerados y mortíferos artículos acerca de los poetas prusianos, el doctor Strauss y la Alemania, verdaderas obras maestras de sátira y análisis.

Esta diversidad de géneros cultivados, esta ductilidad de talento, esta riqueza de facultades, no sorprenden cuando se ha leído una tan sólo de sus obras, pues al punto se adivina por una simple expresion, por una palabra, á veces, que el autor tiene competencia de sobra para ocuparse en la materia á que ha hecho alusion. ¿Quién al notar la cabal exactitud con que habla de un pintor, de un músico ó de un naturalista,

no advertirá que á Cherbuliez le son familiares Velazquez Schubert ó Darwin? ¿Quién dejará de ver en el autor un hombre bien enterado de lo que dice, si con una cita magníficamente colocada ó una alusion intencionada y de buen gusto revela que conoce á fondo la *Imitacion* y Watteau, las ediciones de Lucrecio ó las historias de la Edad Media? Este inmenso caudal de conocimientos legítima y directamente adquiridos es lo que dá al talento nativo del autor esta facilidad en poder expresarlo todo y encontrar palabras para significar lo indefinible.

Tratando de investigar ahora cuál sea la cualidad que domina á tantas como distinguen al autor, la que imprime á sus obras el sello de unidad que las caracteriza y las dá á todas el aire de familia, la que subsiste en la diversidad de manifestaciones de su poderoso talento, no cabe más que obedecer á la asociacion de ideas que surge en la inteligencia al punto que se juzga á Cherbuliez; no cabe más que ceder al recuerdo de Leonardo de Vinci, y como Emile Montegut, aproximar esos dos nombres.

Permítasenos transcribir algunas líneas de Taine sobre el pintor lombardo, y aplicadas á nuestro autor podrán dar una perfecta idea del mismo: «... Por reducidas que sean sus obras, »no hay ninguna que no sorprenda... No busca la pura belleza, »za, sino más bien la originalidad individual... Ni le ocupa »únicamente la forma sola; lo que hay dentro le parece mucho »más importante que lo de fuera... Tal vez no haya ejemplo »en el mundo de un sér tan universal, tan inventivo, tan incapaz de verse nunca satisfecho, tan ávido de infinito, tan »naturalmente refinado, tan lanzado hácia adelante más allá »de su siglo y de los siglos siguientes. Sus figuras expresan »una sensibilidad y un espíritu increíbles, rebosan de ideas »y sensaciones inexpresadas. Es menester algun tiempo para »trabar conversacion con ellas, no porque su sentimiento sea »harto poco marcado, ántes al contrario, brota de la superficie entera; pero es demasiado flotante, demasiado complicado, demasiado por fuera y más allá de lo comun, insondable é inexplicable. Su inmovilidad y su silencio dejan adivinar dos ó tres pensamientos superpuestos y otros todavía

»ocultos detrás del más lejano. Se entrevée confusamente este
 »mundo íntimo y secreto como una delicada vegetación des-
 »conocida bajo la profundidad del agua trasparente. Su son-
 »risa misteriosa turba é inquieta vagamente; escépticas, epi-
 »cúreas, licenciosas, deliciosamente tiernas, ardientes ó tris-
 »tes, ¡cuántas curiosidades, desalientos, aspiraciones, se
 »descubren todavía!... Se va muy léjos cuando se lleva á tér-
 »mino este análisis de sensaciones esquisitas y profundas...
 »Muchos hombres de esta época, y especialmente Leonardo,
 »después de tantos viajes á todas las ciencias, á todas las ar-
 »tes, á todos los placeres, conservan de su curso al través de
 »las cosas no sé qué de saciado, de resignado y melancólico.
 »Se nos aparecen bajo estos diferentes aspectos, sin querer
 »entregarse enteramente. Se detienen ante nosotros con una
 »semi-sonrisa irónica y benévola, pero bajo un velo... En
 »ningun pintor se siente el atractivo soberano y penetrante
 »que se exhala de las figuras de Leonardo y de sus alumnos...»
 Pongamos Víctor Cherbuliez donde dice Leonardo de Vinci,
 y todo será perfectamente apropiado al asunto de que trata-
 mos. La *Mona lisa* y la baronesa de Lœvitz, Joconda y Meta
 Holdenis, Gabrielle d'Arolles y cierta cabeza dibujada al lá-
 piz rojo que hay en el Louvre, son encarnaciones gemelas
 de ese *eternal femenino* que tan magistralmente saben tras-
 portar á la vida del hombre el gran pintor milanés y el gran
 novelista ginebrino. En resúmen: la facultad dominante del
 autor de *Miss Rovel* es el análisis psicológico de los seres su-
 periores, complicados, exquisitos y enigmáticos. Una sonata
 de Chopin, un *lieder* de Heine, una novela de Cherbuliez y
 un estudio de Renan, pertenecen á un mismo origen; en to-
 dos se nota la misma tristeza recóndita é igual delicadeza de
 forma.

Al llegar una sociedad al extremo del refinamiento, surgen
 extrañas figuras que, cual si fuesen las herederas de las vio-
 lentas pasiones antiguas, parece que encierran reconcentrada
 la energía de todas ellas y presentan unidas de una manera
 incomparable la fuerza del sentimiento interior á la distinción
 de la expresión extensa. De esos tipos de singularidad moral,
 de esas rarezas del alma, de esas encarnaciones inefables en

que se funden la violencia y la originalidad en un sér comun, ha hecho Cherbuliez el traslado al papel, creando, con la magia de sus colores y con los delicadísimos toques de su pincel, esas mujeres fascinadoras que se encuentran en sus obras como vaporosas apariciones y hacen palidecer á las vulgares figuras de la muchedumbre artística.

Decir lo que parece dotado de inefable esencia, pintar con una fuerza de colorido y un relieve que llegan hasta la impresion física las gradaciones de una pasion; infiltrar materialmente en el ánimo del lector las tempestuosas luchas y los combatidos sentimientos de sus personajes, encontrar siempre la frase precisa, la palabra verdadera, el tono exacto para decir lo que debe, son cualidades difíciles de mantener siempre á la misma altura, y no obstante, jamás se nota que le falten al autor ni una sola vez.

III.

Cuando un artista ha llegado á adquirir estilo propio é individual puede decirse que lleva consigo una patente de superioridad. Pocos son los que lo alcanzan y es por el contrario muy comun encontrar en autores que gozan de gran fama reminiscencias, imitaciones y plagios del estilo de otros, hasta el punto de ser sus obras un *pasticcio* más ó ménos meritorio. Abundan en Francia los falsos Víctor Hugo, los falsos Balzac y hasta los falsos Alfonso Karr; hay un enjambre de pseudo-puristas, del mismo modo que hay un enjambre de pseudo-románticos. Indudablemente abundan allí los buenos escritores y hasta los perfectos, empero repetimos que hay poquísimos con carácter personal y sello distintivo, y dichosos cuando por huir de los moldes comunes no caen en las estravagancias de lenguaje que tanto afean las obras de Barbey d'Aurevilly, algunas de los Goncourt y casi todas las de Zola, por no citar más que autores de nota.

No solo en literatura, sino tambien en todas las artes dista mucho de probar una gran inteligencia la habilidad en las imitaciones. No se parecen á nadie Velazquez ni Beethoven, creadores de raza, aunque tampoco producen nada que no

sea perfectamente ajustado á la índole de la comprension humana. A esta familia de artistas pertenece el autor de *Ladislao Bolski*. Es un modo de escribir el suyo que se reconoce entre mil. A cada línea hay que detenerse para admirar una espresion feliz ó una agudísima salida. El diálogo es constantemente tan discreto como elegante, hasta el punto de rayar esa cualidad en alarde de ingenio. Cualquiera que haya leído las obras hartó propagadas de ciertos novelistas explotadores, se habrá indignado de que tanta bajeza de descripciones y sentimientos no esté compensada con alguna cualidad de forma; pero es tan ratonil el estilo y tan chavacano el diálogo y tan repugnante la accion como las tendencias de cualquiera de esas lucubraciones *realistas*.

Falsamente han creído algunos que era el *realismo* la última palabra del arte y que bastaba sacrificar á la nimiedad ó á la repugnancia de los detalles el ideal que incesantemente busca el hombre para creerse llegado al pináculo de la perfeccion. Empero tan deleznable en sus obras como en su existencia, no ha hecho más el *realismo* que producir algunos escándalos literarios para caer luego en el olvido ó la indiferencia. Indudablemente nadie querria volver á los tiempos de las novelas bucólicas y caballerescas; pero contentarse con fotografías más ó ménos bien sacadas sin que un destello de poesía ó un efecto de color venga á impresionar el corazon, nadie lo quiere tampoco. Hay algo más que la superficie de las cosas y algo más que la experimentacion fisiológica; hay ese fondo á veces insondable que se llama el alma, en cuyas interioridades se libran furiosas batallas y se desencadenan nubes preñadas de tempestad; hay esos invisibles sacudimientos producidos por el choque de los caractéres, esas infables simpatías y esos misteriosos desvaríos que constituyen el principal distintivo del sér humano, y eso ni lo entiende ni lo puede expresar el *realismo*.

Aquilátase el mérito de un gran artista con obras, para cuya produccion sea menester estar dotado de cualidades extraordinarias y contrapuestas. Podrá un orador elocuente fascinar una vez á su auditorio; pero á vuelta de oirle emplear siempre el mismo lenguaje, acabará por fastidiar; po-

drá un pintor producir grandes maravillas; pero si éstas son constantemente de un mismo linaje, no tardará en caer en el amaneramiento. Rossini, por ejemplo, ha producido multitud de obras llenas de fraseología, entre las que no cabe mayor parecido. Por el contrario, el artista á la vez dueño de la línea y el color, que tenga la facultad de encontrar asuntos incesantemente variados y tipos incesantemente originales, que no solamente conozca como maestro su arte, sino todo lo que no deben ignorar un crítico, un fisiólogo y un hombre de mundo; aquel que sepa cómo palpitan todos los sentimientos, cómo se enardecen todas las pasiones, cómo se mantienen erguidos los caracteres ó cómo desfallecen los sentidos, qué sacudidas producen las crisis del alma, en qué lenguaje estalla el corazón y qué surco deja cada frase que se vierte, de éste se podrá decir que es grande en su arte, y en todos sus cuadros, en todos sus versos, en todas sus páginas, en todas sus cartas, en todas sus palabras, revelará que posee la suprema autoridad.

Por eso jamás podrá un puro *realista*, á secas, interesar á un público inteligente. Admirarán su paciencia, su exactitud, la maravillosa verdad del parecido exterior, empero nunca hará llegar á lo íntimo del alma sus creaciones, ni logrará sostener el interés de su fábula, á ménos de no dirigirse á reprobados medios. Tamaño espíritu de secta echa á perder más de una feliz disposición y no hace más que empequeñecer el objeto final del arte. Truécase en inventario lo que debia ser una decoración, y amontónanse líneas y colores para dibujar lo que hace Velazquez con una pincelada. Prodígase en estudiar nimios detalles y pormenores ridículos el talento que hubiera podido emplearse en diferente objeto, y por resultado si el artista es incapaz de sacar partido de Pablo y Virginia para rendir un homenaje de respeto al conde de Chambord, se queda muy satisfecho con enumerar las litografías iluminadas de cierta posada de Rouen.

IV.

Muy escasos andan los que pueden tratar asuntos de suyo áridos, y revestirlos con todas las gracias y encantos del estilo, hasta el extremo de interesarle al lector tan vivamente como un drama en accion. Tendriamos que remontarnos á los diálogos socráticos para encontrar indisolublemente unidos el gracejo ático y la elevacion filosófica. Suelen las más de las ocasiones los que pretenden decir cosas graves en tono ameno ser tan ligeros en lo uno como desgraciados en lo otro, y sólo el hombre verdaderamente dueño de su pensamiento y de todas sus facultades, puede arriesgarse á esta peligrosa tentativa.

No hay que confundir, empero, este don de ser profundo y encantador con el procedimiento vulgarísimo bautizado con el nombre de *vulgarización*, que es por cierto uno de los más tristes síntomas de nuestro tiempo, la adulacion de la ignorancia por el falso saber. Nada de eso; trátase de ciertas inteligencias privilegiadas que no pueden avenirse á emplear las formas didácticas y académicas para expresar sus ideas, y que poseidas de un santo horror á la rutina y la vulgaridad, prefieren las veredas pintorescas á la carretera encajonada entre montañas. El mismo asunto histórico ó filosófico, segun lo trate uno de esos poderosos talentos ó un sábio oficial, revestirá la forma de un diálogo de Platon ó de un espantable manual krausista. Así es, que tomando por asunto la locura del Tasso, será fácil que el uno escriba una memoria, y el otro ese cuadro deslumbrador, acabado, riquísimo de tono, lleno de vida, de luz y de color que se llama el *Prince Vitale*, y en virtud tambien de esta oposicion de caractéres, será el arte griego asunto de un indigesto tratado de Ottfried Müller ó bien de esa maravillosa resurreccion de la sal ática que se llama *Le Cheval de Phidias*.

A este mismo órden de producciones pertenecen *La grande oeuvre* y la *España política*, si bien esta última en forma de estudio. No considerando á Cherbuliez más que como

novelista, dejaremos para otra ocasion ocuparnos detenidamente en esas grandes producciones, así como de su crítica de Lessing.

V.

El *Conde Kostia* fué la primera obra en que dió á conocer Cherbuliez sus incomparables cualidades, aquella en que mostró que su poder no reconocia límites, aquella en que probó saber dar la vida á cuanto queria y en la que reveló que hay en la actualidad hombres que pueden medirse con los más grandes de la antigüedad.

Leido el *Conde Kostia*, uno ya sabe que al autor no le es imposible ningun prodigio. Hay cuatro figuras que producen una verdadera fascinacion. Realmente es maravilla verse á cada página desconcertado el cándido lector, sucediendo constantemente lo imprevisto, que es asimismo lo lógico. Esta cualidad subsiste en todas las producciones del autor.

Cada personaje produce tres ó cuatro diversas impresiones; los mónstruos acaban por enternecerse, los idiotas se convierten en héroes, los mamarrachos dejan atrás lo sublime y lo chocante se convierte en celestial y angélico. Esta es la verdad; la accion es tan diferente de lo que puede concebir una inteligencia vulgar, que despues de concluida la novela, uno se crée transportado á una lejana esfera; cuadro sombrío, drama extraño, argumento rarísimo, que hace enternecer y espantar, fusion de lo atroz y lo divino, nuevo mundo de sentimientos humanos, pasiones desconocidas y reales, tipos que dejan atrás todo el misterio de la psicología positiva, lienzo en que se reflejan con intenso y ardiente resplandor las aberraciones del alma, los sentimientos recónditos y los tormentos del sér, tragedia terrible enteramente digna de aquel castillo feudal á las orillas del Rhin. Una desesperacion reconcentrada é infinita que cree poder rescatar el bien perdido matando una sonrisa de ángel y sembrando en torno de sí el terror; hé ahí el pensamiento de la obra.

El *Conde Kostia* no lo podia escribir nadie más que Cher-

buliez, porque no le era dado á otro penetrar tan íntimamente en las secretas particularidades de la raza eslava, como al que tan á fondo conoce su historia y etnología. Sin que tratemos de rebajar el mérito de nadie, creemos para nosotros, que ni Tourgueneff, ni Pouchkine, ni Sacher-Masoch han escrito con más acierto que Cherbuliez sobre su raza. El *Conde Kostia* figurará ya siempre entre los libros leídos y admirados.

Cherbuliez tomó sobre sí un compromiso inmenso al escribir la obra admirable en que acabamos de ocuparnos, pues fué obligarse á hacerlas siempre iguales ó mejores, y no hay ciertamente desgracia mayor para un artista, que no mantenerse á la altura conquistada. Si mal no recordamos, publicó después *Paula Meré*.

Si esta producción no tiene la grandeza shakspeariana de la primera, en cambio produce una impresión igualmente dolorosa. *Paula Meré* es una digna hermana de esas bellísimas y dulces mujeres que sabe crear el autor, desdichada desde su nacimiento, de artísticas tendencias, poseedora del talento de Paul Potter y del alma de Desdémona, enamorada de un desgraciado que la idolatra, pero al cual devoran los celos, unos celos creados por la calumnia y la maledicencia de gentes con las cuales nos codeamos todos los días; no es una obra que abra nuevos horizontes al espíritu; es una amarga queja contra el fanatismo y la intolerancia. El débil amante de la dulcísima pintora es por desgracia harto común. Los demás tipos están trazados vigorosamente. Con decir que la escena pasa en Suiza queda ensalzada la suma belleza de los paisajes, descritos evidentemente con amorosa complacencia por el autor. En *Paula Meré* ha presentado éste una de las más adorables figuras que ha creado, y conmueve el ver de qué manera la sociedad, conjurada contra una reputación, logra mancharla y cubrirla de infamia. Hé ahí una niña que posee cuantas cualidades pueden anhelarse en un tipo ideal; no le basta su virginal pureza, ni su bellísimo carácter, ni su deliciosa figura para hacerse perdonar el ser hija de una bailarina, y el vivir bajo el techo de un dignísimo y paternal anciano. Desátase la calumnia, y la frágil

criatura abandona á la tierra su corteza para volar á las regiones de los ángeles.

Inútil es añadir que esta obra levantó contra su jóven autor las iras de los hipócritas, que se creyeron claramente sacados á la vergüenza, y al propio tiempo que hizo derramar lágrimas, levantó ampollas que produjeron vivo escozor en ciertas epidermis.

Al no ver defraudado con la nueva novela el éxito del *Conde Kostia* adquirió el autor título de maestría en la república de las letras, y publicó luego despues *Le Roman d'une honnete femme*. De ella se puede decir: *Non nova sed nove*. Efectivamente, se trata de un matrimonio que en sus primeros tiempos no ofrece el más edificante ejemplo de mútua estimacion por los celos históricos de la esposa y la vida, harto disipada, del marido antes de las nupcias. Como seria difícil encontrar una sola produccion de Cherbuliez en que no figurase una mujer superior, la heroina de la novela en que nos ocupamos, es á su modo una diosa, ya que no un ángel. Hay en cambio un delicioso diablillo en forma de baronesa. Todos los tipos no son igualmente interesantes; el del marido es gastado, el del futuro trapense, Mr. Dolfín, un poco alambicado; el de Mr. Malombre, estremado en su nécia ridiculez; el de la levantisca, verdaderamente lindo y sabroso.

La accion es escasa y sobrado lenta en su desarrollo; está analizado todo con esceso, dada la poca trascendencia de lo que se analiza, que viene á ser una equivocacion de la esposa respecto á los sentimientos del marido. Isabel no es muy poética ni muy idealista; razonadora en tal extremo, que acusa haber leído demasiado á George Sand. En suma, Cherbuliez no está en su verdadero terreno, y es lástima que teniendo la obra tan admirables cualidades literarias, no impresione más al lector.

Diferente es el efecto que produce *Próspero Randoce*. Al salir cierto apreciable jóven de una representacion de *Hamlet*, se encuentra hasta cierto punto hecho un colega de la colosal creacion shakspeariana, no porque le atormente ninguna duda, ni tenga que vengar ningun parricidio, sino por la inesperada noticia de que el honrado comerciante, autor de

sus días, deja á su cuidado un hijo natural, cuya existencia es lo último que se le podía ocurrir al melancólico admirador de Shakspeare. Los disgustos que le cuesta el dichoso hermanito, sublime poeta bíblico y autor de ciertas *odas orgiacas*, no son para contados... sino por Cherbuliez. El choque de caracteres de esos Eteodes y Polinice, los deliciosos amores del hermano propietario con la bella dama de los ojos de oro—en nada parecida á la de Balzac,—las escenas de la vida literaria, la animacion y gracia del estilo y la brillantez de la accion, hacen de esta novela una verdadera joya.

Esta produccion puede decirse que cierra un primer período en la obra de Cherbuliez. Vémosle, en efecto, aparecer al poco tiempo con la *Aventura de Ladislao Bolski*.

VI.

La *Aventura de Ladislao Bolski* no puede analizarse. Las páginas son de fuego, delirantes, vertiginosas, terribles. Es un cúmulo de pasiones frenéticas, de situaciones en que la sublimidad raya en demencia; todos los caracteres están trazados como con un hierro candente, como si Goya ó Antoine Wiertz hubiesen inspirado al autor; la ficcion de éste al manifestar que escribe un loco encerrado en su manicomio, cobra realidad al leer lo que dice, y si el *Conde Kostia* es un poema de la ferocidad eslava, *Ladislao Bolski* es el poema de un cerebro calenturiento. El estilo es convulsivo, las imágenes asombran, el lenguaje arrebatado, el ánimo no descansa y la atencion vuela desalada en rauda carrera en pos de la accion que se desencadena como una tempestad del Norte; las escenas que rápidamente se suceden, crecen en furiosa progresion de audacia; llega el desenlace terrible y paroxístico, y el ánimo jadeante queda cual si despertara de horrible pesadilla.

La baronesa es enteramente una hechura de Cherbuliez. En ella ha representado el autor la fascinacion de la mujer sobre el hombre; no es precisamente una hermosura clásica, es una mujer: la destinada á subyugar, á dominar, á oprimir

con omnímmodo poder el alma de Ladislao. Es el símbolo del imperio femenino capaz de esclavizar el corazón más libre, de domar el alma más brava, de avasallar los instintos más despóticos; es la expresión de ese misterioso influjo que ejerce la presencia de cierto ser sobre otro, cual si de él emanasen efluvios que aletargasen todas las resistencias morales y vibrantes ondulaciones que destruyen todos los resortes del alma para avivar la ardiente llama de la pasión de amor. En ella está reflejado lo que es la mujer, fuerza donde el hombre es inercia, todo donde el hombre es inanidad. Admirable personificación que pertenece á todos los países donde el hombre ama; indeleble figura, hermana de la *Mona Lisa* que mira y sonríe sin dejarse arrebatarse su sonrisa; pépetuo molde en que se vaciarán las almas femeninas, iguales entre sí como las estrellas del cielo.

Los restantes personajes, no tan universales como el de la baronesa, prestan á la producción de que nos ocupamos su extraordinario vigor. Tronsko y la condesa Bolski son dos estatuas heróicas; la multitud de fisonomías rusas y polacas que aparecen están vigorosamente trazadas, los paisajes maravillosamente dibujados y las escenas enlazadas con la habilidad de una sinfonía de Beethoven.

VII.

Á esta grandiosa producción sigue por orden de fechas *La Revanche de Joseph Noirel*; puede asegurarse que si esta obra entusiasmó á los apasionados del autor, en cambio encendió las iras de gran parte de la clase media ginebrina, que se vió fotografiada con sus nécias preocupaciones y su hueca vanidad en la dramática relación de Cherbuliez. Violenta fué la tempestad que contra el autor se levantó, el cual si en *Paula Meré* se mostró amargo, en la *Revanche* fué implacable, presentando en su desnudez el mezquino fondo de una familia *bourgeoise* que sacrifica á su hija con tal de verla hecha una condesa, caso por desgracia bastante frecuente en nuestra democrática sociedad. Cherbuliez tiene el secreto de crear esas angelicales mujeres que no se parecen á nadie, cual si

quisiese compensar con ello las imágenes arrancadas de la realidad de la vida que figuran en sus novelas.

Así, Estefanía Kostia, Paula Meré y la desgraciada condesa de Ornis, se ciernen en las nubes contemplando desde el éter el pantano cenagoso en que se engendran la baronesa de Loevitz, Meta Holdenis y Gabriela de Arolles, creando de este modo á su voluntad ángeles ó mujeres sin alma. Joseph Noirel es un tipo cuidadosamente estudiado, y el de Ornis nada deja que desear con sus tonos sombríos y violentos, que lo hacen de todo punto siniestro, destacándose de en medio de aquel cuadro de desolacion la dulce figura de la condesa como una vision shakspeariana.

Por lo que llevamos dicho se ha podido echar de ver que el talento de Cherbuliez es tan flexible como resistente y que su inventiva recae sobre las situaciones más delicadas y singulares. De una esfera de sentimientos casi ignorados de la vieja Europa se trasporta al corazon de la vida social, de ahí á la Bohemia, de la Bohemia al mundo de los héroes, de esta cima á la medianía ginebrina, á la casuística protestante, y, por último, en plena *high life* parisiense.

El hombre cuyas obras recuerdan ya una ópera de Weber, ya una sinfonía de Auber, ya una sonata de Chopin, ya una creacion de Verdi, hélo ahí que se presenta bajo el aspecto más original y sorprendente, y aquel que hace rugir las tempestades sobre los castillos del Rhin, que desafía la cólera de los fariseos, que evoca la sombra de Juan Sobieski y que en un momento de abandono se tutea con Henri Murger, hélo ahí, decimos, que roba los pinceles de Leonardo y traza ese cuadro picante y enigmático que se llama *Meta Holdenis*, una alemana fea que hace perder la cabeza á dos hombres de corazon. En ninguna de sus obras ostenta el autor como en esta su ironía fina y acerada. De la primera á la última página no cesa la sonrisa, ora amarga, ora desdeñosa del narrador. Cuando se cierra el libro se queda uno perplejo sin poder atinar en la solucion de la charada; verdadera novela del siglo XIX, *Meta Holdenis* es digna de figurar entre las obras de psicología moral de nuestro tiempo.

Meta Holdenis es morena, fea y alemana; *Miss Rovel* es

rubia, encantadora é inglesa; la una es antipática, la otra es adorable; la una representa una perversion del sentido moral; la otra el corazon más grande, el temperamento más sano, la gracia y la belleza femeninas á los piés del más delicioso espíritu. *Miss Rovel* es una de las más recomendables y hermosísimas novelas que se han escrito nunca. Es una joya perfumada como una rosa, alegre, tierna, que hace imaginar mil delicadas formas y colores, las flores, el cielo azul; en ella el autor se vuelve Rubens y John Reynolds, logrando crear un tipo de mujer lleno de gracia exquisita, de naturalidad poética y de sanos sentimientos, verdaderamente consolador y risueño en estos tiempos *de pollas y gomosos*. *Miss Rovel* es una creacion que encarna en un solo sér á Galatea y á Rosina y que denota el talento del autor que ha sabido ser á la vez tan dulce como Virgilio y tan encantador como el autor del *Barbero*.

VIII.

Y llegamos, por último, á *Le fiancé de Mlle. Saint-Maur*. Si hay hombres que nunca han sido niños, hay escritores que nunca han sido noveles, y en este número se encuentra nuestro autor. Sin embargo, comparada con todas sus anteriores, las deja atrás su última produccion. ¡Qué asunto! Dadlo á una medianía y hará de él un melodrama espeluznante, perdiendo terreno á cada momento en sus escabrosidades. En cambio Cherbuliez, ¿qué otras maravillas faltan que él no haya prodigado en esa obra incomparable?

Se deja el libro como si se saliese de una ópera de Meyerbeer cantada por los verdaderos personajes, ó en un estado como el de un fumador de hachichs. El efecto que producen tantas páginas en que ni por un solo momento cesan la admiracion y el entusiasmo, el hechizo del estilo, aquellos diálogos como el centellear de cruzados aceros, los grandes tipos que figuran en la obra, la opulencia del lenguaje, la mágia de la vida que anima á todos los personajes, produce una transfusion de sentimientos que le hace creer al lector que se encuentra entre séres tan reales como él.

No hay que escojer entre lo mejor de la obra; todo es lo mejor: la escena de la aparicion, la escena de la ópera cómica, la escena de la fuente, la escena de la biblioteca, ni hay ocasion de establecer paralelos entre la nobilísima conducta de Geoffroy y la sublime abnegacion de Severin Maubourg, ni cabe ponderar la fuerza del huracan contra que lucha el vizconde de Arolles, ni el admirable buen sentido y el bello corazon de Sincone, ni por último es posible resistir el avasallador encanto de Gabriela, modelo acabado de esta época. Cuando uno ha escrito *Le fiancé de Mlle. Saint-Maur* ha alcanzado la cima desde donde se puede mirar cara á cara el sol de la gloria, y en esta cima radiante de luz ocupará eternamente un puesto privilegiado el primer novelista de nuestra generacion, Víctor Cherbuliez.

ALFREDO O. MONTEVERDE.

LEONOR DE PIMENTEL. (1)

LEYENDA TRADICIONAL.

A una mujer un hombre perseguía
Con incansable ardor y afán prolijo,
Gritando sin cesar mientras corría:
«¡Por piedad! ¡por piedad! ¿cuáles es mi hijo?»

—
Y él ya sin voz y sin alientos ella
Ante mí se pararon un momento,
Y la mujer á un tiempo horrible y bella
Su historia me contó con triste acento.

—
Yo soy Leonor de Pimentel, señora
Y condesa además de Benavente;
De mí suelen decir que fuí en mal hora
Un ángel y un demonio juntamente.

—
Desde hoy sabreis, si á cautivar alcanza
Vuestra atención, mi sufrimiento eterno,
Que en un pecho el amor y la venganza
Pueden trocar el cielo en un infierno.

—
Sencilla, pura, y al amor agena,
Con mi padre ya anciano yo vivía

(1) Inspirada esta leyenda en las bellísimas historias que el eminente poeta Sr. D. Ramon Campoamor introduce á cada paso en su conocido *Drama universal*, no se ha propuesto en ella otra cosa su autor, que hacer ver una vez más lo mucho que se complace tratando de imitar al inspirado creador de las *Doloras* y de los *Pequeños poemas*.

Feliz, cual es dichosa la azucena
Que abre su cáliz al rayar el día.

De Benavente el torreón sombrío
Era para mi dicha el mundo entero:
Allí se abrió á su pecho el pecho mío,
Allí pude gozar mi amor primero.

Sancho Sanchez, un paje que tenía,
Supo encender de mi pasión la llama;
Era tan niña yo, que le quería
Como ama siempre quien de veras ama.

Le amaba, mal he dicho, le adoraba.
¡Oh! ¡ni aún aquí se calma mi desvelo!
Y él amante en mis ojos se miraba,
Como aún debe mirarme desde el cielo.

Y un noble... Noble no; era un villano,
Era ese, ese que teneis delante.
—Y esto diciendo, señaló su mano
Al hombre que gritaba delirante.

Se enamoró de mí, si acaso puede
En un pecho tan ruin tener cabida
Esa santa pasión que el orbe mueve
Y que es el dulce imán de nuestra vida.

De Arévalo era duque, y caballero
De rancia estirpe; y hasta deudo mío,
Y á mi padre le dijo: «A Leonor quiero,
Ved si darme su mano es desvarío.»

Y el pobre anciano, de placer henchido,
Me propuso su enlace tan brillante,
Pero me vió llorar, y enternecido
Despidió con pesar al torpe amante.

Y en su pecho vil como no cabe
Ni la resignacion ni la esperanza,
Del castillo partió sereno y grave
Diciendo no se qué de atroz venganza.

Y en efecto, ese mónstruo, ese villano,
Mató á mi padre con traidor veneno,
Y á mi vista, un puñal hundió su mano
Del pobre Sancho en el amante seno.

Entónces yo por el dolor vencida,
Entreviendo terrible una esperanza,
Dí mi mano al traidor, al homicida,
Sonriendo al pensar en mi venganza.

Y él amante, yo trémula y llorosa
Pasaba el tiempo que juzgaba eterno,
Y al fin palidecí como la rosa
Que se deshoja y muere en el invierno.

Viendo ya que mi vida se acababa
En la fiebre que me iba devorando,
Junto al lecho en que casi agonizaba
Llamé á ese hombre de placer llorando.

Y acercando tres hijos que tenia
Hasta los bordes de mi blando lecho,
A mi esposo le dije en mi agonía
Con el feroz sarcasmo del despecho:

«¿Te acuerdas los muchísimos dolores
Que me hiciste sufrir, esposo amado,
En la insaciable sed de tus amores?...
Pues mira, mi dolor dejo vengado.

De aquesos niños que con tanto anhelo

Estrechas ahora con afan prolijo,
Sábelo bien, para tu eterno duelo:
Uno tan sólo es por tu mal tu hijo.»

—Y «¿cuál mi hijo es?» dijo llorando
En medio del furor que le vencía.
—¡Jamás! ¡Jamás! le contesté luchando
Con el ronco estertor de la agonía.

Y cuando airado, con rencor violento
Me asía con furor desesperado,
Estrechaba febril, calenturiento
Mi seco tronco por la muerte helado.

Despues, poco despues, por ir siguiendo
Hasta estos sitios mi nefanda huella,
La muerte se infirió, tal vez cumpliendo
Lo negro y pavoroso de su estrella.

Y desde entónces, sin cesar marchando
Tras de mi triste sombra aborrecida,
Va, por mi mal y por su mal, diciendo:
«Y ¿cuál mi hijo es, Leonor querida?»

Lo veis, lo veis, cual vuestra mente alcanza,
Ya que sabeis mi sufrimiento eterno,
Que en un pecho el amor y la venganza
Pueden trocar el cielo en un infierno.

Y así diciendo, se alejó, ocultando
Su horrible rostro con afan prolijo,
Y el hombre la siguió, siempre gritando:
«¡Por piedad! ¡por piedad! ¿cuál es mi hijo?»

ANGEL R. CHAVES.

EL PROCESO DE GALILEO SEGUN DOCUMENTOS INÉDITOS. (1)

El proceso de Galileo ante la Inquisicion de Roma ha dejado una huella tan profunda en la conciencia pública, que áun hoy dia, despues que han trascurrido dos siglos y medio desde una fecha tan infausta, conmuévase aquella siempre que la historia, el arte ó la ciencia evocan, bajo formas distintas, ese recuerdo. Ante este supremo tribunal, fijados están tiempo há el sentido verdadero y las verdaderas causas del proceso, así como juzgados á su vez los jueces de Galileo.

La abjuracion impuesta á Galileo no es otra cosa, para la conciencia pública, que la humillacion y esclavitud de la ciencia y de la razon, así como tiene á la sentencia del Santo Oficio por uno de los actos más odiosos del despotismo eclesiástico. Mas sea cual fuere la fuerza instintiva de los fallos populares, no es lícito á la historia atenerse á ellos al tratarse, sobre todo, de hechos que apasionan á los partidos y cuyo sentido falsean el sofisma y la mala fé, cuando no cambian el curso que tuvieron, y nos ocultan las fuentes. Mision de la historia es penetrar en los detalles, determinar las relaciones, demostrar el órden y la verdadera significacion de cada suceso, y este es el carácter que, con largas investigaciones y una paciente é ilustrada crítica, ha sabido dar el Sig. Berti al libro que recientemente ha publicado sobre un proceso tan famoso.

Este tomo, de cxxxviii y 170 páginas, está dividido en tres partes: las dos primeras contienen la narracion de los hechos

(1) *Il processo originale di Galileo Galilei* publicato per la prima volta da Domenico Berti.—Roma 1876.

relativos á los procesos de Galileo, pues hubo dos, uno en 1616 y otro en 1633, y la tercera los documentos y un apéndice. Ascienden los documentos á 91, y 25 son inéditos (1). Figuran en el apéndice piezas justificativas de gran importancia, como, por ejemplo, el texto de la sentencia de la Inquisición y de la abjuración de Galileo.

Empieza el Sig. Berti por darnos noticia del tomo 1.182 de los archivos secretos del Vaticano, y que es el que contiene los documentos auténticos del proceso de Galileo. Este tomo fué llevado á París durante la ocupación francesa de Roma en tiempo de Napoleón I, pero fué devuelto al Papa en el reinado de Luis Felipe. El Sig. Berti se enteró de su contenido en 1870 con autorización y aún con ayuda del mismo prefecto de los supradichos archivos, el Rev. P. Theiner, sacando de allí las pruebas irrecusables en que será preciso apoyarse desde hoy para dar solución á las controversias suscitadas por los hechos con que se relacionan.

Al entresacar las numerosas cuestiones de detalle y de diversa importancia á que responde de un modo tan completo el trabajo del Sig. Berti, después de tantos esfuerzos hechos por historiadores y eruditos para ilustrar esta página famosa de los anales del espíritu humano, nos creemos autorizados para decir que los más importantes puntos de las controversias suscitadas por el proceso de Galileo ántes de que esta publicación se hiciera, eran dos, y que el autor nos da sobre uno y otro cuantos informes era dable obtener. Era el uno averiguar si Galileo fué efectivamente condenado por su aquiescencia al sistema de Copérnico, ó como algunos escritores eclesiásticos han pretendido poco ha, por haberse inmiscuido desafortunadamente en la teología, invocando las Sagradas Escrituras en apoyo de sus ideas. Era el otro, decidir si en efecto se dió tormento á Galileo. El libro del Sig. Berti desvanece todas las dudas posibles con respecto al primer punto. Fué efectivamente la ciencia, el descubri-

(1) Los documentos que han sido ya publicados pueden verse en el libro de M. Henri de l'Épinoy *Galilée, son procès, sa condamnation d'après des documents inédits*.—París 1867.

miento del verdadero sistema del mundo, digan lo que quieran Marini y todos los apologistas del Vaticano, lo que se quiso condenar en el proceso de Galileo, y no la conducta de un sábio que padeció el error de echar en olvido la distincion que existe entre la ciencia humana y la teología. En cuanto al segundo punto de que hemos hablado, fácil es apercibirse de que abarca dos cuestiones. Primeramente trátase de averiguar si se mandó dar tormento á Galileo. Viene luego otra cuestion, que es la de saber si efectivamente le fué infligido. A la primera duda contesta el autor, con los documentos en la mano, sosteniendo que efectivamente se mandó, y su respuesta es á nuestro ver definitiva. En cuanto á la segunda, una contestacion negativa es la que, segun el autor, resulta del estudio y confrontacion de los documentos. Nosotros persistimos, sin embargo, en la duda, y más adelante podrán juzgar los lectores las razones del autor y nuestras reservas.

Sigamos primero, aunque con rapidez, el curso de los dos procesos, notando desde luego que guardan dependencia entre sí, no de otro modo que sus causas y resultados. El primero, que es el del año de 1616, motivóse en las teorías de Copérnico y Galileo sobre el sistema del mundo, y sus principales fundamentos son dos proposiciones entresacadas de una obra del gran físico sobre las *manchas solares*: proposiciones en las cuales formúlanse las nuevas ideas; terminando aquel con una amonestacion que fué enderezada al innovador por el cardenal Belarmino y el comisario general del Santo Oficio, por mandato del Papa. Consistia esta reprehension en la órden categórica de renunciar á la opinion que el procesado tenia sobre el movimiento de la tierra y posicion céntrica del sol y en la prohibicion de no volver á ocuparse nunca en ella ni enseñarla, ni defenderla de viva voz ó por escrito ú otra cualquier manera, so pena de que se le formara nueva causa ante la inquisicion: *nec eam de cetero quovis modo teneat, doceat aut defendat verbo aut scriptis, alias contra ipsum procedetur in Sancto Officio*.

El segundo, que es el de 1633, tiene igualmente por punto de partida una obra de Galileo, los *Diálogos* sobre los siste-

mas de Tolomeo y de Copérnico: comprende la intimacion que se le hizo para que fuese á Roma y compareciese ante el tribunal del Santo Oficio, su encarcelamiento, interrogatorio, abjuracion y sentencia.

Escritores interesados en disfrazar la verdad y en presentar con ménos desfavorable aspecto el papel que representó la autoridad eclesiástica en esos odiosos procesos, se han esforzado en achacar á la conducta de la víctima la responsabilidad que pesa sobre los perseguidores. El Sig. Berti demuestra de un modo concluyente que el primer proceso de Galileo tuvo por único objeto la condenacion de las nuevas ideas sobre el sistema del mundo, por creerlas contrarias al milagro de Josué, que en la Biblia se cuenta, y en general á la letra de la Sagrada Escritura. Cita los escritos de Galileo en que se declara explícitamente la separacion que hay entre la ciencia y la fé, confirmando la opinion de que al contrario fué la teología la que, entrometiéndose en gobernar á la ciencia, dió muestras de una insensata arbitrariedad.

Pero Galileo faltó, se dice, á una formal promesa. ¿El cardenal Belarmino y el comisario general del Santo Oficio no le ordenaron en nombre del Papa que no volviera á ocuparse en el sistema de Copérnico, y que renunciara á este sistema áun dentro del fuero interno? ¿No publicó, faltando á su palabra, los *Diálogos sobre los dos sistemas*, en que se exponen las nuevas ideas con una fuerza que contrasta con la debilidad de los argumentos de la parte contraria? Reconózcase, al ménos, que Galileo fué imprudente y que se expuso voluntariamente á las resultas de su proceder.

Fácil seria contestar á estas observaciones que en favor del Papa Urbano VIII y de la Inquisicion se hacen, que no hay promesa, violentamente arrancada ó no, que pueda constreñirnos á no decir la verdad, que al contrario, la obligacion de buscarla y de darla á conocer está por encima de toda prescripcion. Mas áun sin recurrir á los imprescriptibles derechos de la razon, y colocándonos en el punto de vista de las condiciones jurídicas existentes á la sazón, se puede demostrar el error de la curia romana y la inocencia de Galileo. En vano se contentó el gran físico con presentar el sistema

de Copérnico como una opinion probable; en vano fué á Roma para someter su manuscrito al P. Riccardi y obtuvo de las autoridades formal permiso para imprimirlo; en vano se dió conocimiento al Papa: Galileo se equivocó, debia estar enterado de las reglas prescritas mejor que las autoridades eclesiásticas que autorizaron la impresion de su obra. El libro se da á luz, el ruido que hace en el público es considerable; apasionánanse los partidos, conmuévase Roma; el Papa, á quien designan los maliciosos como el interlocutor peripatético *Simplicius*, irritase y créese ofendido; Galileo es culpable por lo tanto. En efecto, ¿por qué no enteró al P. Riccardi, cuando fué á pedirle su autorizacion, de que 17 años antes recibió una admonicion y de que le estaba prohibido ocuparse en el asunto del libro, de cualquier modo que fuese? Tal es el cargo que se le hizo y que aún se repite. Galileo debia sin duda ayudar la memoria de las eminencias de la Inquisicion y buscar por lo visto todos los medios de comprometer su causa, que era tambien la de la ciencia, para servir la del despotismo eclesiástico. Ante tales razones, tentados nos sentimos en verdad á contestar con la fábula del lobo y el cordero; pero la historia es paciente y no desdeña la discusion con los sofismas y la mala fé.

Dejemos á una parte el pretexto y los malos razonamientos á que ha dado márgen, y vengamos á los hechos más tristes que se refieren al último proceso, hablando, primeramente, del *exámen de la intencion*. Sabido es que así se llamaba aquella parte del interrogatorio que tenia por objeto sondar la conciencia del acusado y cerciorarse de la sinceridad de sus palabras, cuando protestaba de su obediencia á los mandatos de la Iglesia y de su desvío de las herejías que le eran atribuidas. Resulta de los documentos de que el Sig. Berti nos da noticia, que Galileo, el cual contaba ya 70 años y estaba cansado de un viaje molesto al par que afligido por una enfermedad peligrosa, y aún más, por las penas con que le abrumaban, no opuso á las preguntas de los inquisidores la audaz franqueza que almas más jóvenes y entusiastas han mostrado en parecidos casos. Por inútil hubiera tenido, sin duda, toda resistencia al augusto anciano, cuya inteligencia

abarcaba el sistema del mundo y que se sentía demasiado superior á los prejuicios y pasiones de sus contemporáneos. Esperando librarse al ménos de una pena demasiado grave, concertó, segun cree el Sig. Berti, su plan de defensa con el P. Macolano, comisario general del Santo Oficio, con quien tenia amistosas relaciones antes del proceso, y vendria á resultar que, ateniéndose á este plan, fué como accedió, no solamente á negar su adhesion al sistema de Copérnico, sino á proponer y prometer una demostracion y defensa del sistema contrario. Esta forma del procedimiento no satisface, sin embargo, á sus jueces: no se convencen de la sinceridad del acusado, y con arreglo á lo prevenido en el decreto pontificio referente al *exámen de la intencion*, creen necesario someterlo al *exámen riguroso*. Esto es, al ménos, lo que resulta de la sentencia que publica *in extenso* el autor á lo último de su libro. Ahora bien; el exámen riguroso no era otra cosa que la prueba del tormento, como lo demuestra el autor satisfactoriamente.

La sentencia y el decreto pontificio están, pues, conformes. Prescribe éste para los casos en que necesario fuera lo que aquella da por verificado como uno de los *antecedentes y considerandos* jurídicos de la pena; la cual consiste, prévia abjuracion, en una reclusion, cuyo tiempo se deja á la voluntad del Santo Oficio, y en la obligacion de recitar los salmos una vez por semana durante tres años, en penitencia del pecado cometido y para edificacion de los fieles. Nada falta, como se vé, á la satisfaccion de la justicia eclesiástica, ó por mejor decir, de la tiranía sacerdotal en el curso ni en el resultado de este célebre proceso. Ateniéndonos al irrecusable testimonio de la sentencia, podemos afirmar que para todo lo que este género de procedimientos tenia de odioso y de cruel hallóse aplicacion en el caso de que tratamos: primero el tormento de la conciencia, en seguida el tormento material, despues la abjuracion, y por último y para colmo, la penitencia.

Estamos completamente de acuerdo con el Sig. Berti cuando dice que, aplicárase ó nó, resulta que el Papa quiso y decretó el tormento, y que ninguna gratitud le es debida si

Galileo no lo padeció; pero no podemos participar de su opinion cuando considera definitivamente probado por los documentos, que aquella terrible prueba no fué llevada á cabo. Confesemos primeramente que el hacer constar este hecho, cosa es en sí misma de secundaria importancia, pues si se omitió la prueba, no fué esto más que un accidente contrario á la órden y á la expresa voluntad de las autoridades que juzgaron y condenaron á Galileo. Lo esencial es, al contrario, que no sólo se mandó darle tormento, sino que hubo interés en informar del hecho al mundo entero, publicándolo en la sentencia. Los jueces de Galileo examinaron sus intenciones; la historia les aplica á su vez este exámen y encuentra la de ellos claramente declarada y firmada de puño y letra de los interesados en el documento oficial con que termina el proceso.

Las razones principales en que se apoya el Sig. Berti para creer que Galileo no sufrió el tormento son el buen estado del tomo 1.182 de los archivos secretos del Vaticano, en que están consignados los procesos de Galileo, la falta de toda mencion relativa á la aplicacion del tormento en el segundo de esos procesos, las reglas que seguia ordinariamente el Santo Oficio con respecto á esta prueba, y por último, las relaciones personales de Galileo con el P. Macolano. El manuscrito del proceso está intacto, dice en resúmen el Sig. Berti: no falta una sola página, no se menciona la aplicacion del tormento: si por ventura se llevó á cabo, ¿por qué omitió registrarla el notario del Santo Oficio? Su profesion le obligaba á anotar todo lo que pasaba entre el reo y los jueces: tenemos la prueba en otros procesos célebres; ninguna razon hay para transformar al notario del Santo Oficio en un filósofo humanitario de nuestro tiempo y para suponer que acaso hiciera esa omision por consideraciones y escrúpulos que no detuvieron á los autores del decreto y de la sentencia. El P. Macolano, comisario general del Santo Oficio, hizo probablemente que se tuvieran en cuenta las dolencias de Galileo, y se valió de su poder discrecional para librar del tormento al acusado. Por lo demás, la sentencia debió redactarse la víspera del último exámen de Galileo, pues este se

verificó el 21 de Junio y la sentencia fué leída en la Congregación de los cardenales el 22; si así no fuera, los cardenales no habrían tenido tiempo para aprobarla y firmarla. Esto explica, según el autor, que la sentencia mencione lo que debió verificarse, y que sin embargo, no se verificara esto en realidad.

Para el Sig. Berti esta conclusión es cierta: para nosotros no es más que una posibilidad. En efecto, si así pasaron las cosas, el autor nos concederá que hay en el proceso más de una irregularidad: primera, la redacción de la sentencia antes de terminar el proceso: segunda y más importante, dar por hecho lo que no se hizo, hablar del tormento en la sentencia como si en realidad se hubiera aplicado. Ahora bien: si tan graves irregularidades hubo en una parte del procedimiento, ¿por qué hemos de creerlas imposibles en otras, tratándose, sobre todo, de la omisión de una nota en un registro? A pesar de la penetración y juicio que hay en los razonamientos del Sig. Berti, no creemos que disipen todas las dudas:

Por lo demás, este bello libro que acaba de añadir el autor á sus interesantes obras sobre la vida de Giordano Bruno y la historia del sistema de Copérnico en Italia, nos pareció estar destinado, á causa de la publicación, completa ya, de los documentos oficiales, á terminar las discusiones serias sobre el proceso de Galileo y á no dejar libre campo más que á las polémicas inútiles (1).

LUIGI FERRI.

(*Revue philosophique.*)

(1) Poco tiempo antes de la publicación del libro del Sig. Berti, dióse á la estampa una nueva obra sobre el mismo asunto debida á Herr Karl Gebler y que se titula *Galileo Galilei und die Romische Curie, nach den authentischen Quellen*, Stuttgart 1876. Herr Gebler sostiene que hubo una falsificación de documentos entre los dos procesos de Galileo y que ella fué la base jurídica de la formal condenación á que pudo sustraerse el grande hombre la primera vez. Con respecto á la cuestión del tormento, resuélvela también negativamente, aunque por razones distintas de las que aduce el escritor italiano.

EL LADO AMABLE DE UN REY SEVERO.

I.

Tanto se ha hablado de Felipe II, el Prudente, en libros y dramas de novísimo estilo y en toda clase de modernas producciones literarias al uso, que aún haciendo un poderoso esfuerzo de erudición y de crítica, acaso no será posible restablecer ya nunca el concepto favorable y respetuoso con que le condecoró en su siglo toda la cristiandad. La crítica herética y extranjera se ha metido hasta en las médulas de los que en España pasan por más estudiosos y ha pervertido las ideas que debieron perpetuarse como nacionales acerca del gran monarca: de manera que ha de ser difícilísima tarea desentrañar del fondo de nuestras preocupaciones ilustradas opiniones admitidas con cierta autoridad, como dimanadas de esa ciencia crítica de nuestros días, que entre tantas cosas profundas, alimenta también no escasas frivolidades. Para hacer más triste la situación de las cosas, los que, poseídos de una intención más poderosa que los medios de que han dispuesto, trataron de restaurar el prestigio de nuestra historia en este punto esencial de su moderno desenvolvimiento, lo intentaron al acaso y como de corrida, no escribiendo libros de insinuante verdad, sino buscando ocasión en qué esmaltar de juicios inoportunos producciones guiadas á otro objeto, y donde la noble tentativa no ocupaba sino un lugar demasiado secundario. ¡España no tiene historia desde que es nación! En las crónicas antiguas, que ilustraron á Mariana, están conservados los anales de sus antiguos reinos confederados, hasta que aparecen en Castilla Isabel y en Aragon Fer-

nando el Católico, se conquista Granada, y Colon en América, Cisneros en Africa y Fernandez de Córdoba en Italia deciden el árduo problema de nuestra preponderancia política en el mundo, preponderancia que conservaron incólume Carlos V con la espada y Felipe II con sus dictámenes políticos. Desde aquella edad no hay más que los gérmenes de la historia archivados en Simancas, y nadie ha sido encargado de escribir el libro inmortal de nuestras grandezas y miserias de cerca de cuatrocientos años. ¿Qué extraño ha de ser, por lo tanto, que circulen como verdades admitidas las versiones calificadas por un espíritu avieso de extranjera e irreconciliable enemistad? Léjos está de mi ánimo intentar siquiera—al ménos por ahora—la reconstitucion verídica de los accidentes de la vida del gran rey. Mis bosquejos históricos con que he llenado algunas hojas de la hospitalaria *Epoca*, el periódico de mis amores, y de la siempre cultísima *Ilustracion Española y Americana*, son como los estudios del pintor, preparacion asídua para obra de mayor cimiento. ¡Dios quiera no cerrar mis pupilas á la luz de la vida sin satisfacer esta ya en mí antigua aspiracion de mi alma: la de rendir en un libro de gloriosos fastos aquel tributo del amor y de la admiracion profunda que yo profeso á mi patria!

Rasgos, pues, de este mismo género en que divierto mis escasos ócios del periodismo político en que milito, son los que aquí trazo; no trabajo acabado y perfecto, como acaso exigiria la índole de la REVISTA CONTEMPORÁNEA, con cuyas páginas tan reiteradamente me brinda su generoso director y querido amigo mio D. José del Perojo. ¡Feliz yo si consigo mediante este pálido ensayo atraer entre mis lectores alguna atencion simpática hácia el monarca sobre cuya memoria tanta saña ha derramado el espíritu crítico de los cien últimos años!

II.

Desde la muerte de la inolvidable reina doña Isabel, Castilla, engrandecida por la fortuna y por el esfuerzo de tantos hijos valerosos, gemia casi huérfana de sus tradicionales ins-

tituciones. Felipe el Hermoso no había sido nunca sino un extranjero; la infortunada reina doña Juana, siempre pupila ó demente, dejó entregado el gobierno en extrañas manos; el mismo Carlos V, nacido en Gante é investido en Alemania con la púrpura imperial, más era señor de otro imperio que rey de España, y la nación que acababa de realizar las maravillas de la conquista de Granada, del descubrimiento de América y de la sumisión de Italia, clamaba por poseer un monarca propio, y que tomando la Península como punto de unidad para su imperio, diese á la nación el brillo que merecía un pueblo de destinos tan elevados. A calmar tantos vehementes deseos vino al mundo en 21 de Mayo de 1527 el príncipe D. Felipe, que nació al emperador en Valladolid de la emperatriz doña Isabel de Portugal, su admirable esposa. Hubo en toda la Península trasportes de frenética alegría para celebrar el fausto natalicio: los grandes lo solemnizaron con públicos y espléndidos regocijos; con acciones de gracia y piadosas preces la Iglesia, y el pueblo con vítores y aplausos generales. Parecía que D. Felipe venía á realizar las esperanzas de cada familia, y los astrólogos, que consultaron las estrellas, convinieron en que, andando á la sazón el sol en el signo de Géminis, sería el príncipe recién nacido símbolo de paz y de concordia, perpétua aspiración de este sufrido pueblo, durante largos siglos agitado por toda clase de sucesos interiores y exteriores en que le hacían tomar parte el natural inquieto de sus hijos y su extremada propensión á arriesgadas aventuras. El amor y la lealtad castellanos rodearon la cuna de Felipe, mecida en el seno de la austera Castilla, y con solícito afán cuidaron luego de su infancia, pasada en Toledo al amparo del regazo materno, hasta que á los doce años de nacido el príncipe adoleció y murió la emperatriz, su madre. Grandes dotes tuvo que reflejar de esta en condiciones de entereza de carácter y de grave dignidad. Fama era que la augusta portuguesa, estando en el conflicto del parto, aquejada de fuertísimos dolores y hasta matadas las luces por que no se notase si la fuerza del dolor la descomponía el rostro, habiéndole dicho una dama, que apercibía sus angustias:—*Gritad, se-*

ñora, y desahogaros; le contestó:—*No me enseñó esto mi madre en Lisboa: yo moriré, pero no he de gritar.* Esta indomable fuerza de voluntad dió tambien á D. Felipe aquella entereza de espíritu que jamás declinó ante la desgracia, ni se exaltó con las prosperidades: así sostuvo toda la vida la noble compostura con que dominaba sus pasiones, á no ser la de la propia dignidad y autoridad, que siempre constituyeron su única idolatría mundana. Llegaba esta á muy alto punto y dió de ello grandes pruebas. Siendo casi niño y hallándose en cierta ocasion en su aposento con su ayo y maestro, D. Juan de Zúñiga, que presenciaba cómo le vestían, entró el cardenal Tavera, arzobispo de Toledo, con el capelo en la mano. El ayo advirtió á su pupilo le mandase cubrir; mas este permaneció callado, hasta que tomando su capa y poniéndose la gorra, le dijo al de Tavera, despues de haberse él cubierto:—*Agora podreis poneros el bonete, cardenal.* No obstante, desde que nació, el duque de Nájera decía á la emperatriz que habia parido, no un hombre, sino un ángel, y de este mismo parecer eran en sus informes posteriores al emperador, el comendador mayor de Castilla, su ayo, D. Juan de Zúñiga, antes citado, y su sábio maestro el doctor D. Juan Martinez Siliceo, de quien tan provechosa y abundante enseñanza adquirió en toda la variedad de conocimientos profundos que la ilustrada inteligencia de D. Felipe abarcaba.

Ciertamente se hacia indispensable para el estado de las cosas políticas del mundo en que el rey de España jugaba á la sazón el papel más visible, aquel natural despierto, aquella fácil comprension de los objetos y aquella honda penetracion de las cosas, que eran caractéres sobresalientes del príncipe D. Felipe. Sobre sus hombros habia de caer en breve el peso de toda esta entónces enorme monarquía, y Felipe fué el hombre creado por la Providencia para llenar en la historia destinos insignes é inmortales. Con todo, cuando su padre, el emperador, salió de la Península de vuelta para Italia, dejándole, aunque bastante mozo, con los cuidados del reino, todavía receloso de su inexperiencia, púsole al lado, para que se valiese en los casos árdusos de su sábio dictámen, un consejo

compuesto del cardenal Tavera, del duque de Alba y del comendador D. Francisco de los Cobos: aquel, experimentadísimo en leyes, derecho político, natural y canónico; Alba en política, armas, gobierno y diplomacia, y Cobos en toda materia de administracion y de hacienda. Con este consejo llevó á maravilla el gobierno del Estado, pues eran los tres ilustres varones referidos gloria á la sazón de España por sus talentos y por sus virtudes, por su profundo saber y por su ardiente patriotismo. Casi hoy no se conciben aquellos grandes caracteres españoles de la época que se relata. Hoy, que todo se abandona á las inspiraciones precoces, donde á falta de estudios y de experiencia se deja que todo lo supla la arrogancia del corazón, son casi inconcebibles aquellos hombres que daban á cada edad de la vida lo que de suyo les corresponde y que tan tarde esperaban á poseer toda la dignidad, todo el peso de lo que acaso no se consigue más que con los años discretamente aprovechados. Era la niñez ordinariamente larga y entretenida en juegos, que vigorizaban las fuerzas físicas, y en estudios, que hacían entrar al alma en el dominio de los vastos conocimientos humanos, como preparativo de su propia posesion. Ensanchábase la esfera de estos conocimientos á medida que el espíritu, trabajado al calor de asíduas meditaciones, se hacía capaz de percepciones de más vasto horizonte. Ningun género de conocimientos se adquiría á medias. Antes de abarcar otros nuevos, era necesario probar la completa suficiencia en los estudios emprendidos, y antes que llevarlos á la práctica de los negocios con personal representacion, era preciso demostrar esta aptitud y abonar evidentes servicios á la pátria. De este modo, pasar en edad ya no temprana desde las aulas á esgrimir la espada en los combates, sobre todo en los ejércitos diseminados por las fronteras de Italia y Francia, del turco y del hereje, se hacía más frecuente que dejar los libros para cojer la vara en la administracion política del Estado, y antes de optar á una auditoría, á un corregimiento civil ó á cualquier otro puesto análogo, era de ordinario estilo exhibir entre los títulos que hacían merecer tales gracias, al lado de las mejores notas áulicas de aplicacion y adelantos, las certificaciones de

haber honrado á la pátria en las fatigas de la guerra, donde lo primero que se hacia era exponer la vida por aquella. En este género de costumbres se completaba el hombre; los sentimientos más elevados que deben ennoblecer su condicion, se vigorizaban; la razon adquiria su clara serenidad con el choque de tantas ideas y con la necesidad de discurrir y resolver en lances frecuentes y diversos, apretados y árdulos, y así se formaba una sociedad de hombres selectos aquilatados en el crisol del estudio, de la experiencia, del trato de gentes y de los negocios, de la fortuna en los peligros y de todas las demás cosas inherentes á un órden de vida tan distinto del que forma los hábitos de nuestros tiempos. Por eso en aquella edad memorable solia haber más sábios y hombres prudentes que poetas y oradores aplaudidos, más héroes que soldados, más patriotas que ciudadanos, y por eso en tal edad tuvimos fisonomía nacional propia, grande y poderosa con que rebasamos por todas partes los límites de las fronteras en que encerró á España la naturaleza, y difundimos nuestro brillante génio por toda la sobre haz de la tierra.

A hombres de este temple fué á los que el emperador Cárlos V confió la educacion científica, la direccion moral y el consejo político de su hijo, el príncipe D. Felipe, cuando muerta la emperatriz y él ausente, tuvo que abandonarlo con el gobierno del reino en manos de hábiles tutores. En medio de estos hombres creció el futuro monarca con aquella inclinacion á lo justo, fiel y magnánimo, con aquella advertencia y órden de los negocios, con aquella puntualidad en la atencion de todo, con aquella fácil percepcion, aquel decir grave, aquel responder pronto, lacónico y agudo, y aquella madurez y seso con que se distinguió desde sus primeros pasos en la senda de la vida, y que imprimió en él característica fisonomía para la veneracion de los contemporáneos, y la inteligencia en la posteridad. Con estas dotes de alta estimacion á nadie pareció hiperbólico que desde las primeras auroras de su adulta juventud, por propios y extraños se le comparara con Constantino en lo devoto; en lo prudente con Justiniano; con Adriano por discreto, y por clemente con César. Ello es que el parecer del duque de Ná-

jera, cuando nació el príncipe, se hizo durante sus primeras mocedades dictámen comun en el pueblo, y que todos al recordar tal madre, y al admirar tal hijo, al unísono exclamaban:—*Ciertamente la santa emperatriz no parió hombres, sino ángeles.*

III.

La crítica moderna—decimos mal—la crítica anti-española, desde hace dos siglos, lucha por arrebatár al rey Felipe II los respetos de la posteridad, procurando que sobre las grandes cualidades que le adornaban, preponderen los juicios discutibles de sus actos en las árduas cuestiones que tuvo que resolver con el alto criterio de su política de Estado. Para sacar mayor provecho de esta falsa interpretación del sentido de la historia, la impiedad de una crítica enemiga se ha cebado hasta en las condiciones que fueron más amables en su persona, buscando con insistente afán en su última edad, cuando pasados los 70 años de su vida se inclinaba hácia el sepulcro, la lobreguez de las ideas reconcentradas del anciano, y hasta la tristeza de sus últimos acerbos padecimientos físicos á tan avanzada edad, para arrojar sobre su hermosa frente, con propósito de deslustrarla, todo el ódio que rebotan contra el gran Felipe II los escritores holandeses, ingleses y alemanes del siglo XVI, de quienes tomaron el concepto falso de este monarca los autores de la *Enciclopedia francesa* del último siglo, y el del *Ensayo sobre las costumbres*, á cuyo estrecho molde nuestro gran lírico Quintana ajustó el de estrofas que en lugar de haber tenido admiradores é imitadores, debieran ser consideradas como los cantos de *La Doncella de Orleans*, como crimen de lesa nación, según la discreta definición de madama Stael.

¿Cuál es la imagen de Felipe II que nosotros mismos, los españoles, conocemos? Ni con un sólo rasgo de sus grandezas, que fueron entónces y serán siempre grandezas de toda España, los escritores modernos nos le presentan. Para estos, Felipe II no es la representación sublime de dos grandes ideas: la de la religión y la de la patria; aunque por el honor de

ésta llegue al extremo de promover guerras contra el Pontífice, él que era un príncipe tan católico, y aunque en las aras de la fé no titubeara cuando llegó la ocasion de llevar él mismo á hombros el haz de leña para quemar á su propio hijo, segun ante la hoguera habia ofrecido á D. Cárlos Sesé que le reconvino. Estos arranques de la entereza de su carácter, considerados bajo el punto de vista de las causas en la actualidad triunfantes, que no son ciertamente las que él defendió á todo trance, pierden el esplendor de su grandeza para convertir al rey en un verdugo comun, en un malvado, en un mónstruo. Considerada así la vida de Felipe II, no resulta una lucha continuada y titánica que representa los últimos estertores de la edad pasada y el tránsito á la presente. Calificados de crímenes inauditos los actos que la política repite cada dia en nuestra propia edad y á pesar de nuestros progresos, como inexcusables exigencias de esta ciencia no bien determinada en sus principios ni en su aplicacion que se llama gobierno de Estado, al cabo se obtiene un resúmen fatídico de hechos espantosos, que comienzan por las persecuciones inquisitoriales y los autos de fé en España; siguen por los auxilios que se supuso prestados á los católicos de Francia hasta causar la horrible matanza de San Bartolomé; se enfrascan en los orígenes y progresos de la rebelion de las provincias de Flandes hasta llegar á los suplicios de los condes de Egmont y de Horn y el del baron de Montigny; se detienen con atencion, no desprovista de miedo, en el proceso misterioso y la muerte del príncipe D. Cárlos; en Granada tocan como de paso la rebelion de los moriscos y su expulsion de la Península; acompañan á D. Juan de Austria á Flandes para retroceder desde la direccion acertada de aquel gobierno á presenciar la muerte del secretario Escobedo, y cierran el cuadro con el proceso escandaloso del secretario Antonio Perez, las agitaciones de Aragon y la justicia contra el Justicia de aquel reino. En esta rápida pincelada nada más se vé que sangre, cadenas, patíbulos y sacrificios, cuyo horror sube de punto cuando la crítica, en lugar de detallar los pormenores y analizar en su conjunto la necesidad imperiosa de las cosas, agrava el relato, apartándose con deliberado desvío de la di-

reccion recta y del fin de los sucesos á la minuciosidad del detalle que impresiona los espíritus sensibles, sin permitirles abarcar toda la razon histórica de los grandes acontecimientos.

Pero no se detienen aquí los pinceles de los que así bosquejan con tintas siniestras la fisonomía de aquel gran carácter que se empeñan en ennegrecer para que se justifique el apodo hereje de *Demonio del Mediodía*, que se ha dado á Felipe II. Hasta en los rasgos físicos de su persona se ha trazado algo que repugna, algo que aleja del gran monarca todo vínculo de simpatía. Nada quitaba lo grave de su porte desde la infancia á los naturales encantos que adornan cada edad de la vida. Bajo la direccion de su ayo y maestro, el comendador D. Juan de Zúñiga, adiestróse el príncipe en los ejercicios caballerescos. Danzaba con elegancia, que en Lóndres fué muy celebrada, cuando allá fué á contraer nupcias con la reina doña María. Cómo era de vivo ingénio, sus frases galantes estaban salpicadas de un apacible gracejo, y desde niño se aficionó á la caza, de manera que á pié firme esperaba el paso de la pieza, y la heria al alcance de la mano. Aunque su temperamento era sanguíneo, con mediana mixtura de melancólico para moderar el movimiento ardiente de la sangre, su presencia era verdaderamente señoril, con no ser corpulento; tenia la frente clara y espaciosa; los ojos grandes, despiertos y garzos, de un mirar tan dulce como grave; perfecta percepcion de oido para la música, sobre la cual emitia acertados juicios sin poseerla, y aunque en hablar corto, siempre era insinuante y elocuente. No es así ciertamente el Felipe II de la historia moderna. Píntasele de sombría y tétrica mirada, como rodeado de enfermedades horribles, de padecimientos crueles, de agudos dolores y vivos tormentos, que unos han achacado á la herencia de su padre, y otros han tratado de agravar bajo el peso de no sabemos qué remordimientos. Parecia necesario llenarle de hiel y veneno para calificar sus providencias, no de dictámenes políticos, cuando ménos discutibles en sus escritos, sino como resultado del atrabiliario humor en que le debia tener sumido tal cúmulo de mortificaciones. Parejas corren estas fábulas con las in-

ventadas sobre sus cualidades morales, acerca de las cuales la historia nos ha guardado una multitud de agradables anécdotas que bastan para formar el acabado concepto de su carácter, con poco que sobre ellas se reflexione.

Culpándole del triste procedimiento con que se quitó en su córte de en medio al secretario Juan de Escobedo, que lo era de D. Juan de Austria, se ha tratado de sostener la existencia de una emulacion torpe de parte del rey contra el vencedor glorioso de Lepanto. Como testimonio de lo poco acertado de este juicio, se ha citado la frialdad con que recibió la noticia de aquella gran victoria. Pero ¿fué de todo punto cierta esta extraña impasibilidad, ponderada maliciosamente por una crítica artera? El día, en efecto, en que llegó la fausta nueva, hallábase el rey celebrando la octava de Todos los Santos en San Lorenzo el Real. Cantaban vísperas, cuando entró el gentil-hombre de cámara D. Pedro Manuel con el rostro alborotado, donde se le conocia el efecto de la grande novedad de que era portador. Desalentado de la emocion, de la prisa y de su obesidad, en medias palabras dijo al rey que acababa de llegar el correo Angulo con aviso del gran triunfo marítimo de D. Juan, y aunque al parecer el rey no hizo mudanza, ni dió pruebas de perder la serenidad del ánimo ni del rostro, interrumpió su rezo diciendo: *Sosegaos; éntre el correo, que él lo dirá mejor*; supo por éste la victoria, apresuró la conclusion de las vísperas, dispuso una procesion para dar gracias, y luego dijo de su hermano:—*Muy animoso ha sido D. Juan; puse los ojos en él para capitan general de esta empresa, porque desde niño descubrió la grandeza de su ánimo; pues criándose en casa de Luis Quijada, que sólo él sabia cuyo hijo era, estando un dia mirando unos arcabuces de su recámara, asistia con él el niño D. Juan, que no sabiendo su ventura, le servia de paje ¡él que merecia ser servido de otros tan buenos como su amo! y como le preguntó al descuido: ¿vos, D. Juan, sabeis tirar el arcabuz? respondió el generoso mancebo con grande denuedo: sí, y áun esperarlo: palabra digna de la real sangre de quien descendia.*—¿No hay verdadera ternura en este recuerdo?—Los que han criticado la conducta de Felipe II con D. Juan de Austria en Flandes,

no tenían argumento de más peso en que apoyarse. De que en la córte del rey, sin embargo, no hubiese absoluta confianza en todos los que rodeaban la persona de D. Juan, no mostraria extrañeza quien con atenta mirada observase los medios que empleaba el príncipe de Orange y sus adictos para divorciar al hijo natural de Cárlos V de su poderoso hermano.

IV.

Como la vida está llena de contrastes, no puede asombrar que estos resulten frecuentísimos y notables en los actos de Felipe II. La crítica moderna no los ha observado para distinguir lo que era el rey de lo que era el hombre, y así ha cargado al hombre de lo que ella entiende que eran responsabilidades del monarca, sin haber adornado la hermosa figura de este con ninguno de los muchos atavíos simpáticos, que son lustre del monarca. Si atendemos á los que han escrito bajo la impresion desfavorable de estas deliberadas preven- ciones, sobre el purpúreo lábio de Felipe nunca debió po- sarse una sonrisa, ni asomar una frase que expresara la na- tural expansion del ánimo. Sábese que en la extremada cir- cunspeccion con que guardaba los fueros de su autoridad á un presidente del consejo de Ordenes, porque reveló á la rei- na doña Ana lo que habia dispuesto en un testamento que habia otorgado en Badajoz, cuando la jornada á Portugal, se le abrevió la vida con sólo mirarle con ira y decirle dos ó tres palabras de severidad y reprension; sábese que otro ca- ballero ilustre que habia sido muchos años virey del Perú, murió con sólo decirle cuando vino de Indias que le habia mandado al Perú, no para matar reyes, sino para servirlos, y que á otro gran ministro suyo causó el mismo terrible efecto el que en cierta ocasion le dijese con severidad:—*¿Pues así me mentís?* Cuentan del mismo modo las historias que fueron muchos los embajadores de príncipes extraños, que, á pesar de ser hombres entendidos y avezados al trato de córtés y de llevar sus discursos aprendidos, quedaron en su presencia sin poder pronunciarlos, influidos por la severidad de su sem-

blante, y que más de una vez en sus prácticas religiosas se quedó sin sermón, porque habiendo mirado desde su silla de hito en hito al que lo pronunciaba, cortóle el hilo de su peroración, sin lograr más recogerlo y reanudarlo. Dícese además, que con los grandes guardó siempre tan soberana autoridad, que ninguno osaba en su presencia el menor acto de descomedimiento, sobre todo, desde que una vez parándose en las cortesías que se hacían dos caballeros cediéndose mutuamente el puesto para penetrar primero por una puerta, les dijo:—*Andad como cayere la suerte, que aún no está definido cuál es más honroso, si ir delante ó detrás;* y desde que al duque de Alba, al marqués de Coria, su hijo, y al prior D. Antonio de Toledo, su caballerizo mayor, les miró gravemente al verles cerrar tras sí la puerta del aposento donde él despachaba, como si fuera fuerza. Pero no por esto dejaba de permitir gratas expansiones á los que con él vivían de continuo. Estando con calenturas ardientes en Madrid, gustó ver puestos en unos estantes de nogal que había mandado fabricar todas las ricas lunas de Venecia que tenía. Francisco de Mora, el trazador mayor y aposentador de Palacio, fué el encargado de poner por obra los deseos del rey. Hecho el trabajo, no se lo pagaban, y bajando un día el monarca para pasearse por el jardín, como se detuviera á recrearse en los vidrios, púsose Mora interceptándola ante la puerta y dijo: *No ha de pasar de aquí vuestra magestad sin que haya pagado al que hizo esta obra.* Sonrióse Felipe II, y con gran apacibilidad volvió la cabeza al mayordomo mayor, que iba detrás, y le dijo:—*Páguese esta obra; que razón tiene Mora.* Echándose á dormir una tarde en que había de ir á unas fiestas, dijo á D. Diego de Córdoba, su mayordomo, que lo despertara á tiempo. Quedóse D. Diego dormido en una silla; despertó el rey, y llegando á él, le dijo:—*Despierte V. M., que es ya hora.* D. Diego respondió:—*Dejadme dormir, D. Diego, que no es tarde.* Entró otro día un caballero á informarle sobre cierto negocio de justicia: usaba de muletillas en su discurso, y entre ellas de la forma vulgar: como dijo el otro.... Estaba también presente D. Diego de Córdoba y se miraron el rey y D. Diego, notando la palabra con la alegría de los ojos.

Cuando salió despachado el caballero, el rey dijo á su mayordomo:—*¿Quién os parece que será el otro?* Salió el de Córdoba fuera de la cámara, y tomando de la mano al primer hombre desacomodado que halló, lo llevó á presencia del rey y dijo:—*Señor, éste es el otro.* Nada se diga de la admiracion del sorprendido y del placer del monarca.

De estos expansivos rasgos está llena su vida, y parece inconcebible la tolerancia con que siempre miró los procesos por desacatos á su nombre y autoridad. Llegó un dia don Diego de Córdoba á la cámaaa altamente sentido por haber visto vender públicamente unos malos retratos del rey, y suplicó á D. Felipe mandase por pragmática que en adelante ningun pintor pudiese hacer retrato suyo y de la familia real, como no fuera Alonso Sanchez Coello ú otro famoso de la córte. Bórdó D. Diego el discurso recordando á Alejandro Magno, que sólo se dejó retratar de Apeles en los lienzos y de Lisipo en los bronces; pero cuando más engreido se hallaba en su peroracion, interrumpióle el rey diciendo:—*Dejadlos ganen de comer como puedan: que ya que retratan mal nuestros rostros, no retratan al ménos nuestras costumbres.* Aún de más benignidad dió pruebas en otro lance más apretado, aunque de análogo órden. En el año de 1574 en que se concedió al rey la alcabala de diez por ciento, un letrado de la villa de Santa María del Campo habló atrevidamente del monarca y del gobierno ante un gran golpe de gente y concitando los ánimos á un disgusto. Pendiéronle; se dió noticia del caso al rey y se consultó en su real consejo; pero el rey Felipe mandó al punto que se le diese libertad, y como el presidente hiciese instancia en que fuese castigado por el ejemplo, el monarca le replicó:—*¿Pues cómo dirá el pregon que dijo de mí? Suéltente, que no hay príncipe de quien ménos se quejen los suyos que de aquel que les da licencia para quejarse. La última señal de servidumbre, es despojar al atribulado del consuelo de la queja.* El mismo expediente usó con otro negociante bien gastado de dinero y de paciencia, porque sus negocios no se miraban en consejo y sufría hartas moratorias.—*¡Juro á Dios, decia desesperado, que imagino que Barrabás ó nuestros pecados introdu-*

ieron reyes Felipes en España! Llevóse noticia de esto á un alcalde de córte; se formó proceso y dióse con el mismo en la cárcel. Concluida la causa y convicto el reo, le pareció al alcalde que para la ejecucion del castigo era conveniente consultar al monarca, y así lo hizo; pero cuando Felipe enteróse del asunto, dijo al alcalde:—*Por este proceso y por la confesion del delincuente consta que con sus palabras este hombre atrevido puso lengua en todos los Felipes, así muertos como vivos. Los muertos ya están allá y no lo oyeron, y cuando lo oyeran y supieran, no es razon que yo tomase el pleito por todos. No están los tiempos para pedir venganza, y yo que la podia tomar, no lo quiero hacer, antes lo perdono. Perdonadlo vos tambien, alcalde, y romped el proceso. Sacad á ese triste de la cárcel y sabed qué negocio es el que tiene en la Audiencia y despachadle luego al punto: que yo aseguro que la falta de paciencia debe ser porque al pobre negociante no le sobren dineros. Id luego con este recado al presidente, y que mire su negocio y lo envíe á su casa.* Y no obstante, el amor de la justicia era tan grande, que en la obra del Escorial, necesitando de un artífice que andaba escondido por haber hecho una muerte, como su padre fuese á pedirle perdon, para que prosiguiese trabajando en cosa en que al rey mismo le era tan útil, se contentó con responderle:—*Guardad á vuestro hijo, no os le ahorquen.*

Hay un proceso de la época del rey Felipe á cuyo recuerdo no es posible renunciar en estos apuntes. Año de 1572 huyóse D. Gonzalo Chacon, hermano del conde de Montalban, por haber sido hallada en su posada una dama de la princesa doña Juana. Practicáronse por mandato del rey apretadas diligencias para buscar á los amantes, y en mucho tiempo no hubo razon de ellos, porque el dean de la iglesia de Sevilla los habia llevado al convento de la Aguilera de Recoletos Franciscos y el guardian solícitamente los encubria. Cansado al cabo de la forzosa clausura, se fué D. Gonzalo á otro monasterio de la órden de San Benito, donde esperaba ocasion oportuna para pasarse á Francia. Descuidóse un dia, y sorprendido y preso, se le condujo á Madrid por el alcalde Salazar, y con él al guardian que lo ocultaba. Hallá-

base éste en palacio postrado ante el rey, el cual con severo acento le preguntó:—*Fraile: ¿quién os enseñó á no obedecer á vuestro rey y á encubrir á delincuente tal? ¿Qué os movió á ello?* Levantó con humildad el guardian los ojos, y plegándolos sobre los párpados le respondió:—*¡La caridad, señor!* Felipe, oyéndole, retrocedió dos pasos, suspendióse un instante, miró de nuevo al fraile y repitió dos veces: *¡La caridad! ¡la caridad!* Volvió entónces la vista al alcalde Salazar y le dijo: *Enviadle luego bien acomodado á su convento, que si la caridad le movió, ¿qué le hemos de hacer?* Era aya del príncipe D. Fernando doña María Chacon, madre de D. Gonzalo, y siendo éste sentenciado á muerte y advirtiéndole que se podia temer una mujer airada por la pena de su hijo, con todo eso no dudó de la fidelidad y nobleza de la noble matrona. Ni con lágrimas, ni con ruegos, ni con súplicas, ni con empeños le importunó tampoco esta mujer de varonil fortaleza; pero el rey creyó dar justo premio á sus virtudes convirtiendo en destierro del reino y casamiento de los delincuentes la cruel sentencia de los tribunales.

V.

Hariamos interminable este bosquejo, si en él pudiéramos compendiar cuantas gratas memorias del gran rey asaltan nuestra imaginacion en este momento. Para hacer de un hombre un héroe ó un mónstruo, ante los ejemplos de la historia, no deciden los hechos, sino la fortuna y la simpatía de las causas que defendieron; por esa razon el nombre de Felipe II se comprende que sea nombre que inspira horror allí donde se considera como en Francia perpétuo objeto de irritante emulacion; en Inglaterra símbolo de amenaza nacional; en Bélgica, los Países Bajos y Holanda, obstáculo de la propia independendencia, y en toda la cristiandad rebelde, rayo de las venganzas del cielo. Nunca Francia podrá olvidar la rota de San Quintin; el miedo de la Invencible las costas de la Gran Bretaña; el turco á Lepanto; Bruselas el suplicio de los condes de Hegmont y de Horn, y otras accio-

nes semejantes los demás países que entónces lucharon con escasa fortuna contra España. Pero para los que han nacido en este heróico suelo, sobre quien redundaron los beneficios de su imperio, no debe haber más que una frase para hablar de Felipe II: aquella que se desprendió de los augustos lábios del gran monarca, el dia que visitó al duque de Alba, postrado en cama, y en las puertas de la muerte:— *Verdaderamente, dijo, este hombre era gloria de la nacion española.*

JUAN PEREZ DE GUZMAN.



DAVID FEDERICO STRAUSS.

UN CAPÍTULO DE LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO RELIGIOSO MODERNO.

(CONTINUACION.)

Mas estaba condenada la carrera de Strauss, como profeta del genio religioso Jesús, á sufrir una repentina interrupcion. Su actitud irénica estaba demasiado llena de incompatibilidades para que pudiera mantenerse largo tiempo. Aproximábase á Schleiermacher en esta nueva posicion que adoptó. No convenian bien estas nuevas ideas á la antigua estructura; eran más bien como un pilar de la bella catedral gótica de los románticos introducido en el severo y clásico templo de la nueva filosofía. En la primavera de 1839 sufrió Strauss un gran desengaño. Hízose en 1836 una tentativa sin éxito para invitarle á que ingresara en el profesorado de Zurich. Una segunda tentativa hecha en 1839 fué afortunada. Esta eleccion era debida á los radicales que estaban entónces en el poder. La Iglesia se alarmó, y el clero movió en el pueblo una gran revuelta y reaccion política. No nos corresponde contar ahora la historia del conflicto que entónces se originó. Muy pronto terminó el drama, en lo que á nuestro asunto concierne. Argüia el un partido que estaban de su lado el espíritu de los tiempos y la cultura de éstos, por lo cual juzgaba oportuno que se hiciera caudillo (*leader*) en teología, la más anticuada y supersticiosa de las ciencias, á un hombre como Strauss. Contestaban los adversarios que el hombre culpable de haber reducido á mitos la historia sagrada, y de haber negado los hechos cardinales de la fé, no estaba ciertamente en aptitud de enseñar teología. Strauss se esforzó en apaciguar los ánimos, diciendo: que no pensaba valerse de la posicion que la Universidad le ofrecia para atacar la religion establecida, para perturbar á la Iglesia, y que prometia encerrarse dentro de los límites de su vocacion científica, y esmerarse en arraigar en la estimacion públi-

ca las fundamentales verdades del cristianismo. No consiguió Strauss el objeto que se proponía al hacer estas protestas. En una carta (1) á sus amigos de Zurich pide libertad y niégase á consentir que juzgaran su doctrina los agitadores, así los que so capa de devoción luchaban por sus mundanales intereses, como los clérigos que por ser preocupados sectarios eran jueces incompetentes. «¿Quiénes fueron los más violentos contradictores de Guttenberg cuando inventó la imprenta? Los que hasta entónces vivieron de copiar. Si se hubiera dejado á los copistas que se sobrepusieran al inventor, ¿qué habria sido del arte de imprimir?» El pánico era, sin embargo, mucho más fuerte que los radicales y sus razones, y sólo podía apaciguarse con la victoria. Strauss tuvo que retirarse de la cátedra que nunca ocupó, siendo su único consuelo una pensión de mil francos.

Inútil es discurrir sobre lo que Strauss hubiera sido, caso de sostenerse el nombramiento. Difícil habria sido hallar en él la madera de uno de esos conservadores exotéricos que tienen al mismo tiempo un esotérico radicalismo. Nuestros instintos modernos son opuestos á la opinion atribuida por Agustin á Varro: *multa esse vera quæ non modo vulgo scire non sit utile, sed etiam tametsi falsa sunt, aliter existimare populum expediat* (2). El siglo pasado conoció á más de un profesor que *privatim*, era un Voltaire, y *publice*, un Warburton. Las relaciones entre la convicción y la expresion son en nuestro siglo más honradas y sanas, aunque no todavía lo que debieran ser. Más tarde Strauss admiraba en Reimarus «el martirio del silencio» (3) que sufrió el deista para poder disfrutar de la reputacion y emolumentos de cristiano. Salvóle á él mismo el asunto de Zurich de un martirio parecido y aún peor. El prefacio de las irénicas *Blaetter* está fechado el 15 de Marzo de 1839; cancelaron su llamamiento á Zurich el 18 y el 8 de Agosto en el prefacio de los *Charakteristiken und kritiken* retiró sus concesiones críticas y todo lo que implicaban (4). Comparábasele sarcásticamente en aquellos

(1) Las cartas referentes al asunto de Zurich dan mucha luz sobre la actitud irénica y la historia intelectual de Strauss. Casi desesperé de hallarlas; pero dí con ellas en un pequeño libro pesado y tosco que debí á la bondad de un amigo y que se titula: *Boden's Geschichte der Berufung des Dr. Strauss an die Hochschule von Zurich*. 1840.

(2) *De civitate Dei*, lib. IV, c. XXXI.

(3) *H. S. Reimarus und Seine Schutzschrift für die vernünftigen verehrte Gottes*, pág. 6.

(4) El tomo contiene sus primeros ensayos en tres partes: teología, bellas letras y el aspecto oscuro (*night-side*) de la naturaleza ó espiritualismo. El ensayo de mayor valer es uno que trata de Schleiermacher y Daub y que se

dias con un médico que se precipitó en la calle, sable en mano, y atacó á los transeuntes; pero que amedrentado á la vista de tantas heridas graves, se volvió atrás, pero sólo para lanzarse otra vez al mismo sitio, provisto de vendajes con que curar á sus víctimas.

Este retroceso llevó á Strauss más allá de su posición primitiva. En 1840 se publicó la cuarta edición de la *Vida de Jesús* (1), purgada ya de todo lo que pudiera ser una concesión, ó estimárase irénico, con la parte que trata del genio religioso Cristo suprimida, declarado apócrifo el cuarto Evangelio y sus discursos considerados como «composiciones libres del evangelista.» Aquel mismo año vió la luz el primer tomo de la segunda grande obra de Strauss, *Glaubenslehre* (2). Aunque fué la que se ejecutó más tarde, era la que se concibió primero. La idea de una nueva *Vida de Jesús* con los hechos cristianos trascritos en fórmulas trascendentales, era producto de una idea anterior con respecto á una nueva teología formada con las doctrinas cristianas análogamente trascritas. En la fructuosa temporada que pasó en Berlin mientras estudiaba con los hegelianos, concibió, descontento de Marheneike, el plan de esa obra. Muchas cosas habian pasado, sin embargo, entre el propósito y su realización.

Sus propios trabajos habian tenido muchas consecuencias. El que un tiempo fué un hegeliano, lleno de esperanzas, era á la sazón un excomulgado, á cuyas aspiraciones todas las puertas se cerraban. Parecia que habian concluido los dias de la libre indagación dentro de la Iglesia. El pensamiento especulativo y crítico habia entrado en un período que parecia de *guerre á outrance*. Las inteligencias críticas y evangélicas hacianse cada dia más suspicaces y ménos tolerantes entre sí; cada dia mostrábanse más estrechos y agresivos el *pietismo* en Wurtemberg y el *confesionalismo* en Prusia. La atmósfera clerical se estaba enrareciendo demasiado para que pudieran respirarla los espíritus progresivos. Marklin, el amigo de

distingue por la genial penetración, el hábil exámen, la gracia y fuerza del estilo con que está escrito.

(1) En esta edición solia Strauss volver la vista atrás con complacencia, como dando la más completa y adecuada expresión á sus primeras opiniones. La traducción inglesa de Miss Evans publicada en tres tomos por Chapman (1841) está tomada de esa edición. También se tradujo al inglés la tercera, pero de segunda mano ó sea del francés. No pudo hallar ésta un editor en Londres, pero se publicó en Birmingham.

(2) *Die Chistliche Glaubenslehre in ihrer Geschichtlichen Entwicklung und im Kampfkmit der modernen Wissenschaft dargestellt* (Las doctrinas de la fe cristiana expuestas en su desarrollo histórico y conflicto con la ciencia moderna) Vol. 1.º 1840; vol. 2.º 1841. Los materiales de esta obra fueron reunidos para las lecciones que habia pensado dar en la cátedra de Zurich.

Strauss, acababa de alejarse de ella para toda la vida en el otoño de 1840. Al modo que John Sterling, luchó bravamente por vivir y trabajar dentro de la Iglesia, mas con éxito desdichadísimo. Espíritu dulce, paciente, sincero, honradísimo y ansioso de que los demás fueran igualmente honrados en fé, moral y lenguaje, criado en vieja familia clerical, educado en el seno de la nueva filosofía, influido por el espíritu crítico, habia ido á desempeñar en Calw el cargo de pastor, llevando en el alma grandes gérmenes de conflictos. Reinaba allí el pietismo. Negábanse á celebrar una conciliacion entre tantos clérigos y feligreses pietistas el antiguo espíritu y el nuevo. Sirvió tan solo el contacto en que se pusieron para que aumentara la antipatía que los separaba. El pietismo odiaba á Marklin y éste odiaba al pietismo. Escribió contra él al mismo tiempo que esgrimian contra el pastor la pluma sus adversarios, hasta que lleno de ideas y harto de coacciones, hubo de resignarse á salir de Calw y de la Iglesia y á ocuparse en el paganismo clásico en busca de sereno juicio y tranquila virilidad. Por manera que Strauss habia visto ya lo que él y cuantos como él pensaran podian esperar de la Iglesia. Los dias de Schleiermacher y Hegel habian pasado: aproximábanse en cambio los de Hengstenberg y el moderno Juliano.

Al mismo tiempo que dentro de la Iglesia retrocedia el pensamiento á un inflexible sentido conservador (*conservatism*) avanzaba fuera de ella á un universal radicalismo. Redújose á pura ilusion el idealismo absoluto y deslizóse en el ateismo la doctrina panteista. Fundáronse en 1838 los *Hallischen Jahrbucher*, y la jóven escuela hegeliana se agrupó al rededor de ellos. Arnold Ruge, Vischer, Feuerbach, Strauss, Zeller, Schwegler, Bruno Bauer, wurtembergueses los más, llenos de entusiasmo, inspirados por las ideas, resueltos á destruir cuanto fuera contrario á la razon y á edificar un nuevo mundo con arreglo á los ideales de la nueva filosofía. Strauss fué en un principio el Corifeo y el Apolo de los jóvenes hegelianos. Vischer escribió con gran cariño y admiracion una noticia del teólogo para el primer tomo de la *revista* á que nos referimos. Su obra pareciale un modelo que nos muestra cómo pueden llegar en el pensamiento religioso los principios á sus conclusiones, sin temor á las resultas. Pero encerraba la escuela demasiados espíritus inquietos para tener larga vida. Algunos de sus miembros dudaron primero y luego negaron los principios que en los primeros tiempos profesaron. Feuerbach puso el punto en la *i* de Strauss (1).

(1) Christian Marklin.

Desarrolló la sugetividad hegeliana hasta la negación de la realidad objetiva. Sostuvo que el hombre no puede trascender de su propia naturaleza ni concebir nada más alto que ella. Lo que se llama *absoluto* no es más que la expresión del yo. Dios no es más que la revelación de nuestra propia esencia. La religión es la relación del hombre consigo mismo ó con su propio sér, pero considerado objetivamente como otro que él mismo. Es ella el resultado de la acción de dos facultades: la imaginación y el sentimiento (*heart*). La imaginación contempla en la naturaleza y en la historia sus oscuras é inquietas creaciones, porque el corazón hace de sus necesidades y deseos verdades generales. Por manera, que la religión es un tejido de ilusiones, la universal, aunque tal vez inconscia, hipocresía.

Todo había variado, como se vé, en el hombre y fuera del hombre cuando se escribió el *Glaubenslehre*. Por do quier aparece esta variación. A cada paso se nota en el libro la acción de los cinco importantes años que tan profundamente influyeron en el espíritu del autor. Muéstrase frío y objetivo como ántes; pero en lugar de la *naïveté*, de que estaba impregnada tan agradablemente (*pleasantly*) su primera obra, notábase en la que nos ocupa una amargura desapiadada que se difundía cual sutil esencia al través del estilo. Había llegado á odiar á la teología y á despreñar á los teólogos. En un principio había querido salvar la fé mediante el sacrificio de cuanto no fuera esencial en ella, mas ya añadía al sacrificio lo esencial también. Opónense ya el dualismo cristiano y el monismo especulativo, no como amigos eternos al par que formales enemigos, sino con absoluto é irreconciliable antagonismo. Viene el espíritu á ser á un tiempo el Vishnu y el Siva del dogma, pues crea con la fantasía y el corazón lo que le obliga luego la razón á devorar. Y de esta suerte, al par que un panteísta especulativo, es historiador y crítico de doctrinas que son pura ilusión para él.

*Rumores vacui, verbaque inania
Et par sollicito fabula somnio.*

Difieren muy significativamente la primera obra y la nueva. En esta última, Feuerbach ha modificado á Hegel. No es ya posible salvar á la religión distinguiendo la representación de la noción. No pueden separarse, como Hegel creía, el contenido y la forma (1). No existe tal distinción en lo religioso. Cuando la religión se explica especulativamente, experi-

(1) *Glaubenslehre*, pág. 12.

menta esencialísimo cambio. Formas tan diversas como la especulativa y la religiosa suponen contenidos igualmente distintos. Lo absoluto no puede representarse en forma relativa, sino absoluta. Y si la religion sólo existe bajo forma relativa y de representacion y ésta es forma inadecuada para representar la idea, síguese que la religion no puede poseer la idea ó lo absoluto. La diferencia formal tórnase, pues, en diferencia de contenido, siendo imposible la identidad de contenido sin la identidad de forma. Y no se salva el cristianismo diciendo que es la religion del espíritu, cuyo contenido es idéntico al contenido absoluto de toda religion. Sus concepciones específicas, hijas son de la fantasía y el sentimiento, á los cuales no se revela lo absoluto, sino á la razon. Mas al par que reconozcamos la distincion, apuntemos la analogía. La religion es la filosofía de los hombres indoctos así como la filosofía es la religion de los hombres de ciencia. Todos pueden satisfacer las necesidades del espíritu: unos oscura y confusamente, otros de un modo más sereno y seguro.

Este principio formal determinaba el método de la obra. Por ser histórica era crítica. *La verdadera crítica del dogma es su historia* (1).

La historia es crítica porque describe los procesos de desenvolvimiento y decadencia; indaga sus causas; traza el cuadro de la llegada y desaparicion de las ilusiones; muestra dónde aparecen y por qué se parten, al par que nos señala tambien los elementos de ideal verdad que dejan tras sí. Las fuentes del dogma están en las escrituras hebráicas y cristianas.

Y no se crea que guardan homogeneidad, pues encierran muchos elementos heterogéneos. El viejo hebraismo era un dualismo ilógico, reconocia un Dios invisible, Hacedor y Señor del mundo; negaba la humana inmortalidad (2). El influjo persa y el griego modificaron la antigua fé, produciendo en el seno del judaismo las condiciones que crearon la fé cristiana. La religion de Jesús fué un nuevo Estado en que adquirieron carta de naturaleza ciudadanos de muchas ciudades. El pensamiento, tomando por punto de partida su persona, hizole en todo y donde quiera supremo, sér increado, eterno, venido para redimirnos y próximo á conquistar el mundo. Las escrituras, las hebráicas por preparatorias y proféticas de Cristo, las cristianas por históricas y explicativas, tenian que revestirse con autoridad igual á su divino contenido, mostrándose de esta suerte inspiradas, infa-

(1) *Glaubenslehre*, I, pág. 71.

(2) *Idem*, I, pág. 31 y siguientes.

libles. Ocupado con este contenido, produjo el pensamiento, en su aspecto racional ó gnóstico, la heregía; en su aspecto religioso, la ortodoxia. El crecimiento de la ortodoxia respondió á las heregías. La Biblia probó que la Iglesia es divina é infalible; la Iglesia demostró otro tanto de la Biblia, y en ámbas se basaron los portentosos sistemas de la Edad Media. Llegaron estos á ser un peso abrumador para el pensamiento, y precipitaron la Reforma. El protestantismo repudió la Iglesia y la tradicion, pero construyó sobre la Escritura sistemas que casi remedaron los de la Edad Media. Pero la inteligencia habia gustado (*tasted*) la libertad y suspiraba por acrecentarla. El pensamiento llegó á ser racional dentro y fuera de la Iglesia. Las antiguas heregías contribuian á la elaboracion del dogma, las modernas á descomponerlo. La antigua filosofía sirvió para formar la teología, la moderna para pulverizarla. Bacon y Descartes fundaron la filosofía moderna. Esta se hizo deísta por medio de Leibnitz, panteísta por medio de Spinoza. La primera tendencia llegó á ser el deísmo inglés, demolido por la crítica de Kant. La segunda, que revivió con Schelling, que fué trabajada y modificada por Hegel, era el *monista* y científico concepto de las cosas, á la sazón triunfante. Así como el antiguo dualismo fué esencial para las doctrinas cristianas, el nuevo monismo tenia que ser fatal para ellas. Probar que están en conflicto con él, equivale á escribir la sentencia de esas doctrinas; y la prueba mejor de que así sucede, es su reciente historia. Desesperada es la resistencia. *Fata volentem ducunt, nolentem trahunt.*

El pensamiento fundamental del *Glaubenslehre* es un monismo panteísta. La creacion es para esta doctrina la evolucion divina (*of deity*) y el hombre es Dios exteriorizado (*externalized God*). *Dios es el eterno movimiento de la universal sustancia, que haciéndose sin cesar sugeto, alcanza objetividad y realidad verdaderas* (1). No se debe concebir como individual personalidad la divina, sino como personalidad universal. Ella causa eternamente lo otro que sí, la naturaleza, en el proceso de sí, para volver eternamente á sí como espíritu conscio (2). Este monismo determina todo lo que hay de positivo en la obra. Los atributos divinos vienen á ser las leyes de la naturaleza y Providencia las inmanentes fuerzas del mundo (3). Adán y Cristo son abstracciones personificadas que deben cesar de contraponerse entre sí y con otras, si es que han de entrar en la alta verdad que representan, y

(1) *Glaubenslehre*, I, pág. 523.

(2) T. I, pág. 524.

(3) T. I, págs. 67 y 613.

que es la idea concreta de Humanidad (1). La Humanidad es el Dios Hombre, y le corresponden los atributos dados á Cristo por la Iglesia (2). La pasion (*atonement*) significa la reconciliacion del espíritu consigo mismo, cumplida por medio de un proceso universal y espiritual, cuyo símbolo es la muerte de Cristo (3). La inmortalidad personal es el último enemigo que es menester destruir, pero ella tambien será vencida (4). La única inmortalidad, de cuya realizacion en la tierra puede hablar la ciencia, es llegar á ser uno con lo infinito en medio de lo finito; eternizarse en todos los momentos del tiempo (5). Mas si se vá la teología, ¿qué vá á ser de la Iglesia? Un sistema que ha vencido al antiguo dualismo, sólo puede entender lógicamente de una solucion, que es la absorcion de la Iglesia por el Estado. Los Estados han alentado al pietismo, porque han tenido mayor interés en contar con súbditos obedientes que con buenos ciudadanos. Pero es tal el progreso del Estado, que la Iglesia vá siendo cada vez más supérflua. En todos sus ramos, muéstrase el arte ménos religioso cada dia: la ciencia y la teología retíranse á opuestos campos; que la teología es hoy la ciencia de los espíritus aislados é inespertos. La ignorancia es religion, el saber filosofía. La reconciliacion es imposible (*hopeless*).

El *Glaubenslehre* estaba lleno de irreconciliables antítesis. El panteismo de la obra no se desarrolla lógicamente, está contradicho por el concepto del hombre que en ella se advierte. Goethe dijo:

*Haette Gott mich anders gewolt
So haette er mich anders gebaut.*

Mas en este caso, podemos decir nosotros que si Dios es como Strauss le define, el hombre no puede ser como Strauss nos dice. Y de otra parte, su teoría de la relacion de la filosofía con la religion es escasísimamente satisfactoria, deja un irresoluble dualismo en el dominio del saber, pues lo divide en dos hemisferios, uno de *Vorstellungen* y otro de *Begriffe*, que de ninguna suerte pueden reunirse en sólo una armónica esfera. Adviértense por do quier en la obra que nos ocupa las huellas de un trabajo paciente, pero tambien de un impaciente pensamiento. El jóven hegelianismo adquiere conciencia de su rompimiento con el maestro,

(1) *Glaubenslehre*, t. II, págs. 73 y 74.

(2) T. II, págs. 214 y 215.

(3) T. II, págs. 327 y sig.

(4) T. II, págs. 697 y 739.

(5) T. II, págs. 737 y 738.

pues se vale de sus principios para condenar lo pasado, no para justificarlo. La historia es empleada en dar los factores de un problema metafísico. Al modo que Mr. Lewes escribió una historia de la filosofía para probar que la metafísica es científicamente imposible, Strauss escribió su dogmática para probar que la teología cristiana cesaba ó estaba próxima á cesar de existir. El uno vió en la especulacion metafísica la perpetuacion de ilusiones que sólo nos atraen para engañarnos, y el otro no vió en las doctrinas de la Iglesia más que los castillos edificados en el aire por el espíritu antes de asentarse en la sólida roca del pensamiento racional y científico. Mas al par que cada uno de estos autores ganaba en intensidad, merced á lo estrecho de su punto de vista, y adquirian la fijeza de propósito que por energía se toma, perdian ámbos en grado igual la amplitud de miras, que es esencial en la perspectiva histórica. No hay especulacion más engañosa que la de aquellos que se proponen convertir la historia á la demostracion de los principios que sostienen y de las conclusiones que patrocinan.

Cuando se hace de los hechos símbolos de un pensamiento *á priori*, se construyen mal y se aplican desacertadamente. Los peores yerros de Strauss en todos los períodos de su vida fueron debidos á las cualidades intelectuales que le hicieron un pensador especulativo disfrazado de historiador. Siempre estuvo manipulando, formando y reformando, exagerando ó aminorando los hechos para que sirvieran mejor á su pensamiento. De aquí que esté totalmente viciado el *Glaubenslehre*. Júzgase al cristianismo con principios especulativos y se tiende á condenarlo. Un pequeño grupo de pensadores adversos se quiere que equivalga á la ciencia moderna. Y luego tiene el autor una curiosa idea del cristianismo. Parecele que son las cosas tanto más cristianas cuanto son más extensivas doctrinalmente. No le ocurre que tan funestos pueden ser para la doctrina el exceso como la escasez. Todo aumento de la doctrina parecele un progreso; toda disminucion, un atraso. Y, sin embargo, una religion lo mismo que un individuo puede morir de obesidad. Reducir un credo puede ser muy bien darle fuerza y purificarlo. Los mismos datos de que Strauss se sirve para probar la decadencia del cristianismo, pueden ser utilizados para evidenciar su regeneracion. La ruina de los sistemas que se han construido al rededor de la fé, acaso sirve para ensancharla más bien que para destruirla. Por manera que se puede dar á la historia de que tratamos una interpretacion diversa y más natural que la del autor. Lo que este considera como disolucion y ruina, bien puede explicarse como regeneracion

y renacimiento. Sus alusiones de otro tiempo á un cristianismo más cristiano que el primitivo, nos muestran que el mismo Strauss tuvo un presentimiento de la verdad que despues le plugo olvidar.

Abandonó Strauss desde entónces, y durante veinte años, los difíciles senderos de la teología. Diez años de estos veinte, señaláronse por sucesos domésticos y políticos, por ansiedades del hogar y de la vida pública. A los otros corresponden sus obras literarias más felices, las más felices porque fueron las más puras. Casó el 27 de Agosto de 1842 con Agnes Schebest, mujer distinguida, muy conocida á la sazón como cantante y despues como escritora. Lleno de promesas nunca cumplidas estuvo aquel matrimonio. Marido y mujer se separaron sin dejarse siquiera el recuerdo de una bella union rota y embellecida por la muerte. De todas las tempestades que desbarataron su felicidad, juzgo que fué la mayor esta separacion, y en tales términos nos habla de ella, que nos hace sentir cuán feliz habria sido si su mujer se hubiera asemejado á su madre (1). Grande fué la pérdida que experimentó. Si hubiera sido un hombre más dichoso, habria sido un crítico mejor. Su triste experiencia tendia á dar amargura á su ironía y acritud á su carácter.

Sus relaciones políticas no fueron más dichosas que las domésticas. 1835 fué precursor de 1848. El radicalismo especulativo invadió la política y precipitó la revolucion, mientras que el partido conservador construia diques para detenerlo. Del un lado, pedíase una completa reforma en el Estado y en la Iglesia; del otro levantábase el grito por la solidaridad de los intereses conservadores. Entre los unos, el pensamiento vino á ser negativo hasta la extravagancia. El absoluto *egotismo* (*egotism*) de Max Stirner sobrepujó al humanismo de Feuerbach, mas sólo para caer ante un materialismo ménos refinado. Entre los otros, el neo-luteranismo guiado por Stahl y Hengstenberg y contando con Federico Guillermo IV, hizose más y más intolerante, más opuesto á toda tentativa de conciliacion. Estas circunstancias produjeron uno de los mejores escritos de Strauss. Comparó á Federico Guillermo con Juliano el Apóstata (2). En el emperador apóstata señaló el espejo del rey evangélico. Sus fines, actos, cualidades, consejeros, fueron reflejados en los de Juliano y descritos en tal semejanza con sutil ironía y sátira genial. Apareció Strauss de esta suerte lo mismo en política que en

(1) *Kleine Schriften*. N. f. pág. 268.

(2) *Der Romantiker auf der Throne der Caesarem oder Julian der Abtrun- nige*. 1847.

teología, como un radical por excelencia (*typical*), por lo cual le invitaron ciertos electores de Lüdwisburg á presentarse como candidato en las elecciones del Parlamento de Franckfort (1). Fracasó su candidatura, pues la influencia clerical en los campos, aunque no en la poblacion, fué demasiado fuerte contra él.

Poco tiempo despues, siendo urbana la eleccion, fué elegido para el Parlamento de Wurtemberg, mas no retuvo largo tiempo su cargo. Así como el clero se habia opuesto á que le eligieran, los radicales fueron causa de que renunciara. Muy radical en teología para los unos, era muy conservador en política para los otros. Creia que el gobierno era demasiado ortodoxo y necesitaba una reforma, pero que las masas no estaban preparadas para la república. Orgullosamente resignó el honor que le habia dispensado el público voto, tal vez con un aumento de intensidad en el *odi profanum vulgus*.

Con su separacion de la política empezó el período de su más pura actividad literaria (1848-60). Los frutos que éste dió fueron una série de clásicas biografías, más ó ménos relacionadas con el conflicto entre la religion y la cultura, ó más bien entre el *Eclesiasticismo* y el *Humanismo*. Al frente de la série apareció una vida del brillante aunque infortunado poeta Schubart (2), cuyo rudo y valeroso espíritu, reflejado en sus cartas, mostró el autor en encarnizada refriega con las circunstancias adversas así profesionales como domésticas y políticas, bajo la disciplina de una paciente magnanimidad. Vino despues Christian Marklin (3), retrato de un contemporáneo, lleno de miniaturas y detalles autobiográficos, cuadro de las tendencias que crearon á Strauss. Luego se ocupó con Nicodemus Frischlin (4), crítico, perito en ciencias (*scholar*), poeta, patriota que enseñó lo pasado para instruir á los contemporáneos, que combatió lo antiguo introduciendo nuevas formas de indagacion clásica, que hizo revivir el paganismo para oponerse á los luteranos, y que murió al tratar de escaparse de la prision en que la suspicacia de sus adversarios le tuvo encerrado.

La obra siguiente fué una bella monografía de Ulrich von Hutten (5), caballero, docto, poeta, satírico, cuya sátira con-

(1) Los discursos que pronunció en la visita electoral que giró á la sazón, y los cuales no carecen de interés auto-biográfico, fueron publicados más tarde. *Sechs Theologisch-politische Volksreden*. 1848.

(2) *Schubart's Leben in seinem Briefen*. 1849. 2, t.

(3) *Christian Märklin Ein Lebens und Charakterbild aus der Gegenwart*. 1851
1 vol.

(4) *Leben und Schriften des Dichters und Philologen N. Frischlins* 1855.

(5) *Ulrich von Hutten*, 1858, 2, t.

sumia más bien que abrasaba lo que á su contacto se ponía. Era este, sin duda, un *tendenzschrift*, hecho para mostrar que si bien los humanistas no habian podido llevar á cabo aisladamente la Reforma, el reinado de Lutero termina y el de Hutten alcanzar debiera ya su comienzo. Hutten unió en sí mismo la cultura del humanista y la energía del entusiasta, mas del entusiasta por la libertad, la patria y la humanidad. Y por eso vive aún su espíritu y ruge contra los que quisieran implantar un nuevo papado en el protestantismo, contra los príncipes que quieren convertir en ley su voluntad, contra los hombres de ciencia que ponen las circunstancias y los recursos del momento por cima de la verdad. Excita Hutten en nosotros el ódio contra todo lo que es opuesto á la generosidad, á la emancipacion y á la verdad, al par que nos lleva á sentir el entusiasmo por cuanto está relacionado con la honra y la grandeza de la patria. Este propósito que hemos dicho se vé aún con mayor claridad en la obra siguiente, que es una edicion de los *Diálogos de Hutten* (1), que presentaba Strauss debidamente preparados para luchar con un protestantismo que habia llegado á convertirse en un nuevo papado. El prefacio puesto á las traducciones indicaba perfectamente la moral de la obra. Celebraba este escrito con desapacible humor el *semi-jubileo* (*semijubilee*) de la *Vida de Jesús*, y señalaba el regreso del autor á su antiguo campo de batalla. Los partidarios de la armonía de la ciencia y de la religion eran menospreciados amargamente por el autor. Ewald era atacado en términos que él mismo hubiera sobrepujado difícilmente. *La antigua y la nueva fé* se anticipó en cierto modo. «Largo tiempo ha estado siendo un secreto muy sabido, decia Strauss, que los hombres cultos y reflexivos han dejado de creer en los dogmas de la Iglesia. No hay quien admita ya como adecuada expresion de su fé el Credo de los Apóstoles ó la Confesion de Augsburgo. Y lo mismo que sucede entre los seglares adviértese en el clero. ¿Por qué no se deciden todos por la verdad? El contenido moral del cristianismo y el carácter de su fundador pueden conservarse; dejemos que desaparezca todo lo demás. Que se nos pueda ó no llamar cristianos cuando haya sucedido así, es cuestion de poca monta. ¿Qué vale un nombre? Lo que sé es que entónces y sólo entónces volveremos á ser hombres ingénuos y honrados, no adscritos á lo falso, y mejores, por tanto, que hemos sido hasta aquí» (2).

(1) *Gespräche von Ulrich von Hutten, übersetzt und erläutert von D. F. Strauss. Leipzig, 1860.*

(2) P. lii.

III.

Volvió Strauss de este modo después de veinte años de trabajo en otros ramos á sus antiguos estudios. Durante su ausencia habian variado mucho los términos del problema. El pensamiento habia pasado de un entusiasmo trascendental á un estado de parálisis, y hallábase entónces en un período de transición, despertando el impulso que la ciencia empezaba á darle. Escribíanse buenas obras históricas, que son siempre las mejores para las épocas que carecen de personalidades preeminentes ó ideas creadoras. Trendelenburg estaba enseñando á Aristóteles el modo de hablar al siglo décimo-nono. Zeller estaba formando un vivo organismo de la antigua filosofía griega. Kuno Fischer descubria los principios constructivos que habia equivocado la crítica en los grandes sistemas modernos. La teología, lo mismo que su hermana la filosofía, ocupábase más con lo antiguo que con producir lo nuevo. El sentido conservador habia progresado y el *confesionalismo* habia hecho todo lo posible por dominar al pensamiento religioso. La cuestion vital era el *modus vivendi* eclesiástico. ¿Cuál habia de ser la fé de la Iglesia: un inflexible luteranismo, una teología de la Reforma modificada y modernizada ó un cristianismo sin dogma (*undogmatic*)? No existian condiciones favorables para obras de la más elevada esfera. Habian abundado bastante los libros que se distinguian por la solidez del pensamiento y la extension del estudio. Los neo-luteranos descollaban en la exégesis del Antiguo Testamento y en su exámen: el partido medio sobresalia en la *dogmática* y en la historia del dogma. Hengstenberg, Hofman y Delitzsch del un lado, Nitzsch, Müller y Dorner del otro, habian hecho sólidos y en su género excelentes trabajos de mucho influjo en los círculos teológicos, mas no fuera de ellos. No se conoció en aquel tiempo el entusiasmo por las nuevas ideas, por maestros que hicieron de la antigua fé una nueva filosofía. Hubo hombre como Tholuck variables, mas desprovistos de la penetracion y la elevacion de Schleiermacher, aptos para atraer novicios; pero incapaces de retener á los iniciados, ó bien como Alejandro Schweitzer, que tenia los principios, mas no la admirable amplitud de miras de su maestro: todos ellos eran, después de todo, ecos de lo pasado más bien que señales de lo porvenir. Ricardo Rothe, hombre piadoso al par que especulativo, que unia al corazon de un niño la inteligencia del más atrevido metafísico, distinguíase por muchas cualidades emi-

centes. Era, sin embargo, imposible que alcanzaran un círculo muy vasto la singularidad de sus propósitos, la inflexibilidad de su método, la profundidad de su pensamiento y el carácter de sus teorías, que estaban muy lejos de lo que se había hecho y de lo que se podía hacer á la sazón. Ha sido más influyente despues de muerto que en vida, y un hombre que así logra hablar á sus contemporáneos despues que han venido á ser la posteridad, hará ciertamente para ésta más de lo que hizo para los tiempos en que vivió.

Al paso que decaía la especulacion afirmábase la crítica y ensanchábase sus horizontes. F. C. Baur había sido un espectador casi silencioso de la controversia que suscitó la *Vida de Jesús*. Poca novedad tenía la obra para él (1), pues había observado su formacion y discutido todos los grados de su proceso con el autor. Madurábase de otra parte su pensamiento en aquel tiempo. Había ingresado en la escuela hegeliana (2). Los primeros resultados de su nueva actitud fueron ciertas notabilísimas monografías sobre la historia dogmática, que pueden contarse ciertamente como monumentos de sólida investigacion, de pensamiento laborioso y perspicaz. Sus errores, que se comprenden muy bien en un hegeliano, fueron dos: el de explicar las antiguas doctrinas como formas provisionales y anticipadas de modernos principios, y el de dar demasiada importancia á la accion de los antítesis y al poder que mediante la resistencia tienen para desarrollarse hasta que se resuelven y armonizan en más vasta síntesis. Sus estudios de historia del dogma retrayéronle á los tiempos apostólicos y post-apostólicos. Creyó encontrar en los unos los gérmenes de las controversias que encontró en los otros.

Esto que acabamos de decir es importante para darse exacta cuenta de la crítica de Baur. Ya en 1831 indicó ciertas cosas que á su juicio ponían de relieve la existencia de opuestos bandos en el seno de la Iglesia apostólica.

Su obra sobre *Pablo*, publicada en 1845, dos años despues

(1) *Baur's Kirchen-Geschichte des Neunzehner*. Jahchts, pág. 397.

(2) La fecha de su transicion á Hegel puede fijarse bastante bien. Su réplica á la *Simbólica* de Moehler (*Der Gegensatz des Katholicismus und Protestantismus*) vió la luz por vez primera en 1833 y muestra en curiosa pero instructiva combinacion el sentimiento interior y dependencia de Schleiermacher con la doctrina hegeliana de lo absoluto. Es la obra á que aludimos de notable amplitud y fuerza. La *Simbólica* de Moehler se ha traducido y, sin embargo, la réplica de Baur, que vale más en todo, menos en el estilo, no ha obtenido tanto honor. Una de sus más instructivas partes es la que con singular éxito expone cuán fácilmente puede transcribirse en la doctrina hegeliana de lo absoluto la soberanía absoluta de los calvinistas.

de su *Historia de la Trinidad*, nos muestra con una consumada habilidad las conclusiones á que habia llegado. Hace época en la crítica del Nuevo Testamento.

Los más importantes puntos que contenian eran dos, crítico el uno é histórico el otro. El crítico era que en la epístola dirigida á los Romanos, en la primera y segunda á los Corintios, y en la que escribió á los Gálatas tenemos auténticos documentos apostólicos y genuinas epístolas de Pablo. Ellas nos dan la mejor autoridad para todas las cuestiones referentes al origen, naturaleza y principios del cristianismo primitivo. El punto histórico era éste, los documentos auténticos que hemos dicho revelan antítesis de pensamiento, un partido *petrense* y un partido *paulino* en la Iglesia apostólica. El *petrense* constaba de los cristianos primitivos, hombres que creían en Jesús; pero que no habian dejado de ser judíos y cuyo cristianismo no era otra cosa que un estrecho neo-judaísmo. El *paulino* á su vez era un cristianismo reformado y gentílico (*Gentile*), que aspiraba á universalizar la fé en Jesús, emancipándola de la ley y tradiciones judáicas. Baur no se apercibió en un principio de la trascendencia de esta actitud que adoptó con respecto á la crítica evangélica, y sólo se apercibió luego de hacer un estudio especial sobre Juan. Encontró en éste una tendencia ideal, por lo cual no dió en su obra una historia, sino una libre creacion espiritual que tenia los hechos como vehículos de las ideas del escritor. El cuarto Evangelio parecióle en todos sentidos el contraste de los sinópticos ó históricos, y hacer lo que Strauss, esto es, emplear los sinópticos para desacreditar á Juan, y á Juan para desacreditar á los sinópticos, era contrario á toda buena crítica. Mas al ponderar á Juan y al relegarlo así á una fecha avanzada en el siglo II fué aplicable á los sinópticos la teoría de las tendencias. El de Mateo fué el más antiguo Evangelio, el depositario de la tradicion judáica ó evangelico-petrense. Lúcas era paulino en sus propósitos, al hacer un espurgo de los relatos y los hechos en interés de la universalizacion, así como Marcos fué posterior y de un carácter natural. Por manera que la crítica nueva era el vivo contraste de la antigua. Baur culpó á Strauss de intentar una crítica de la historia evangélica sin hacer la de los Evangelios, levantando de esta suerte un edificio falto de base. Baur cayó á su vez en el otro extremo, pues hizo una crítica de los Evangelios, mas sin completarla con una adecuada y correspondiente crítica de las relaciones (*histories*) evangélicas.

El método de Baur era muy á propósito para una crítica literaria de cierto género. Estudió las fuentes á la luz de su teoría, examinó en cada documento las peculiaridades del es-

tilo, el pensamiento y la narracion, esforzóse en determinar el tiempo y propósito en que se escribió. El conflicto y la reconciliacion de las tendencias petrense y paulina dieron lugar á los más extraordinarios hechos. Escribiéronse ciertas obras para promover la una y tambien las hubo para promover la otra, y no faltaron tampoco para reconciliarlas. Los resultados de estos trabajos parecieron en un principio nuevamente satisfactorios. La base de cierta y autorizada historia debida á las epístolas paulinas, pareció sustituir con la certeza las antiguas conjeturas y con el orden la confusion que hasta entónces habia reinado. Un brillante grupo de hombres estudiosos reunióse al rededor del maestro, formóse la nueva escuela de Tubinga y en ella

Et pueri natum rhinocerotis habent.

Schwegler, que superaba al maestro como escritor, y rivalizaba con él en crítica y constructiva ingenuidad, trazó el cuadro de la Iglesia desde su origen en una secta judáica que reconoció al Mesías en Jesús de Nazareth. Zeller aplicó su perspicaz sentido histórico á las actas de los Apóstoles. Ritschl escribió la historia del génesis de la primitiva Iglesia católica. Kostlin ocupóse en teología al par que en historia y crítica de los Evangelios. Mas los discípulos no han servido á la escuela en la madurez de sus facultades. Schwegler halló en la historia de Roma un campo para ejercitar sus facultades críticas. Zeller tornóse en historiador de la antigua filosofía: con gran provecho de la nueva Ritschl pasó en teología de la izquierda á la derecha, y Kostlin se dedicó á la estética. No quedó solo el maestro á decir verdad: distinguidos discípulos permanecieron á su lado acentuando más y más su independencia con repetidos desacuerdos. Aun ántes de su muerte, ocurrida en Diciembre de 1860, la escuela de Baur habia dejado de existir en realidad.

La disolucion de la escuela significaba que su obra estaba hecha. En sus primeros tiempos hizo grandes cosas, mas en los últimos que alcanzó frustráronse sus esfuerzos en la esfera de la crítica á causa de semilaterales exageraciones, y en la esfera de la historia á causa de sus desaciertos en la explicacion de los hechos. Ha hecho de la crítica del Nuevo Testamento una ciencia: ha dado mayor extension á nuestro conocimiento de la primitiva Iglesia, de sus hombres, partidos, creencias y propósitos: ha vivificado los un tiempo muertos y rígidos rasgos de la literatura apostólica y post-apostólica, mas no ha logrado revelarnos la persona que creó los procesos á que nos referimos. Aparecia Pablo con

más importancia que Jesús. Las tendencias impersonales se mostraban más patentes que las personas conscientes. Juzgábase que eran las divisiones internas y los celos fuerzas mayores que el entusiasmo de la humanidad. Trazóse de un modo aceptable el génesis de una literatura, mas no el génesis de una religión con sus ideas verdaderas y entusiasmos.

La tendencia de que nos ocupamos había destruido la teoría mítica. Lo que se escribió con el determinado propósito de servir á un partido, no podía ser considerado como un producto de la fantasía inconscientemente creadora. La nueva teoría no nos acercó más que la antigua á las realidades históricas, especialmente á la persona viva que creó al cristianismo. Los opuestos bandos mostrábanse reales y consistentes si sólo se consideraban en sus mútuas relaciones; pero tentábanse faltos de realidad y consistencia cuando se examinaban en histórica relación con Jesús. ¿Cómo se explicaba que el bando petrense, que le conoció y era el depositario de la más pura tradición, quedase tan imperfectamente su espíritu y enseñanza, al paso que los paulinos, los cuales no le habían visto, los guardaran y desarrollaran ventajosamente? ¿Cómo explicarnos que dos corrientes tan diversas fluyeran del mismo manantial, que Pedro equivocara y Pablo acertase el sentido de Cristo, que significaran tanto su persona y muerte para el uno y tan poco para el otro? ¿En virtud de qué títulos podían extimarse cristianos principios tan antagónicos como el *particularismo* legal y el universalismo evangélico, y de qué modo podrían resultar afines en origen y unidas en objeto ideas que mútuamente se excluían? Mas con ser tan importante, no era este el único yerro de la escuela en el aspecto histórico de la cuestión. La Iglesia, tal como Baur la concebía, tuvo en sus primeros tiempos varones de gran notoriedad, mas escasamente una literatura, al paso que posteriormente tuvo una rica literatura, y escasamente varones de gran notoriedad. ¿Cómo se explica que los hombres de espíritu estrecho que figuraron en los primeros tiempos y que escribieron muy poco sean para nosotros perfectamente conocidos, y aún familiares, al mismo tiempo que los de universal espíritu, que florecieron después, que hicieron y escribieron tanto, estén para nosotros envueltos en sombras y confusión? ¿Cómo explicar que una edad falta del literario esplendor estuviera llena de personalidades históricas, y que otra de más rica literatura apenas las tenga? Las teorías que explican violentas anomalías, pueden aspirar oficialmente á la veracidad histórica. La de Baur encerraba bastantes para que se resintiera esta veracidad. El fracaso de la escuela de Tubinga no fué completo, sin embargo, y en algu-

nos esenciales respectos, equivale al más espléndido triunfo. El método de que se sirvió y muchos resultados de los que obtuvo, constituyen una preciosa é incalculable herencia que debe procurarse todo explorador que en los mismos campos se aventure.

A. M. FAIRBAIRN.

Contemporary Review.

(Concluirá.)

~~~~~

---

## REVISTA CRÍTICA.

---

Terminó el período de descanso que á nuestra actividad intelectual impusieron los rigores del estío, y las corporaciones sábias y los teatros tornan á nueva vida, á la par que salen de su pasajero letargo los escritores. Alguno que otro libro recién publicado, la apertura de la mayor parte de los teatros, la reciente inauguracion del curso académico y la próxima del Ateneo anuncian que, terminada ya la más anti-literaria y anti-científica de todas las estaciones, renacemos nuevamente á la vida de la inteligencia.

Si á juzgar fuéramos de lo que el año próximo nos prepara por los síntomas con que se anuncia, motivos tendríamos para felicitarnos y abrigar lisonjeras esperanzas. Dícese que no escasearán obras notables de peregrinos ingénios; anúnciase que muy en breve el reputado autor de los *Gritos del combate* dará á la estampa un nuevo tomo de poesías, al que seguirá otro del Sr. Alcalá Galiano, tan ventajosamente conocido en la república de las letras; se asegura que eminentes dramaturgos darán á la escena sazonados frutos de su inspiracion, teniendo ya en cartera nada ménos que tres obras el infatigable señor Echegaray, y disponiéndose á volver al teatro de sus glorias, tanto tiempo por él abandonado, el Sr. Lopez de Ayala; y, por último, hasta se sabe que escritores que jamás se aventuraron en las tablas, lo harán este año, siendo uno de ellos el discreto autor de *Pepita Jimenez*, que, no contento con ser uno de nuestros mejores y más elegantes críticos, á la vez que uno de nuestros novelistas más amenos quiere probar sus fuerzas en el teatro, especie de sirena que á todo literato atrae y que tanto tiene de peligrosa como de seductora.

Tres teatros líricos y tres de verso tendremos este año. Prescindamos de los primeros, que no caen bajo nuestra jurisdiccion, y reduzcamos á dos los segundos, ya que el teatro del Circo, reducido al campo, tan fructífero como poco artístico, de la magia y del espectáculo, poco ó nada ha de dar que hacer á la crítica. El teatro Español y el de la Comedia; hé aquí los únicos templos de que el arte dramático habrá de disponer el año presente. El género cómico será cultivado en el segundo de ámbos coliseos por la misma compañía que

en él actuó en la pasada temporada cómica, reforzada con una bella y simpática artista, la señora Alvarez de Hernando, que con buen acuerdo abandona el género dramático para cultivar el cómico, que habrá de reportarla mayores aplausos que aquel. Mario, la Valverde y Zamacois, harán este año, como el anterior, las delicias del público y seguirán atrayendo gente á aquel coliseo, sin duda el más cómodo y elegante de Madrid (exceptuando el Real). Por desgracia, es de esperar que el género cómico siga por los mismos caminos que de tiempo atrás recorre, en cuyo caso de poco servirá el ingenio de los actores de la Comedia.

El teatro Español, libre ya del poder del Sr. Catalina y convertido de nuevo en templo del arte, despues de la triste caída del año pasado, abrirá en breve sus puertas. Cuéntase que insignes poetas habrán de contribuir á su regeneracion (como ántes hemos dicho) y espérase mucho y bueno de la nueva compañía que en él ha de actuar. Al frente de ella figuran Antonio Vico, el más inspirado de nuestros actores y quizá el que mayor flexibilidad posee para adaptarse al carácter de los personajes que interpreta; y Elisa Boldun, la que ya podemos llamar, sin vacilaciones ni rodeos, la primera de nuestras actrices. Otros artistas ventajosamente conocidos completan el cuadro de la compañía, que podrá hacer mucho en favor del arte, si su director tiene acierto en la eleccion de obras, prescinde de ciertos exclusivismos que en estos años han reinado en nuestros teatros y se muestra dispuesto á admitir lo bueno y rechazar lo malo, vengan de donde vinieren, sin fijarse en escuelas ni personas.

Si del terreno literario volvemos la vista al científico, nos encontraremos con promesas no ménos halagüeñas. El Ateneo, verdadero centro intelectual de nuestro país, mal que pese á indigestos eruditos y rabiosos ultramontanos, continuará este año las buenas tradiciones de los anteriores y seguirá ahondando los más árdulos problemas de la ciencia. No cederán en importancia sus sesiones á las que el año anterior se verificaron, con no poco provecho de la pública cultura, y es de creer que no falten en sus cátedras autorizados y elocuentes profesores. Desde luego se puede asegurar que la apertura de sus trabajos será un acontecimiento, porque del discurso inaugural está encargado su digno presidente Sr. Moreno Nieto, el cual se propone estudiar en él á grandes rasgos las direcciones fundamentales del pensamiento filosófico contemporáneo, tarea tan brillante como difícil, que desempeñará sin duda con el lucimiento á que acostumbrado nos tiene su ingenio peregrino.

La Universidad central inauguró sus tareas, pronunciando el discurso de apertura el docto catedrático de la facultad de Derecho, D. Benito Gutierrez Fernandez. Versó dicho trabajo sobre la *influencia del principio democrático en el derecho privado*, y en él supo mostrar su autor sus no vulgares conocimientos, especialmente en la parte histórica del discurso. Tratándose de un acto público de la Universidad, de cuyo cláustro tiene la honra de formar parte el que suscribe, no nos es lícito entrar en el exámen de este discurso, con cuyas afirmaciones distamos mucho de estar conformes; por esta razon nos abstenemos de dar juicio acerca de él, limitándonos á manifestar nuestra creencia de que el principio democrático no ha ejercido en el derecho privado una influen-

cia tan funesta como supone el Sr. Gutierrez, á no ser que por funesto se entienda todo lo que se encamina á enaltecer al individuo, á restablecer los legítimos derechos de la persona humana, á concluir con los privilegios, á reducir la autoridad del Estado y de la familia á sus justos y racionales límites, y á asaltar sobre bases sólidas el reinado de la razon y de la justicia, que es en suma la obra del principio democrático, ó mejor dicho, del principio liberal.

Por caminos semejantes á los del Sr. Gutierrez (aunque en muy diversa esfera) anda el catedrático D. Cayetano Vidal y Valenciano, autor del *discurso inaugural* pronunciado en la apertura de los estudios de la Universidad de Barcelona. Trátase en este trabajo de exponer el concepto, extension y relaciones de la geografía, tarea que el autor desempeña no sin lucimiento, por más que su estilo peque de pomposo y enfático en no pocas ocasiones; pero ganoso el Sr. Vidal de cooperar á la empresa (hoy muy aplaudida entre nosotros) de hacer cruda guerra á la ciencia moderna, hace una intempestiva excursion al campo en que sostienen rudo combate la ciencia y la fé, y con tal motivo dirige furibundos ataques á la primera, acusándola de *grosero materialismo* y *repugnante panteismo*, diciendo sabrosos chistes apropósito de la escuela de Darwin, y todo para venir, en suma, á dejar mal parados y descontentos á los dos adversarios que pretende reconciliar. ¡Qué triste idea formarán de la ciencia española los extranjeros que lean semejantes documentos! ¡Estaremos eternamente destinados á marchar á la zaga de la civilizacion, y será mision inmutable de nuestra raza ser la perenne protesta contra el progreso humano? ¡Seremos siempre una excepcion en Europa y seguirá siendo nuestra historia científica la más triste página de nuestra existencia? Tentados estamos á creerlo, al ver que salvo un puñado de tan escasas como honrosas excepciones, nuestra ciencia sólo está representada por eruditos indigestos y atrabilia-rios, por rebuscadores de noticias raras, por almacenistas de hechos y datos, faltos todos de ciencia y de criterio, y que sólo se distinguen por su apego á las preocupaciones más rancias y por su ódio inextinguible á todo lo que signifique progreso y civilizacion.

\* \* \*

Dos traducciones del francés: hé aquí todas las producciones literarias que tenemos á la vista. Son las primeras *La Montaña*, de Michelet, traducida por D. Mariano Blanch, y el folleto de monseñor Dupanloup: *Mujeres sábias y mujeres estudiosas*, cuya version es debida á la elegante pluma de una distinguida y discreta dama que oculta su aristocrático nombre bajo el pseudónimo de María de la Peña.

*La Montaña* es un libro de amenísima lectura. Como *El Pájaro*, *El Insecto* y *El Mar*, del mismo autor, pertenece al número de aquellas producciones ligeras y brillantes en que Michelet trató de popularizar los conocimientos científicos, revistiéndoles con las galas de su mágico estilo y penetrándolos de aquel sentido naturalista que en él domina, que da tanto encanto y atrac-



tivo á sus obras; y que es debido á un profundo amor hácia la naturaleza y á un panteísmo semi-mítico, semi-voluptuoso, que tiene más de un punto de semejanza con el que inspira á los grandes poetas de la India. Relacion de viaje en parte, en parte tambien estudio geográfico, salpicado de ingeniosidades filosóficas, el libro de Michelet se lee con gusto y no sin provecho, por más que el deleite aventaje en él á la enseñanza.

Agradable y bien escrito es tambien el folleto del fogoso y elocuente obispo de Orleans. Trátase en él de enaltecer las ventajas que la cultura intelectual reporta á las mujeres y de librar de la censura y del ridículo á las mujeres estudiosas.

Este folleto está discretamente pensado y admirablemente escrito; en el fondo tiene razon en lo que dice; pero, por más que su autor hace, la tendencia que hay en él es algo peligrosa y las reglas que traza carecen de la precision necesaria para ser verdaderamente prácticas.

Con efecto, trazar el límite exacto entre la mujer instruida y la insufrible *marisabidilla* es difícilísimo; conciliar los estudios y la actividad intelectual que de la mujer exige monseñor Dupanloup con su verdadera mision en el mundo y sus más importantes deberes, no lo es ménos; y de aquí resulta que, estando muy distante del ánimo del elocuente obispo hacer la apología de las marisabidillas y servir la causa de la emancipacion de la mujer, en realidad los resultados de su obra se acercan mucho á lo uno y á lo otro.

Por regla general; la inteligencia femenina se perfecciona á costa del corazon de la mujer y no pocas veces de su virtud; é indudablemente, en la mayoría de los casos, á costa de faltar á los deberes que la vida de familia la inspire. La cultura del espíritu perjudica no pocas veces á la mujer y en raras ocasiones la favorece. Difícilmente se libra la mujer culta, la mujer que Dupanloup llama sábia, de ser vana, orgullosa, poco sensible y poco amante, y con frecuencia los hábitos varoniles que su sabiduría le presta, ponen á su virtud en grave riesgo. Pocas son las mujeres sábias que han dejado fama de buenas madres ó buenas esposas. O bien se han condenado al celibato ó á la vida monástica ó bien han escandalizado al mundo con la liviandad de sus costumbres, ó al ménos con el menosprecio de sus deberes domésticos, aunque su virtud no haya sufrido menoscabo. Es muy difícil, por no decir imposible, que las vulgares faenas del hogar cuadren á la que se mueve en la misma esfera de los hombres; es muy difícil que la mujer abandone de buen grado los libros de filosofía ó teología para hacer un par de calcetines ó limpiar los muebles de su cuarto. Ni es cierto tampoco que la refinada cultura de la madre aproveche á sus hijos; antes suele distinguirse por lo descuidada é imperfecta la educacion que á los suyos dan las mujeres sábias. No lo es que para inspirarles el amor á la virtud ó el sentimiento religioso, sirva de mucho la ciencia de sus madres; que no es la virtud cuestion de ciencia, ni la piedad es más viva allí donde se confunde con la especulacion teológica. El corazon puro y el honrado ejemplo de una madre amante, valen más para conseguir estos resultados que toda la ciencia de una de esas mujeres que conocen á Aristóteles y sostienen polémicas teológicas con los racionalistas.

La cultura artística, sobre todo en la música, que es el arte femenino por

excelencia; la cultura literaria, limitada al desarrollo del gusto, nunca á la produccion de obras; las elementales nociones de ciencias naturales que la mujer debe poseer para no decir desatinos en sociedad; el conocimiento de la ley moral, fundada, no en empalagosas metafísicas, sino en los nobles é instintivos impulsos del sentimiento y de la piedad religiosa: hé aquí lo que, unido á aquel *mínimum* de conocimientos comprendidos en la enseñanza primaria, y exigibles á todo sér humano, debe constituir la educacion de la mujer. Cuanto exceda de esto, sólo contribuye á despojarle de sus naturales encantos y atractivos, á extraviar su inteligencia y, á veces, á corromper su corazon, y á convertirla con gran facilidad en ese ente antipático y repulsivo que la sociedad designa con el denigrante mote de *marisabidilla*. Creer, sentir, amar: hé aquí la ciencia necesaria para la mujer.

\* \* \*

Las novedades teatrales habidas hasta ahora, se limitan á una comedia del Sr. D. Miguel Echegaray, titulada: *El número 3*, y á otra titulada: *El Hotel Ruiz*, ámbas estrenadas en el teatro de la Comedia. La nueva obra del señor Echegaray no aumentará en nada su reputacion, pues, salvo algunos chistes, ninguna cualidad recomendable ofrece. Esperamos que en otra será más afortunado.

De *El Hotel Ruiz* más vale no hablar.

\* \* \*

Y aquí ponemos fin á la presente revista, en la cual acaso echará de ménos el lector la réplica á cierto artículo de un erudito de nuevo cuño, con quien hemos sostenido una polémica que no pensamos continuar, resueltos como estamos á no discutir con los que no saben ventilar con mesura y cortesía las cuestiones científicas, y á no contribuir inocentemente á que, á costa nuestra, se fabriquen reputaciones que distan mucho de ser legítimas.

M. DE LA REVILLA.



---

## CORRESPONDENCIA DE PARÍS.

---

PARÍS 10 de Octubre.

No quiero aplazar por más tiempo el anunciaros el brillante éxito de *Rome vaincue*, tragedia en cinco actos y en verso de Mr. Alexandre Parodi, representada hace algunos dias en el teatro Francés. Es un acontecimiento literario, y los acontecimientos literarios son siempre raros.

Mr. Alexandre Parodi es un jóven: tiene hoy unos treinta y tres años, y como hace ya algunos que su obra estaba admitida en el teatro Francés, apenas tendria veintisiete ó veintiocho cuando escribió esta tragedia de que voy á hablaros y que es hoy el objeto de las conversaciones de todo París.

Mr. Parodi no es francés. Nació, segun me han dicho, en la isla de Candía, hijo de padre italiano y madre griega. En Génova recibió su educacion; pero desde muy temprano se sintió atraído por el idioma francés y por el nombre de París. En París sintió en seguida la ambicion de conquistar la gloria.

Llegaba aquí hace algunos años, sin proteccion, sin fortuna, teniendo que proveer á su propia subsistencia, á la de una mujer, á la de un niño, y con la pretension, no solamente de vivir, sino de hacerse un nombre. Deciros cuántos esfuerzos de voluntad y de energía ha necesitado para crearse recursos y llegar á hacerse conocido, no es empresa para que yo la acometa. El trabajo ha sido grande; pero estas mismas pruebas que abaten á los corazones pusilánimes son las que hacen salir de las grandes almas todo lo que encierran en sí. Mr. Parodi logró, primeramente, que se representara en las *matinées* literarias de Mr. Ballaude, de que quizás han oido hablar algunos lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA, un drama en verso *Ulus le Parricide*, el cual, á pesar de sus grandes defectos, asombró á los críticos por el poderoso aliento y la altura de la inspiracion moral. El dia siguiente de este primer triunfo llevaba á la Comedia francesa esta tragedia de *Rome vaincue*; que, al cabo de cuatro años, acaba, al fin, de representarse y de llevar en todos los lábios el nombre de su autor.

Hé aquí en pocas palabras el argumento de la obra. En el acto primero, nos encontramos en medio de la segunda guerra púnica, al dia siguiente de la batalla de Cannas. Aníbal victorioso se dispone á marchar sobre Roma. El Senado está reunido en la *Curia Hostilia*. Un tribuno del ejército, Lentulo, sobrino del cónsul Paulo Emilio, introducido en el Senado, relata cómo las legiones han sido aniquiladas. Con esta noticia se conmueve el gran Pontífice. Los dioses no han podido permitir un desastre semejante, sino en expiacion de algun gran crimen cometido, y para saber cuál sea este, preciso es consultar los libros de los oráculos sibilinos. Se encarga á los decenviros que interroguen los libros; no se hace esperar la respuesta. Una vestal ha infringido

su voto de castidad y por ello es castigada Roma. Al oír esta respuesta se turba Lentulo: pues es él en efecto quien ha seducido á una vestal, Opimia, la sobrina de Fábio Máximo; la emocion de Lentulo no pasa desapercibida para el Soberano Pontífice.

En el segundo acto, estamos en el santuario de las vestales. Se procede á la indagatoria ordenada por el Senado. Las vestales comparecen ante Fábio Máximo y el Soberano Pontífice. La investigacion va á fracasar cuando el Pontífice, que ha guardado este medio para el último caso, anuncia á las sacerdotisas de Vesta la noticia de la derrota de Cannas. A esta noticia, se turba Opimia, palidece, se desmaya: la vestal infiel se ha entregado ella misma. Lo único que queda es hacer justicia.

Lentulo ha sabido la muerte que esperaba á Opimia: corre, queriendo salvarla de la muerte. Hay un subterráneo, por el cual todavía puede escaparse. Es el acto tercero. Opimia resiste; supuesto que ha cometido la falta, ha de purgarla; pero esta expiacion es que la entierren viva, el más lento y el más horrendo de los suplicios. Lentulo insiste, suplica. El amor es por fin más fuerte. Opimia huye por el subterráneo, acompañada de su amante, en el momento mismo en que los soldados enviados por el gran Pontífice vienen á prenderla.

Pero Opimia es romana, y si ha podido desfallecer un momento, muy pronto la virtud y el patriotismo vuelven á tomar ascendiente en su alma. Pues que los destinos de Roma están unidos á su persona, puesto que Roma no puede vencer á Aníbal si ella no expía su falta; en el momento mismo en que está en salvo, en que las persecuciones no pueden ya alcanzarla, héla que se presenta otra vez á ofrecerse como víctima á la justicia de su país, en aras de la fortuna de la patria. Ella se ofrece, é inflexible, el gran sacerdote pronuncia contra ella espantoso castigo.

Aquí se presenta una magnífica complicacion del drama. Opimia tiene una abuela, una patricia anciana, que es hermana de Fábio. Esta es ciega; llega en medio del horrible juicio y recibe de los lábios mismos de su nieta la confesion de su falta. Ruega, suplica que le perdone, al ménos el último resto de su sangre. El gran sacerdote permanece inflexible. Opimia ya ha sido cubierta con el velo negro de las vestales culpables. Cubierta con este velo, es arrastrada á la tumba que va á ser su última morada. El efecto de esta gran escena del cuarto acto ha sido arrebatador; dicha escena ha determinado el éxito de la obra en su estreno. Todas las mujeres lloraban al escucharla.

En el acto quinto estamos en la puerta de esa tumba, en que la vestal debe ser enterrada y sellada viva. La abuela viene. Pide que la dejen dar á su nieta un último adios. Le trae un puñal, con el cual se libre de la muerte atroz que le espera. Pero Opimia tiene las manos encadenadas. ¡Qué importa! Lo que la nieta no puede hacer lo hará la abuela. La anciana ciega tantea el pecho de la nieta.—"¿Aquí tienes el corazón?—Sí, madre mia."—Y la abuela, con su propia mano, hiere á la pobre niña. La tumba recibirá solamente un cadáver. Los dioses están satisfechos; la expiacion se ha cumplido. En este mismo momento vienen á decir que Aníbal, que marchaba sobre la ciudad, ha desviado su marcha, dirigiéndose á la Campaña. Se ha salvado Roma.

Tal es, en sus líneas esenciales, la accion de la obra de Mr. Parodi. Ya

veis que es sencilla y grande. Este asunto de la vestal infiel habia sido tratado ya por otros autores; pero lo que constituye la belleza de la tragedia de Mr. Parodi es la manera con que ha enlazado este asunto conmovedor á una idea grande: á la idea de la patria. No conozco muchas escenas más imponentes que la exposicion del primer acto, y no conozco carácter más hermoso y más humano que el de la jóven Opimia. Esta vestal, á quien el amor ha perdido y que al mismo tiempo sigue siendo romana, que viene voluntariamente á ofrecerse á la muerte—¡y qué muerte!—para salvar á la patria, perdida por su culpa, es una inspiracion que no me parece inferior á las inspiraciones de ninguno de los más grandes autores trágicos.

Hay ciertamente muchos defectos en esta obra, en la cual se encuentran de vez en cuando, al lado del instinto dramático de un verdadero poeta trágico, las inexperiencias y las debilidades de un principiante; pero el aliento es poderoso y, lo que me parece más digno de elogio que todo lo demás, el pensamiento moral está lleno de generosidad y elevacion. Las emociones que se experimentan al escuchar esta obra son emociones viriles y fortificantes. ¡Ay! estas emociones no son las que se complacen en producir la mayor parte de nuestros autores, y éstas, sin embargo, necesita sobre todo nuestra generacion en Francia. Considero como una buena señal de los tiempos el completo éxito de *Rome vaincue*.

Los puristas se entretienen en señalar aquí y allá en el estilo de Mr. Parodi algunas desigualdades, algunas rudezas, algunas incorrecciones. No domina todavía por completo la lengua francesa; pero paciencia, todo se andará. Los progresos que ya ha hecho nos responden de los que ha de hacer aún. Sus debilidades no aparecen nunca en los momentos decisivos del drama. En esos momentos, siempre encuentra el grito de la pasion, la palabra precisa y verdadera, el verso sonoro que da con fuerza el sentimiento ó la idea. ¿No es esto en el fondo todo lo que importa, en el teatro sobre todo?

No quiero terminar sin reconocer en este éxito á los intérpretes la parte que legítimamente les pertenece. Todos los papeles, hasta los menores, están convenientemente desempeñados. El de la vestal Opimia está á cargo de una belga jóven *débutante* que sale del conservatorio de Bruselas, Mlle. Dubley, la cual tiene aún defectos de pronunciacion que vencer, pero cuyo gesto es magnífico y que se distingue por admirables rasgos de pasion. Tened presente este nombre de Mlle. Dubley. Me llevaria chasco si no llegara á ser el de una gran trágica. Pero el primer puesto debe incontestablemente reservarse á Mlle. Sarah Bernhardt. Jamás se habia elevado tanto ese hermoso talento. Desempeña esta actriz el papel de la abuela vieja. Jóven y linda como se puede ser á los treinta años, ha sacrificado su triunfo de mujer al amor por su arte, á la voluntad de absorberse enteramente en el personaje que representa. Ha tenido por ello su recompensa; es lícito dudar que la Rachel hubiera podido excederla. Mr. Perrin, director de la Comedia francesa ha ofrecido, en la *mise en scene* y en las decoraciones, un cuadro digno á esta hermosa obra, que prueba que los asuntos más antiguos viven siempre cuando hallan una mano capaz de pintarlos y un alma capaz de comprenderlos.

CHARLES BIGOT.

---

## VOYAGE AU PAYS DE BABEL

OU EXPLORATIONS Á TRAVERS LA SCIENCE DES LANGUES ET DES RELIGIONS,

POR F. JULIEN. PARIS, E. PLON ET C.<sup>e</sup>, 1876.

En nuestros días, en estos mil veces benditos días de lucha y actividad, aumenta sin cesar el hombre con su asídúo trabajo el campo de sus conocimientos; y no á manera de agradable placer que á su espíritu deleita, sino como imperiosa necesidad que le mueve y le empuja sin parar hácia horizontes que atraen á un término á que nunca se llega. Tiempos hubo, y no muy remotos por cierto, en que creyó el hombre concluida su carrera, en que pretendió tocar á la cima de sus empresas y descansar contemplando lo que él mismo se trazó como límite definitivo de sus deseos y aspiraciones: parecióle el mundo un instante detenido y á su modo y manera lo describió, llamándolo verdad eterna, conocimiento absoluto, leyes permanentes y esas otras fórmulas más con que nos hablaron aquellas generaciones, tan cerca ¡ay! de la nuestra que casi con nosotros están rayando. Todavía te hablará alguno, lector, de la ciencia absoluta, del sistema del conocimiento; todavía existen espíritus, por desgracia para la ciencia moderna perdidos, que miran de soslayo esta ebullicion que agita y remueve constantemente todas las adquisiciones del espíritu humano. Compadecen la inestabilidad de nuestros conocimientos, el descrédito que espera mañana al descubrimiento que hoy nos enorgullece, y el mudar constante de reinas é ídolos en los dominios de la ciencia: *in illo tempo e* sólo una ciencia reinó como soberana: la metafísica. A ella todas se amoldaban, todas rendian culto, y sus decretos ni áun discutirse podían.

Hoy corren otros vientos. El hombre pensó saberlo todo; vivió algun tiempo, aunque poco, con esta ilusion; y cuando empezó á examinar lo que como bueno y legítimo podía conservar y lo que como falso y sospechoso debía rechazar, comenzó el desarrollo de las ciencias particulares, hijas que nos atreveríamos á llamar del exámen de conciencia de la ciencia absoluta. Desde entónces diariamente vemos presentarse á nuestra vista nuevos órdenes de conocimientos. Nacieron la física y la astronomía, la química y la fisiología, la geología y la paleontología, la psicología etnológica y la lingüística, etc., etc. Hoy tenemos otra nueva ciencia á la vista: la asiriología. ¿Qué significa todo esto? ¿Todas estas nuevas ciencias no son conocimientos de que ántes carecíamos y que al penetrar en nuestro dominio toman un nombre? Estos bautismos los estamos viendo todos los días. ¡Y quieren que deploramos aquella era de inercia en que el pensamiento sólo jugaba muellemente con sus caprichos!

¿Aquello llamarlo científico? Pase el nombre por la época en que se empleaba; pero examinado sin relacion de tiempo ni circunstancias, fué.... no solo para Espronceda,

Metafísica pura, puro disparatar.

Pero volvamos á nuestra asiriología.

El interés que hoy tienen los estudios asiriólogos está justificado. Los descubrimientos de antiguos é importantes documentos en Nínive y Babilonia, los epígrafes asirios exactamente interpretados por Schrader, Menant y Smith, han traído un nuevo mundo á nuestros ojos y abierto el camino á la resolución de antiguos oscuros problemas. En la lingüística no tienen precio sus ventajas, y son tantas y tan notorias, que con ella casi vienen á formar un mismo cuerpo, por lo unidas que ámbas ciencias están.—"Asiriología y lingüística tienen en efecto algo más que puntos de contacto y que paralelo camino; no se codean simplemente, sino que á veces se compenentran y confunden."—Dice muy bien Mr. Julien.

La etnografía, la historia, bien se comprende, y las religiones sobre todo, adquieren nueva y más brillante faz. La oscuridad, por ejemplo, de muchos nombres bíblicos ha desaparecido. Hechos allí referidos y en nubes y tinieblas envueltos nos sorprenden hoy á la luz de los nuevos trabajos, y hombres como Schrader, Smith, Goldziher y otros nos demuestran la existencia nada ménos que del politeísmo en el pueblo hebreo. Palabras mal interpretadas son juramentos que la asiriología explica; nombres que nadie entendía dioses y diosas son del olimpo hebreo. El diluvio, por ejemplo, no es otra cosa que un canto del poema de *Isdubar*. Schrader en su última traducción de la bajada de Istar á los infiernos, la Astarté de la Biblia, pone de manifiesto coincidencias tan extraordinarias, que ni un momento le es permitido vacilar sobre el origen de los recitos bíblicos, con ser el autor por demás cristiano y creyente.

Es que la mitología hebrea va abriéndose camino por todas partes. ¿Y quién puede ya dudar de la existencia del mito hebreo? Despues de los trabajos del Dr. Goldziher sobre todo, la duda es casi imposible. Hace poco que existian importantes los dos bandos y que el uno rechazaba decidido las demostraciones del primero por creerlas, más que inverosímiles, contrarias á su empeño de no conceder espíritu mitológico al pueblo hebreo y sus co-sanguíneos, dotándolos del instinto monoteista, como único digno de los grandes planes de la Providencia. Se ponía entre arios y semitas ese insuperable valladar. Era el uno el pueblo de las grandes concepciones, el del pensamiento elevado, ideas *madres* y generosos sentimientos, pero pagano; y el otro, el que solitario con su único Dios, servia á la Providencia en la tierra de luz y guia para la salvacion de los otros; pero estéril, pobre y miserable en poesía, ciencia y filosofía. Las líneas están ahora en completa confusion y no hay partidos ni exclusivismos, y hombres como Mr. Derembourg, guardadores incólumes de la tradicion y sangre hebreas, enhiestan decididos la causa mitológica, y sostienen llenos de razon y verdad que todo pueblo tiene su período mitológico como el individuo sus años de infancia, y que tan imposible es concebir una raza que

comience á vivir por la edad de la razon como un sér humano por la edad madura.

La historia, con la comprobacion de este hecho, ve unido y regular su cuerpo y zanjadas esas contradicciones que parecian poner á la humanidad en negacion consigo propia. Semitas, arios touranenses; todos siguen un mismo proceso psicológico y repiten sin cesar la ley eterna de la evolucion. Resta al investigador, es cierto, campo árido y difícil en que ir entresacando los elementos precisos y definitivos de aquellas etapas: pero en la lengua, sobre todo, y en la literatura están esas fuentes de la mitología hebrea. En la lengua, como dice Goldziher, porque allí se esconden los datos más seguros y decisivos de la mitología de un pueblo: pues en ella se reflejan las impresiones primeras que la naturaleza en el hombre produjo. Y en la literatura, existen abundantemente en el Génesis y libro de los Jueces; la historia de los Reyes dá no pocos elementos, y hay por último mucho que apuntar y recoger en los Talmudes y Midraschinm, sin contar con el *Agada*, de grande é innegable valor mitológico, como claramente lo dicen su naturaleza y contestura. Es preciso ir quitando poco á poco á los personajes históricos lo que la imaginacion del pueblo les dió, y separar con tiento y tacto los elementos que insensiblemente se fueron aglomerando. Nada tan difícil como el proceso lento y misterioso que lleva al hombre á lo inesperado y desconocido, con ser todo ello obra suya.

Mas dejemos esto y sigamos con nuestro autor.

Mr. Julien no es un asiriólogo en el verdadero sentido de la palabra. Es, sí, un noble espíritu, poseido de esto que podiamos llamar santa curiosidad. Autor, por otra parte, de profundos y sólidos estudios, en que ha demostrado fuerzas propias, y no pequeñas ciertamente, aunque con tendencias siempre harto señaladas, como su *Comandante Marceau* y las *Misiones cristianas*, ó sus *Armonías del mar*, en esta ocasion ha abandonado su propio terreno para penetrar en otros que le eran casi desconocidos. Mundo nuevo que anhelaba ver y hechos y datos que necesitaba acumular; pero que ni con el deseo se alcanzan ni que sólo el propósito facilitan. Es menester en esos como viajes de exploracion paso firme y buena vista, que si la sorpresa ó preocupacion turban, á nada bueno pueden llevar. No quisiéramos equivocarnos; pero ántes de introducirse Mr. Julien en la asiriología, sabia ya lo que iba á ver. A más del título de la obra, lo pone aún más evidente los autores á quien sigue y las conclusiones que nos da. ¿Cree así Mr. Julien haber visto algo nuevo? ¿No sigue viendo lo que de antemano le guiaba? En estudios de este género no es permitida la preocupacion, que todo lo que tiene de respetable en determinados momentos, cuando estorba al hombre el camino y le aprieta y embaraza, es de odioso y desagradable. Impresiones no se reciben en los sentidos que están sobrecitados, y ni datos ni apuntes pueden tomarse dominado el espíritu por una idea. Viaje, en verdad, es título que al libro de Mr. Julien convendria, si ya tambien no fuera menester al que viaja más circunspeccion y sangre fria, porque viajes hay en que, como el del caracol, no se descubre otro mundo que el que se lleva á cuestas.

Hablando, por ejemplo, el autor de las raices que en dos suertes divide:



verbal ó atributiva y primordial ó demostrativa, dice de las primeras: "de misterioso origen, es decir, divino, nada al hombre debe." ¿Parece bien á Mr. Julien y colegas convertir en divino todo lo que es misterioso y tinieblas? ¡No os quejeis, despues, al ver á la ciencia desalojar diariamente de nuestros territorios eso que llamais divino! Si á lo desconocido y misterioso haceis divino, grandes deben ser los desengaños que el corazon del hombre ha de experimentar. Lo misterioso es lo que hasta ese instante ha sido inexplicable, es un hecho como otro cualquiera que si no encuentra algun dia explicacion, será porque nos falten elementos materiales; pero no porque sea sobrenatural ó divino. Lo divino, metido á misterioso, casi rayaria en ridículo.

Es la blasfemia de las blasfemias derivar de Dios lo que no viene más que de nuestra pequeñez é impotencia, porque sencillamente no hacemos méenos que divinizar nuestras flaquezas. Con ese procedimiento no hay que extrañar que aparezca la teoría de que la ciencia está en razon contraria de la religion, y que á medida que aquella adelanta, es cada uno de sus pasos un golpe que va arrancando las ilusiones más queridas del alma humana, y que como problema se ponga qué es lo que más vale, si los hielos del saber ó los amores del sentimiento.

Algo más altos están los fundamentos en que la religion descansa para que la ciencia los alcance, y más imperiosas son las leyes de la ciencia para que la religion á su antojo las tuerza. Una y otra son almas de nuestra alma, vidas de nuestra vida; pero almas ó vidas que se completan y armonizan. Mira la una á lo exterior y necesario, á lo que en el mundo y en nosotros sucede, tal como se nos imagina suceder, y tiende la otra su vuelo á lo perfecto y lo ideal, á los reinos de nuestra conciencia, para con su luz iluminar los hechos y tempestades que en el fondo del alma estallan y se desencadenan. La ciencia sólo acepta lo relativo y accidental: el hecho; la religion, lo absoluto y lo imperioso: la ley imperativa.

En la ciencia reconocemos nuestros conocimientos como producto de nuestra organizacion: son obra nuestra; en la religion, reconocemos nuestros deberes como hijos de la voluntad divina: son la obra de Dios. ¿Cabe lucha entre términos que tanto discrepan?

Esto bien entendido, no poco habia de aliviar nuestras tan enconadas contiendas. Y Mr. Julien es de los que más bien atizan la hoguera. Su libro, por muchos estilos interesante y producto de largas y provechosas vigiliass, no es de toda la utilidad que podia esperarse. Reducido el autor á un número pequeño de autores á él simpáticos, no sale de un exclusivismo imperdonable. Talentos sobran al autor, datos y conocimientos nadie puede ponerlos en duda; pero la pasion en que se encierra en sus preocupaciones, tratando, sobre todo, de una ciencia tan libre, nueva y espontánea como la asiriología, hace efecto tan desagradable y de tan pésimos resultados como el que con mohosa y bastarda llave se empeñara en poner en juego brillante y pulida cerradura.

JOSÉ DEL PEROJO.



---

## LES ORIGINES DE LA FRANCE CONTEMPORAINE,

PAR H. TAINÉ. L'ANCIEN REGIME. 2.<sup>e</sup> EDITION. PARÍS, HACHETTE, 1876.

---

La constitucion de un pueblo no es ni puede ser la obra de un grupo de pensadores ó de gobernantes. Hecho complejo y trascendental como pocos, es fuerza distinguirlo de las constituciones escritas, que á veces no tienen de tales más que el nombre. Una constitucion, en el sentido que damos ahora á esta palabra, es la naturaleza de un pueblo, segun ha venido formándose y desenvolviéndose en el trascurso de los siglos bajo la accion de las inflexibles leyes de la historia y de los múltiples elementos que intervienen en la vida de una nacionalidad. ¿Quereis conocer esa íntima constitucion de un país? ¿Quereis conocer su verdadero estado y sus verdaderas necesidades? No imaginéis entónces un abstracto sistema que aplicar despues á las cosas con indisculpable arbitrariedad. Observad, comprobad, distinguid; estos procedimientos os darán la verdadera constitucion, y esta será siempre la mejor, porque será la única real y positiva. La naturaleza y la historia han producido esa estructura, y en vano querremos rebelarnos contra ellas. Esa organizacion que ha resultado del carácter y del pasado de una nacion, es para ésta tan imposible de abandonar como la propia lo es para el individuo. Esa organizacion es la que importa examinar y conocer, en vez de lanzarse á los espacios imaginarios para traer de ellos las vagas é inútiles abstracciones de una constitucion nueva, acabada de inventar, hecha, en cierto modo, á medida de los ideales que quisiéramos imponer en un sólo dia á las colectividades, ó de las inútiles componendas en que ciframos el logro de una aspiracion imposible ó de un propósito interesado.

Tales son las ideas que han sugerido á Mr. Taine el libro de que vamos á dar breve noticia. El autor se pregunta: ¿qué es la Francia contemporánea? Para saberlo es preciso asistir con el pensamiento á su formacion. En los últimos años del siglo décimo-octavo, una metamorfosis súbita y completa se operó en la nacion francesa: deshízose su antigua organizacion; alteráronse sus antiguas formas interiores. Despues de una horrenda crisis, volvió á la vida normal, mas ya con una organizacion diferente. Esa estructura nueva, considerada en todo lo que la constituye principalmente, existe todavía; es la actual organizacion del país. La transformacion que se realiza en los primeros años de este siglo, encierra virtualmente toda la historia y todos los problemas de este:

Y por eso, si queremos comprender lo que ahora sucede, si queremos darnos exacta cuenta de la situación actual, es fuerza que convirtamos nuestras miradas á "la crisis terrible y fecunda, por medio de la cual produjo el antiguo régimen á la revolución, y la revolución al régimen nuevo."

Mr. Taine se propone describir fidelísimamente estos tres estados: no le guía ningun propósito preconcebido. Va á escribir esta historia, que así podemos llamarla ciertamente, valiéndose de procedimientos análogos á los de un naturalista. Sus miras son científicas, y su método no es ménos científico que su propósito.

La obra comienza con el exámen y descripción del *Antiguo régimen*. Este tomo no más se ha publicado, y en sus interesantes páginas vamos á fijar nuestra consideración. Al estudiar el antiguo régimen, es fuerza empezar por la *estructura de la sociedad*. El autor la analiza y describe detalladamente. Tres clases de personas ocupaban entónces el lugar primero, estando investidas de todos los privilegios y de todas las preeminencias: los eclesiásticos, los nobles y el rey. ¿Cómo se originó este estado de cosas? Allá, en los oscuros tiempos de la reconstrucción de las naciones y de la reconstrucción de las ideas, nacieron esos privilegios, esas exenciones, esa supremacía. El clero, que formaba las conciencias, que educaba á los pueblos, que cultivaba los campos, las industrias, las ciencias y enseñaba á cultivarlos; que levantaba, en presencia de una sociedad dislocada y entregada á los ciegos impulsos del instinto, un ideal de paz, de amor, de mansedumbre, de virtud, sean cualesquiera sus faltas y errores, adquirió entónces legítimamente su poderosa influencia. Si los pueblos han sostenido tanto tiempo su influencia, sus riquezas, sus enormes privilegios de otros tiempos, no creamos que han acatado una imposición caprichosa. El criterio mejor para apreciar la magnitud de los servicios de esa clase, es la magnitud de una recompensa histórica que se prolonga tanto tiempo en una ú otra forma y cuyas numerosas ramificaciones encontramos por doquier á nuestro paso, áun despues de los inmensos cambios que han sobrevenido en las naciones civilizadas. La misma observación se aplica á los nobles y al rey, que vinieron llamados por la necesidad de los tiempos en que se esconden las viejas raíces de su inmenso poderío. Despues de describir Mr. Taine con sentido tan recto é imparcial los orígenes de las clases privilegiadas y de sus privilegios, nos pinta su estado en el siglo XVIII ó sea en la víspera de la revolución. Nos dice sus enormes rentas, sus exenciones, el número de personas que las componían, sus privilegios y derechos feudales. Restos tan importantes de una soberanía primitiva, sólo pueden justificarse caso de tener en su abono servicios tan reales como los de otros tiempos. Estos servicios pueden ser de dos clases: locales y generales. Una exacta y detallada descripción nos demuestra que salvo muy contadas excepciones, estos servicios eran ilusorios á la sazón. No los consentía el estado de las cosas, la monstruosa centralización que poco á poco se iba extendiendo ni el régimen de vida de los privilegiados, que van creando el ódio de clase y la necesidad de la reforma; el ódio porque las personas se separan, el privilegiado en busca de la córte donde se arruina, y el inferior quedándose abrumado de horribles injusticias, en un pedazo de tierra que ya no cubre la sombra protectora del se-

ñor de antaño, el cual justificaba su soberanía con sus servicios, al paso que los intereses se contraponen con una precisión amenazadora; y necesidad de reformar lo existente, porque un régimen de privilegios solo puede sostenerse cuando tiene á su favor una utilidad incontestable. Descríbense luego en la obra á que nos referimos las costumbres y los caracteres. La córte lo absorbe todo. Al rededor del monarca viene á reunirse la flor y nata de los privilegiados. Las rentas públicas y privadas se malbaratan con una inconcebible prodigalidad en ese Versalles, que no tiene rival en la historia de las modernas monarquías. Una vida de apariencias, de convencionales formas, de placeres refinados, de ficticias necesidades, absorbe el tiempo de todos los que á la córte asisten, desde el monarca hasta el último caballero que llega de su provincia á solicitar una gracia. El convencionalismo y la superficialidad dan la consigna á que todos obedecen: la vida de salon es la vida mejor para aquella generacion que habla, rie, desperdicia su ingenio, prodiga su retórica, multiplica las ocupaciones inútiles, reduce los trabajos sérios á proporciones escasísimas, consume las rentas del país, pone de relieve, sin apercibirse siquiera de que lo hace, la insostenibilidad de un régimen que amenaza asfixiar á todo un pueblo, y prepara con su conducta su despilfarro, su frivolidad, su olvido de los deberes hereditarios y de los consejos de la prudencia política, el gran naufragio que no ha de tardar en destruir aquel régimen que se desmoronaba. Y la mejor prueba es que los mismos que más á gusto vivian aquella vida, reciben con simpatía las exhortaciones que novelistas, poetas, filósofos y moralistas dirigen en escritos elocuentes al corazon de sus contemporáneos para que despierten á los puros goces del sentimiento y á la saludable accion de la naturaleza, oscurecida por un cúmulo inmenso de estériles artificios; con lo cual se explica el conocidísimo período de la literatura sentimental.

Mas pasemos de aquí como pasa el autor á estudiar la composicion del espíritu revolucionario. Dos elementos hay que tener presentes: las adquisiciones científicas y el espíritu clásico. Conocida es de todos la série de magníficos descubrimientos que realizan en la ciencia los hombres que más se distinguieron en el período que precedió á la revolucion. Ellos mostraron las leyes del mundo, de la inteligencia y de la naturaleza humana. Una nueva concepcion del mundo y del hombre tiene que llevar á la sociedad por nuevos caminos. El espíritu clásico se revela á su vez por la supremacía que adquiere sobre todos los géneros el estilo oratorio. Y este estilo oratorio, esta forma cuidada, pulida, limada, es la legítima expresion de las generalidades y de la razon cuando busca en su propio contenido el saber ó la parte mejor del saber. Las adquisiciones científicas son útiles y gloriosas: el espíritu clásico en medio de sus defectos ha producido grandes cosas. La combinacion de estos elementos trae, sin embargo, notables errores y prejuicios que explican gran parte de los desaciertos y de las desgracias de la revolucion; pero al combinarse minan poco á poco é incontrastablemente el antiguo régimen. Proclámase el próximo triunfo de la razon. Entáblase la lucha con las tradiciones y la costumbre. No se puede comprender entónces lo que hay de legítimo y de verdadero en la costumbre, en la religion y en el Estado, tales como históricamente se han constituido. Varias tendencias se dibujan y producen, dando al cabo los esfuerzos

de todos por resultado capital la completa ruina de la tradicion y de las instituciones que en ella descansaban. Hace luego Taine una crítica severa de las teorías que entónces se concibieron, y pone de relieve las imperfecciones que cree encontrar en las doctrinas cuya propagacion estudia despues, examinando y clasificando los elementos de que se sirvieron en el espíritu nacional y en el de cada clase.

Hecho este gran trabajo, procede el autor á completar el tomo con un concienzudo estudio de la situacion en que el pueblo se hallaba: estudio interesantísimo que nos dice las causas y proporciones de la miseria, al mismo tiempo que nos descubre el estado intelectual de las masas. Nos describe, por último, la disolucion del ejército, enterándonos de su estado y de las grandes imperfecciones que fueron causa de su desorganizacion. El antiguo régimen, despues de ir gastándose, empobreciéndose y arruinándose, llega á su término: no se ha muerto, se ha matado. Así resulta de los datos laboriosa y abundantemente coleccionados, clasificados y examinados por H. Taine.

Si hubiéramos de emprender una crítica del libro, propósito completamente ageno al carácter de este trabajo, como no sea encerrándonos en límites muy marcados, empezariamos nuestra tarea diciendo que es una verdadera novedad en la literatura histórica, y sobre todo en la concerniente á la revolucion.

Trasladarse con el pensamiento á tiempos que han pasado; abrirse paso entre todas las exageraciones y prejuicios que del un y el otro lado se sostienen; resucitar á una sociedad por medio de una indagacion pacientísima y con una riqueza verdaderamente asombrosa de detalles; observar, apuntar, relacionar rigorosísimamente un cúmulo de datos que basta para acreditar la vasta erudicion del autor donde quiera que se sepan apreciar estos trabajos, es ciertamente obra en todos conceptos digna de atencion y de aplauso. El libro primero, que se titula *La estructura de la sociedad*, es un cuadro histórico de primer orden; el segundo es un cuadro magnífico, psicológico al par que histórico; el tercero encierra admirables trozos de crítica, y todo él es en este sentido verdaderamente notable. Los siguientes tienen tambien muchos estudios profundos, datos interesantes, apreciaciones ingeniosas y juicios atinados. Hay ocasiones en que el autor nos parece injusto y predispuesto sobradamente contra ciertos elementos del espíritu público en los tiempos que inmediatamente precedieron á la revolucion y durante esta misma. El espíritu clásico, que considera ligado á los mayores progresos de la filosofía y la cultura general, no debiera parecerle tan perjudicial. Los partidarios de las tendencias modernísimas quisieran reducirlo todo á tratados más ó menos severos de ciencia experimental. Este exclusivismo es tan funesto como el de sus adversarios. Ese espíritu clásico, admirable en sus formas, ha creado una verdadera literatura filosófica y científica en muchos pueblos, y la razon cuyo soberano imperio proclamaron los apóstoles de las nuevas ideas, sigue obteniendo de los hombres el homenaje á que tiene indisputable derecho. Que el espíritu clásico, en Francia sobre todo, ha sido excesivo; que sus formas han sido demasiado rígidas y en ocasiones ridículas; que no es posible encastillarse en las soledades de la razon para hallar allí abstractamente todo lo que

debiera darnos reunido con la experiencia; que esta tendencia á lo abstracto y á lo dogmático fué demasiado léjos, y que explica muchos desastres revolucionarios, cosas son que importaba decir y que nadie negará á Mr. Taine.

Se ha dicho que los siguientes tomos de la obra pondrán de relieve el poco cariño del autor á la revolucion. Si la acusa de no haberlo hecho todo, de haberse equivocado más de una vez, de haber dejado en pié cosas que debió destruir y de haber destruido cosas que debió dejar en pié; si explica su curso desde las nobilísimas inspiraciones y los sublimes presentimientos de la Constituyente hasta los peores excesos del terror y las largas reacciones que siguieron y los golpes de Estado que la arrojaron vencida á los piés de Napoleon para que éste la llevara luego de pueblo en pueblo como vision maravillosa que abre para todos el período de una justicia más ámplia, de un derecho más conforme con las leyes de la razon, de una sociedad más progresiva y mejor organizada; si hace todo esto con la misma precision y la misma seguridad que ha tenido su obra hasta aquí, los amigos de los grandes principios revolucionarios, los que hemos proclamado tiempo há en el fondo de nuestros corazones como uno de los más grandes y provechosos sucesos de la historia á la revolucion francesa, no culparemos ciertamente al autor de haber demostrado una vez más que las limitaciones de la historia y de nuestra naturaleza no consienten la perfeccion ni áun á las más altas obras del hombre.

Mas una cosa resulta perfectamente evidenciada en la obra de Mr. Taine, y es la necesidad de aquel gran cambio político. Cuando nos colocamos en el terreno de la filosofía de la historia, no podemos concebir mayor justificacion para un hecho importante. La revolucion fué necesaria: hubieran tenido que desmentirse las leyes históricas para que no se realizara. Conste así para su gloria.

Los historiadores de la revolucion francesa son muy numerosos: los filósofos que la han estudiado son muchos tambien. Thiers, Mignet, Michelet, Luis Blanc, Lamartine, Carlyle, Sybel, Fichte, Hegel, Vera, Janet, Tocqueville y otros que no recuerdo ó que no apunto en obsequio de la brevedad la han descrito, narrado, pintado y juzgado admirablemente. Taine llega ahora con nuevo método y nuevos procedimientos. Utiliza muchas cosas que ya se han dicho y otras que no se han dicho todavía para trazar un curioso y admirable cuadro. La obra no ha terminado aún; aplaudamos y esperemos.

RAFAEL MONTORO.

---

## ESTUDIO HISTÓRICO

SOBRE LA MARINA DE LOS PUEBLOS QUE SE ESTABLECIERON EN ESPAÑA HASTA EL SIGLO XII DE NUESTRA ERA, POR FERMIN LACACI Y DIAZ, CONTADOR DE NAVIO Y PROFESOR DE LA ESCUELA NAVAL FLOTANTE.— MADRID.— IMPRENTA Y FUNDICION DE M. TELLO.—1876.

Pequeño es el volúmen cuyo título acabamos de transcribir para el magno asunto que encierra. Esta concision es defecto esencial de la obra, que pone, sin embargo, de relieve cualidades expositivas en el autor muy poco comunes, pues á nadie se ocultará la dificultad de relatar con alguna exactitud en doscientas cincuenta páginas lo que fué la marina, tanto de comercio como militar, con la descripcion de los buques y las diferentes expediciones y combates navales ocurridos en doce siglos. Sin embargo, es indudable que el señor Lacaci ha conseguido dar una idea de todo esto, y lo que es más, hacerlo con un perfecto método histórico.

Para esto ha dividido su obra en cinco libros y cada uno de estos en capítulos.

Tres tiene el primer libro, que tratan respectivamente de los fenicios, los griegos y los cartagineses. En la primera de estas tres divisiones expone con claridad y acierto la importancia que como navegantes adquirieron los fenicios, sus colonias, más bien comerciales que militares, los adelantos á que en la navegacion llegaron, sus principales expediciones marítimas y el término de sus exploraciones, el célebre viaje al rededor del Africa y la descripcion de su marina militar. En el segundo capítulo habla de los griegos, de la marina de Atenas, de la organizacion de sus flotas, de las diferentes colonias del Asia menor, jónicas, dóricas y por último de las de nuestra costa tarraconense, de cuya escasa importancia marítima hace mencion brevísima. En el tercero es la república de Cartago, su sistema colonial, comercio, ejército y marina, lo que el autor describe. Este capítulo, despues de referir los desastres marítimos de los cartagineses en la desembocadura del Ebro y en el Estrecho, concluye con la expulsion de los mismos de España y con la misma decadencia de Cartago.

Y llega la dominacion romana en el libro segundo. Divídese éste en dos capítulos, de los cuales, es el primero una reseña histórica, desde la primera colonia romana hasta el fin del imperio de Occidente, en la cual, y atento al principal fin de su obra, habla el Sr. Lacaci del combate naval entre la flota de Accio Vario y la de Didio, de la destruccion de Areo Pompeyo, de la expedicion de Augusto contra los cántabros, del notable viaje de los francos

del Ponto, del combate naval á la entrada del Helesponto, de la desastrosa expedicion contra Genserico, etc. etc. En el segundo capítulo de este libro se ocupa con más detencion en todo lo que hace referencia á la marina de Roma, concluyendo muy atinadamente que á pesar de su poderío y comercio y no obstante haber sido la marina el principal agente en la destruccion de su rival Cartago, fueron los romanos malos navegantes y con escasos conocimientos náuticos.

*La marina de los antiguos* se titula el libro tercero, que sólo tiene un capítulo, acaso el más erudito y nuevo de la obra. En él se trata de la descripcion de los buques de todas las naciones, de las maderas de construccion, de arboladura, velámen, timones y demás artefactos, tanto del arte de navegar propiamente dicho, como del de combatir en las naves, explicándose tambien la táctica naval entónces en uso.

Sigue la historia en el libro cuarto. Son los godos y los árabes los que respectivamente sirven de asunto á sus dos capítulos. Apreciaciones históricas hay en este libro que demuestran en el Sr. Lacaci facultades de historiador crítico, por más que en tan reducidos límites apenas lleguen á indicarse.

Tan interesante como el libro tercero y tan especial como él, es el quinto, que sólo tiene un capítulo. Se ocupa el autor en describir lo que era la marina hasta el siglo XII, y vuelve á demostrar gran erudicion, produciendo en el lector el disgusto de que no haya dado mayor extension á sus trabajos.

Terminaria aquí la obra si el Sr. Lacaci no le hubiera añadido como apéndice un resúmen de las diferentes opiniones sobre la controvertida cuestion de la galera de Ptolomeo, de cuarenta órdenes de remos. Sobre esta cuestion no puede decirse nada nuevo ni hacer más que citar, como el Sr. Lacaci ha hecho, lo que piensan muchos sábios. A nosotros se nos ocurre una reflexion: siendo dicha galera único ejemplar de tan gran número de órdenes, ¿vale la pena de pensar tanto sobre ella? Fuera de duda está que los triremes eran los buques más comunes de todas esas marinas, no siéndolo poco los cuatrimas y quinquemas, pero sí rarísimos los de más órdenes de remos.

Casi no hemos hecho otra cosa que extractar el índice del libro del aventajado profesor de la escuela naval flotante. Empezamos diciendo que es muy conciso; pero con serlo demuestra una gran erudicion y que puede el autor emprender mayores campañas, para las cuales sóbranle indudablemente condiciones de todas clases. Animos no deben faltarle á quien tan constante se manifiesta en estudios sérios y áridos: si, pues, como sospechamos, es sólo la modestia lo que ha cerrado esta vez sus horizontes, no desesperemos de que la idea del deber y el estímulo del entusiasmo le hagan levar anclas otra vez para viaje de más altura: que el lema del hombre que vale, ha de ser siempre *plus ultra*.

E. GODINEZ.

Madrid, 15 de Octubre de 1876.

Director y propietario: JOSÉ DEL PEROJO.

Madrid, 1876.—Imprenta de M. G. Hernandez,  
San Miguel, 23, bajo.